EL IMPACTO PSICOLOGICO DE LA REPRESION POLITICA EN LOS HIJOS DE LOS DESAPARECIDOS Y ASESINADOS EN HONDURAS



Débora Munczek Soler



Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Honduras



Comisionado Nacional de los Derechos Humanos

El impacto psicológico de la represión política en los hijos de los desaparecidos y asesinados en Honduras

Débora Munczek Soler



Comité de Familiares de
Detenidos-Desaparecidos
en Honduras
(COFADEH)



Comisionado Nacional
de los Derechos Humanos

Tel. 37-9800
Apado. Postal 1243
Tegucigalpa, Honduras

Débora Munczek Soler

Esta edición ha sido publicada
gracias a la ayuda del gobierno de Noruega
a través del Comisionado Nacional de los
Derechos Humanos.

Primera edición: septiembre de 1996.

Traducción:
Daniel Matamoros Batson

Diseño e impresión:
Editorial Guaymuras

Diseño de portada:
Tomado de la Figura No. 18,
hijo de asesinado político.

Indice

Dedicatoria

Dedicamos este libro a todos los familiares de los detenidos-desaparecidos y asesinados en Honduras.

La autora

Presentación

Este drama documentado en la tragedia padecida por las víctimas inocentes, doblemente desprotegidas; por la privación de sus padres y por el silencio que aún mantienen la mayoría de las instituciones oficiales, nos habla, de los traumas psicológicos que la represión política dejó en los hijos de los desaparecidos y asesinados en Honduras.

Hoy más que nunca, los autores de las desapariciones no deben continuar lesionando la dignidad de cada uno de los hondureños y el honor de la patria, amparados en la impunidad.

Esta obra, amigo lector, no debe quedar sólo en el esfuerzo, el profesionalismo y la larga paciencia de Débora Munczek Soler, sino que le invitamos a involucrarse junto a nosotros para derribar los muros del silencio y la impunidad.

Prólogo

DÉBORA MUNCZEK me ha honrado pidiéndome un prólogo a su libro *"El Impacto Psicológico de la Represión Política en los hijos de los Desaparecidos y Asesinados en Honduras"*.

La tarea que me asigna esta dama argentina es inmensa, si consideramos que ella es Doctora (Ph. D) en Psicología Clínica por la Universidad de la Ciudad de Nueva York; psicóloga en la Clínica Psiquiátrica de Adultos del Columbia Presbyterian Medical Center, entre otras distinciones académicas y profesionales, y que la obra que me atrevo a prologar fue seleccionada como la mejor tesis doctoral de 1995-1996 y recibió el premio "Barmach Outstanding Dissertation Award" del Departamento de Psicología del City College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (City University of New York).

Vistas así las cosas, estas líneas debió haberlas escrito una personalidad científica y no una mujer como yo. Lo primero que quiero informar entonces, es que mi encuentro con Débora Munczek fue en el marco de lo no académico. A finales del mes de julio de 1992, fue asesinado Marco Tulio López Hernández, hijo de Liduvina Hernández, presidenta de COFADEH. A raíz de ese zarpazo contra la vida de un obrero, a su vez activista de los derechos humanos, visitó Honduras, cumpliendo con un deber ante la madre del occiso, a quien la profesional de la

Psicología conoció en vida y le mereció la mejor consideración por su dignidad y entereza.

En otras palabras, la conocí en una racha del dolor desatado en Honduras por el Terror de Estado. La solidaridad humana es el mejor título de Débora Munczek; desde entonces en el COFADEH la consideramos como una hermana. Después vendrían largas conversaciones, frecuentemente empapadas en lágrimas, y de ahí nació el proyecto de atender a los hijos, y demás familiares, de los desaparecidos en Honduras.

Surgió el compromiso de Débora de volver a visitarnos, y lo hizo año tras año; en períodos espaciados de dos a tres meses y el resultado de sus largas pláticas con niños anémicos y con mujeres de vidas rotas es este libro, que he leido con el alma en vilo. Se necesita mucho corazón para acercarse al drama que Honduras vivió en la no tan lejana década de los años ochenta y mucha atención para desmenuzarlo teóricamente; y las dos cualidades las demuestra, en demasía, Débora Munzcek en la obra que comento. En lo personal, creía saberlo todo; pero al poner mis ojos en estas páginas fui descubriendo matices nuevos y explicaciones que apenas conjeturaba.

Para el caso: ¿De dónde proviene esa excrecencia de la maldad humana, esa destilación de cuanto es vil y destructivo en el Hombre? La creación fantasmal del Desaparecido?

Cuando el Mariscal de Campo Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando del Ejército Alemán promulgó la primera directriz implementando el decreto de Adolfo Hitler, sobre "Noche y Niebla", ni Débora ni yo habíamos nacido. Pero, cuando Débora copiaba en sus pupilas el color de los trigales de Argentina y yo daba mis primeros balbuceos entre la alegría de mi gente noble y buena en una remota aldea de Olancho, el departamento más extenso de Honduras, el mundo al que habíamos venido ya estaba asignado por la figura infame de los "desaparecidos".

La práctica impía, después sería reactivada por los Estados Unidos en América Latina, y por un designio inexplicable, Débora y yo confluiríamos en el vértice de una angustia y de una lucha por lavar esta mancha de la conciencia humana.

Los motivos de los asesinos tienen para nosotros la misma importancia que la suerte de las víctimas. Por eso, la autora dedica algunas páginas al álgido tema (véase Capítulo II. "Análisis de la Literatura"), que contiene cifras espeluznantes sobre la represión política en América Latina. El lector (a) podrá concluir, al final de este recuento terrorífico, que no hay justificación ética ni políticamente válida que explique las desapariciones y los asesinatos de millares de personas en el Continente de Bolívar, Morazán y Neruda.

La larga paciencia de Débora Munczek enhebrando angustias, incluyendo el pasar días enteros oyendo hablar a niños y mujeres sobre el caso de sus seres íntimos arrebatados del seno del hogar por la violencia artera de los militares, connota, a fin de cuentas, un resultado altamente preocupante para la sociedad civil entera. Futuros ciudadanos con sus esperanzas prematuramente destruidas y con traumas psicológicos difícilmente superables, son personas a quienes se les augura una felicidad solo a medias.

Noventa y dos por ciento de los niños estudiados (hijos de desaparecidos y asesinados) dijeron "asustarse cuando se piensa en lo que sucedió" 83% experimentan la soledad: "Como si nadie comprendiera lo que siento". Y un porcentaje similar se "asusta mucho al escuchar un ruido fuerte desde lo sucedido".

Sin embargo, "plantearon que no querían olvidar lo que sucedió porque significaría el tener que olvidar a su padre". Esta respuesta me ha impactado: Jamás nos libraremos de esa tragedia, y considero que hay que repetírsela a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, y también a todos los niños del mundo. ¡Cuando se tiene a un ser desaparecido, no hay que olvidar¡... Tampoco se está preparado para el perdón, y acaso nunca se llegue a estarlo.

Los autores de las desapariciones no pueden continuar en el disfrute de la impunidad... Con su lesión enorme a la dignidad del Hombre, destruyeron no una sino muchas vidas. Por eso, al repasar las páginas del libro de Débora encuentro una insólita hermandad entre ciencia y humanismo. Entre líneas va toman-

do aliento esta frase: La dignidad humana es absoluta; la dig-nidad humana es infinita.

Débora: Siempre optimistas, tus hermanas del COFADEH, confiamos que este libro que prologo tenga también un pronto epílogo: ¡el castigo de los autores de tanto oprobio¡

Tegucigalpa, M. D. C., junio de 1996.

BERTHA OLIVA DE NATIVÍ
Coordinadora General

Introducción

La mayoría de los países latinoamericanos se caracterizaron durante las décadas de los 60 hasta los 80 por estar dirigidos por dictaduras militares o gobiernos civiles subordinados a las élites militares o económicas. Estos regímenes ejercieron un poder de Estado caracterizado por la violencia y por abuso de diferentes tipos, incluyendo la intimidación física, el encarcelamiento, asesinato y la "desaparición". Decenas o cientos de miles de disidentes y opositores políticos fueron asesinados o "desaparecidos"— secuestrados, torturados, recluidos en cárceles clandestinas, y asesinados, sus cuerpos lanzados al mar o enterrados en fosas clandestinas. Ahora que estos gobiernos militares han sido sustituidos por gobiernos más democráticos, caracterizados por elecciones y por una mayor influencia de los sectores civiles, es posible y necesario recordar a las víctimas de esta época y prestar atención a la situación actual de los sobrevivientes.

En el presente estudio, se exploran las secuelas específicas que provoca una pérdida producida por un sistema de terror de Estado en un grupo particularmente vulnerable. La represión política impacta a la sociedad entera, pero las repercusiones son mayores para aquellos más directamente afectados. Las personas que son torturadas o encarceladas, o que tienen a familiares que han sido perseguidos, encarcelados, desaparecidos o asesi-

nados, a menudo enfrentan una doble angustia. Sumado al dolor original producido por la pérdida de sus seres queridos, las víctimas directas o sus familiares frecuentemente deben de enfrentar un silencio y una negación por parte de la sociedad sobre estos hechos, así como el consecuente aislamiento y el ostracismo. Esto puede conducir a individualizar la pérdida y a sentimientos de estigmatización y confusión. El proceso del duelo y el enfrentar las consecuencias de la experiencia se vuelven particularmente difíciles.

Esta investigación, realizada en Honduras durante 1992 y 1993 con el apoyo del Comité de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Honduras (COFADEH), evaluó y comparó a un grupo de niños que sufrieron la pérdida de uno de los padres a través de una desaparición forzada, con otro grupo de niños cuya pérdida de uno de los padres fuera el resultado de un asesinato político. Tomando en cuenta que la pérdida de uno de los padres es una experiencia compleja con numerosas repercusiones emocionales, sociales, económicas, familiares y de desarrollo, se pretendió explorar sus consecuencias objetivas y subjetivas. Los niños fueron afectados severamente por su pérdida, que indudablemente produjo cambios de gran importancia en su desarrollo y futuro.

En estos casos, fue de gran importancia el analizar a las familias de estos niños, a su entorno social, y al sistema político que imperaba, y considerar el impacto de estas diferentes ecologías en la experiencia del niño. El ambiente social y la situación política dentro de la cual estos niños y sus familias se desarrollaron dieron forma definitiva y, en muchos casos, remarcaron su pérdida traumática. Esta experiencia constituyó un fuerte impacto, que produjo una variedad de síntomas de estrés traumático, depresión, ansiedad y agresividad, y se esperaba que en los niños cuya pérdida hubiera sido más reciente se presentaría una mayor sintomatología. Se esperaba además que la falta de un desenlace físico, emocional o legal en los casos de las desapariciones forzadas provocaría que los niños de los desaparecidos presentaran un mayor trastorno emocional in-

consciente que los hijos de los asesinados, quienes adquirieron la certeza de la muerte de su progenitor, permitiéndoles desarrollar un proceso de duelo sobre esta pérdida.

El presente estudio abordó, por su gran importancia, diferentes aspectos de las experiencias fenomenológicas de estos niños: sus preocupaciones principales, sus respuestas emocionales, sus estrategias defensivas o de adaptación, su concepto distorsionado de si mismo, aspectos relacionados con la edad y el género, algunas diferencias existentes entre los hijos de los desaparecidos y los asesinados, y sus actitudes hacia las organizaciones políticas y de acción social.

Propósitos del estudio

Existe ya un conjunto de trabajos, casi todos descriptivos, que examinan los efectos psicológicos de las desapariciones y asesinatos políticos en los familiares sobrevivientes. La mayoría de las investigaciones comparativas o sistemáticas sobre este tema se han realizado con poblaciones inmigrantes, refugiadas y/o clínicas. Esta investigación, que se basó en entrevistas diagnósticas utilizando diferentes escalas, pruebas proyectivas y cuestionarios sobre los niños y sus vidas, tuvo como objetivo aportar algunos elementos relativamente nuevos en la elaboración de una bibliografía teórica y documental más completa sobre el tema, estudiando a una población que todavía se desenvolvía en su ambiente original. En particular, los hallazgos de esta investigación tienen implicaciones relevantes para las investigaciones comparativas sobre el impacto psicosocial de la violencia política en los niños, y aporta elementos relevantes para el tratamiento clínico de las víctimas y sus familiares.

Definición de términos

Desde la época de las desapariciones se ha desarrollado una terminología especial que ha sido incorporada al léxico de los medios de comunicación, a los trabajos de denuncia o de

investigación sobre estos hechos y que ha acabado por definir a una época:

La "desaparición forzada", "desaparición política", "desaparición", y los "desaparecidos" se refieren a una estrategia militar o paramilitar que cuenta con la aprobación del gobierno, orientado a secuestrar, y en forma clandestina encarcelar, torturar y frecuentemente asesinar a individuos considerados como opositores al régimen, rehusando al mismo tiempo el admitir estos encarcelamientos o muertes (Amnistía Internacional, 1994).

El "terrorismo de Estado", "represión política", la "violencia institucionalizada", y el "terror institucionalizado" son términos relacionados con el uso y la amenaza del uso de la violencia contra los opositores así como contra la ciudadanía en general, y con los métodos físicos, sociales y psicológicos utilizados para reforzar este control estatal.

Desde el punto de vista clínico, los conceptos más utilizados para referirse al efecto de estos abusos son el "trauma psicológico" o "trauma psicosocial". Estos se refieren a las consecuencias psicológicas y psicofisiológicas la exposición a eventos abrumadores y generalmente repentinos, de origen externo a la persona afectada, que la dejan en un estado de desvalidez frente a un peligro intolerable, a estados de ansiedad, y al surgimiento de respuestas de nivel instintivo.

La organización de este libro

Esta obra se inició como un trabajo doctoral de tesis para el programa de Psicología Clínica de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Redactada originalmente en inglés, fue traducida por el M.A. Daniel Matamoros, quien contribuyó además a transformar un extenso informe técnico en una obra que se espera sea de fácil acceso para los lectores no especialistas. El M.A. Matamoros, profesor titular de Psicología en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, también fue coautor del primer capítulo de la obra, que consiste en una descripción histórica, social y política sobre Honduras y su situación en el

campo de los derechos humanos. El Dr. Marc Edelman, profesor asociado de Antropología en el Hunter College y en el Centro de Estudios de Postgrado de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, también contribuyó en este capítulo. El Capítulo 2 es una revisión bibliográfica muy extensa sobre: los estudios sobre los efectos de la represión política en las víctimas y sus familias; las concepciones históricos y actuales sobre el trauma psicosocial; y los efectos psicológicos del trauma y la represión política en niños. Debe señalarse que la mayor parte de esta literatura no se encuentra disponible en el idioma castellano. Se espera, por lo tanto, que sea de utilidad no solo para los interesados en el impacto social y psicológico de la violencia política, sino para los interesados en diferentes tipos de fenómenos psicosociales. Los Capítulos 3, 4 y 5 describen la metodología y los resultados cuantitativos y cualitativos del estudio. Aunque son de naturaleza técnica, principalmente, se espera que sean de fácil comprensión para el lector no académico. El último capítulo, el Capítulo 6, analiza los resultados globales de la investigación, el impacto de la desaparición y el asesinato en los miembros adultos de la familia, y las implicaciones terapéuticas, sociales y políticas de los resultados.

Capítulo I

Honduras: geografía, sociedad y política económica

Geografía Física, Sociedad y Economía Política

Honduras ocupa el segundo lugar en extensión territorial en Centroamérica, después de Nicaragua, con 112,492 km^2 y una población aproximada de 5.5 millones de habitantes. Está ubicada en el centro geográfico de Centroamérica, con fronteras en el noroeste con Guatemala, en el suroeste con El Salvador, y en el sureste con Nicaragua. Posee extensas costas en el norte que la unen con el Mar Caribe, y en el sur tiene el Golfo de Fonseca, por medio del cual se conecta con el Océano Pacífico. La delimitación de sus fronteras se han tenido que dirimir a través de fallos o laudos internacionales, y todavía existen pequeñas zonas que son disputadas por sus vecinos. Su terreno es muy variado, con regiones montañosas muy extensas que dificultan la comunicación terrestre y la agricultura, así como extensos valles muy fértiles, destacándose el Valle de Sula y el Valle del Aguán. La región del este cuenta con vastas zonas selváticas y reservas ecológicas, en las cuales reside una reducida población, compuesta principalmente por las comunidades del pueblo misquito.

Tradicionalmente, la mayor parte de la población se ha ubicado en el área rural, aunque la proporción urbana ha aumentado en forma constante en los últimos veinte años (el 60.6% de la población vivía en el área rural en 1988, comparado con un 68.6% en 1974), siendo la agricultura su principal medio de subsistencia. Simultáneamente, se ha producido un fenómeno de dispersión de la población rural. El número de personas que vivían en aldeas y caseríos con menos de 1000 habitantes ascendía en 1988 a dos millones y medio, o sea casi la mitad de la población (Hoekman, 1990).

Los centros urbanos más importantes son: Tegucigalpa, su ciudad capital, con una población estimada en 1993 de 757,000 habitantes; San Pedro Sula, la capital industrial, con 389, 000 habitantes; El Progreso, ciudad vecina de San Pedro Sula y centro de grandes plantaciones bananeras de la transnacional United Fruit Company, con 128,000 habitantes; y La Ceiba, sede de la misma compañía bananera, con 94,000 habitantes. En el sur del país, la ciudad más importante es Choluteca, con 106,000 habitantes, siendo éste uno de los centros urbanos más afectado en su desarrollo por la corta guerra que se desató en 1969 entre Honduras y El Salvador.

Aproximadamente un 90% de la población es de extracción mestiza, con una herencia española e indígena. El restante 10 % está conformado por miembros de seis grupos indígenas culturalmente diferenciados, con un total aproximado de 150,000 miembros, y por los garífunas, que suman aproximadamente 100,000 integrantes, con un componente racial principalmente negro, y quienes son descendientes de los garífunas traídos a Honduras en 1797 desde la isla de San Vicente, en El Caribe, y que han mantenido parcialmente su cultura e idioma. Otros grupos incluyen una población negra de habla inglesa, con 20,000 miembros aproximadamente, y pequeños grupos de extracción alemana, árabe, norteamericana y asiática, destacándose estos grupos últimos en las actividades del comercio, la industria y la agroindustria. Muchos centroamericanos de los países vecinos residen también en Honduras, producto de los

procesos migratorios normales, pero también debido a la historia reciente de conflictos armados muy intensos o prolongados vividos en la región.

Honduras continúa siendo catalogado como uno de los países más pobres en América; tradicionalmente se le considera como el más pobre después de Haití. El informe de 1995 de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano confirma esta apreciación. Según el mismo, la esperanza de vida al nacer es de 67.7 años, la mediana de años de escolaridad es de 3.9 años, y la tasa de alfabetismo es de 70.7% (United Nations Development Programme, 1995). Sin embargo, esta última cifra incluye a muchas personas que serían consideradas funcionalmente como analfabetas por desuso en otros países. La educación es gratuita hasta los niveles de la educación media, pero los gastos en libros, transporte, uniformes y útiles deben ser cubiertos por los padres. Muchos niños abandonan su educación primaria o media porque sus familias no pueden dotarlos de zapatos, los uniformes obligatorios, o los útiles escolares. Adicionalmente, el número de institutos de educación media o técnica es insuficiente para atender la demanda, dejando cada año a cientos de miles de jóvenes sin acceso al sistema educativo, otros quedan fuera por motivos económicos, o por la lejanía de los centros educativos existentes en el área rural.

En 1991 se estimaba que el 70% de la población vivía en situación de pobreza, y el 54% en condiciones de extrema pobreza. La situación laboral de la mayoría de la población es muy marginal y de subsistencia, y se dedica a actividades poco rentables o tecnificadas, como la agricultura en pequeña escala, el empleo ocasional, o las ventas callejeras. El ingreso anual per cápita es de 570 dólares, aproximadamente (United Nations Development Programme, 1995). Los costos de las viviendas, de algunos productos de la canasta básica y del transporte público son significativamente menores que en otros países de la región, pero existen otros productos o servicios básicos, tales como la vestimenta, el combustible, los servicios de comunicación, y en especial las medicinas, que pueden resultar mucho

más costosos o de igual precio que en un país más desarrollado como los Estados Unidos.

Aunque las condiciones de vida en los centros urbanos son muy precarias para muchos de sus habitantes, lo son aún más en el área rural. En el campo, en donde reside la mayor parte de la población, los servicios básicos son muy inadecuados; solo un 56% de la población tiene acceso a servicios básicos de salud, un 48% tiene agua potable, y solo el 42% posee sistemas de alcantarillado (CRIES, 1994). En Honduras se carece de los sistemas de protección social que existen en la mayoría de los países industrializados, siendo estos inadecuados y de muy baja cobertura. La mayor parte de los hondureños no logran ahorrar y no pueden jubilarse con una pensión que les permita una vida digna en retiro, sino simplemente de sobrevivir día a día.

Honduras es todavía uno de los mayores productores de banano de la región centroamericana, pero en las últimas décadas se ha logrado alguna diversificación en su actividad económica. El café, la ganadería, el azúcar, la madera, el tabaco, los mariscos, y la industria ligera, se han convertido en sectores económicos de mucha importancia. La maquila ha absorbido a un porcentaje significativo de la mano de obra, especialmente la femenina, aunque en este sector de la economía se presentan constantes denuncias sobre abusos a los derechos laborales.

La crisis de los años 1980

Después de 1980, cuando Ronald Reagan ganó las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, la administración norteamericana empezó a invertir muchos recursos militares, de servicios de inteligencia, económicos y políticos para combatir al gobierno sandinista de Nicaragua, a las fuerzas izquierdistas de la guerra civil salvadoreña, y a la insurgencia armada de Guatemala, regionalizando de esta manera los conflictos, y convirtiendo a Centroamérica en uno de los escenarios del conflicto entre los bloques Este y Oeste.

En Honduras, los regímenes militares que gobernaron al país desde 1963 hasta 1981, aún con su corrupción y despotismo, no tuvieron los niveles de represión violenta y masiva que se evidenció en los países vecinos de Guatemala y El Salvador, así como en algunos países de América del Sur. Los proyectos de reforma que implementaron durante la década de los 70 alcanzaron un éxito relativo, y algunas de las demandas populares fueron satisfechas, incluyendo la promulgación de legislaciones a favor de mejores condiciones de trabajo, y una política agraria más equitativa (Salomón, 1982). Esto propició que la polarización de la sociedad fuera menor en Honduras en comparación con otros países vecinos, y que los sectores populares tuvieran cierta confianza en el sistema político y en sus gobiernos. El retorno a un sistema de gobierno civil electo en forma popular en 1981 despertó en la población la esperanza de que se avecinaba una época de desarrollo y de paz.

La elección de Reagan a la presidencia de los Estados Unidos, a solo un año del triunfo sandinista en Nicaragua, condujo a una radicalización de las posturas en Centroamérica, eliminando la posibilidad de un espacio para planteamientos reformistas o moderados. Al intensificarse la guerra en El Salvador, y al iniciarse la guerra encubierta contra Nicaragua, Washington decidió que la posición estratégica de Honduras en el centro de la región la convertía en el sitio ideal para implementar una mayor intervención militar norteamericana. Esta meta suplantó el apoyo brindado con anterioridad que se orientaba hacia procesos internos de reforma política, económica y social. A cambio de recibir niveles masivos de ayuda económica norteamericana, el gobierno de Honduras permitió que las fuerzas norteamericanas y las de los contras realizaran operaciones militares en su territorio.

La elección en 1981 de un presidente civil, Roberto Suazo Córdova, no fue suficiente para excluir a Honduras del conflicto regional. Las Fuerzas Armadas, y principalmente su Comandante en Jefe, el General Gustavo Alvarez Martínez, electo para este cargo en 1982, gozaron de un poder absoluto en todo lo

referente a acciones militares, y a la política de seguridad nacional. Alvarez Martínez había recibido diversos cursos de entrenamiento en Argentina, y se convirtió en un ferviente seguidor de la "Doctrina de la Seguridad Nacional" implementada por las dictaduras militares represivas de Brasil, Chile, Uruguay y Argentina (Rosenberg y Colburn, 1989).

La aplicación de esta doctrina, reforzada en 1982 por la aprobación en el Congreso Nacional de la Ley Antiterrorista, convertía a los dirigentes de los sectores populares y a todos los que participaran en actos de protesta contra el gobierno en sediciosos, inculpándolos del delito de atentar contra la seguridad del Estado. Aún previo a la promulgación de esta ley, y al nombramiento del General Alvarez Martínez, se había iniciado en Honduras la era de los asesinatos políticos y de los desaparecidos. En 1980 un editorial de *Diario Tiempo*, uno de los periódicos más influyentes de la zona norte del país, se intitulaba "¿Por qué tantos asesinatos?", refiriéndose a una cadena de asesinatos ocurridos en circunstancias misteriosas, en que los cadáveres aparecían acribillados a balazos y maniatados (Informe del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos, 1993). Alvarez Martínez había sido designado como Comandante General de la Fuerza de Seguridad Pública en 1980, dándole desde ese año el mecanismo para proceder a innumerables detenciones, muchas de las cuales terminaban en asesinatos o desapariciones.

El primer caso de un desaparecido ocurrió el 24 de mayo de 1980, con el arresto y posterior desaparición del sindicalista del Servicio Autónomo Nacional de Acueductos y Alcantarillados (SANAA), Estanislao Maradiaga Linares, por efectivos de la Fuerza de Seguridad Pública (FSP). A pesar del número creciente de asesinatos y desapariciones, el gobierno negó constantemente que tuviera responsabilidad en estos hechos, y en muchos casos, negó que hubieran ocurrido. Muchas de las víctimas tenían otra nacionalidad, y residían en forma temporal o permanente en el país, ya que Honduras se encontraba en el centro de una situación regional muy convulsa, y las fuerzas de

seguridad sospechaban que toda aquella persona que era extranjera estaba vinculada a las fuerzas "subversivas" de su país. Honduras no solo recibía a miles de refugiados centroamericanos que huían de los conflictos armados, sino que también por sus fronteras transitaban los actores principales de estos conflictos, ya fueran guerrilleros de El Salvador, militantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y ex-guardias somocistas junto a líderes de la contra- revolución de Nicaragua. Por otro lado, las organizaciones populares hondureñas –sindicales, campesinas y estudiantiles– realizaban huelgas, protestas contra el gobierno y tomas de tierra. Sus acciones buscaban defender sus derechos y denunciar las violaciones que se estaban cometiendo. A partir de 1982, el Comité de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Honduras (COFADEH), junto con otras organizaciones de derechos humanos, llevó a cabo una campaña para esclarecer la situación del creciente número de víctimas de la ola represiva desatada en el país. En Honduras, la represión se debió mucho más a la lucha que se impuso a nivel regional contra el fantasma del comunismo, que a las acciones de los sectores populares.

En 1984, un grupo de oficiales, molestos con las medidas autoritarias que prevalecían dentro de las mismas Fuerzas Armadas, depuso al General Alvarez Martínez y lo envió al exilio. Este hecho marcó el inicio de una disminución significativa en el número de casos reportados de desaparecidos. El informe publicado en 1993 por el Comisionado Nacional de los Derechos Humanos, "Los hechos hablan por sí mismos", recopila 179 casos de desapariciones forzadas ocurridas entre 1980 y 1992, con 72 de estos casos reportados en un espacio de tres años entre 1980 y 1982. Capta además el clima de intimidación y terror creado por las desapariciones, las amenazas de muerte, y otras medidas represivas implementadas en la década de los 80 y al inicio de los 90. Con toda seguridad se produjeron muchos más casos de desapariciones forzadas de los que este informe recopila, y el mismo no contabiliza el gran número de asesinatos políticos cometidos. Recientemente, un ex-jefe de inteligencia

militar, el coronel Leónidas Torres Arias, acusó a las Fuerzas Armadas de ser responsable de un total de 184 desapariciones (CEDOH, 1995b).

La situación de los Derechos Humanos en la década de los 90

Los gobiernos de la década de los 90 han sido mucho más democráticos que los de las décadas anteriores, y los partidos políticos y las organizaciones populares han empezado a resurgir. Sin embargo, todavía impera un sistema de control del poder por parte de las élites, y el país es agobiado por la corrupción, la ineficiencia burocrática, la impunidad militar y una pobreza desesperante. Con todos estos factores, se perpetúan las desigualdades, la injusticia y la falta de oportunidades para los sectores mayoritarios de la población.

La corrupción todavía predomina en el gobierno, la empresa privada y aún en los sectores laborales; esto se ha convertido en uno de los principales obstáculos para el desarrollo social y económico (ver CEDOH, 1994, 1995a). El presupuesto anual de las Fuerzas Armadas, cuyo monto se mantenía en secreto hasta los años más recientes, se reorientaba parcialmente hacia la adquisición de grandes extensiones de terreno, y para alcanzar el control de diferentes empresas, convirtiendo a la institución castrense en un poderoso grupo económico y en un aliado y protector de las demás élites económicas y sociales. Las Fuerzas Armadas también han sido vinculadas a las frecuentes amenazas a muerte que han recibido miembros de las organizaciones de derechos humanos, y de las organizaciones populares, campesinas y laborales (ver CEDOH, 1995b: COFADEH, 1995).

El número de violaciones de los derechos humanos básicos ha disminuido considerablemente. La época de las desapariciones forzadas como política del gobierno, o de las Fuerzas Armadas, ha prácticamente terminado. Se están dando los primeros pasos a nivel institucional para desarrollar una cultura de respeto a los derechos humanos con la creación en 1992 del

Comisionado Nacional de los Derechos Humanos. El primer Comisionado Nacional, el Dr. Leo Valladares, asumió la tarea no solo de defender los derechos actuales de los hondureños, sino también la de investigar los abusos del pasado, publicando en 1993 el informe "Los hechos hablan por sí mismos", con lo cual despertó en la conciencia nacional el recuerdo de la época de los desaparecidos.

Su carácter de funcionario gubernamental permitió que este informe, en el que se concluye que las Fuerzas Armadas de Honduras tuvieron responsabilidad directa en estos hechos, y en el que se plantea la posibilidad de que los gobiernos civiles de la época también participaron de esta responsabilidad, lo que significó un reconocimiento de que las denuncias de los familiares y de los grupos de derechos humanos habían sido, en su mayoría, ciertas y válidas.

A partir de ese año, se han creado una serie de instituciones civiles relacionadas con las actividades policiales y judiciales. En 1994 se creó el Ministerio Público, con la figura del Fiscal General del Estado, que cuenta con autoridad para presentar acusaciones contra funcionarios del gobierno y efectivos militares. Se eliminó la Dirección Nacional de Investigación (DNI), organismo a quien se le responsabilizaba de muchos abusos de autoridad, incluyendo detenciones ilegales, torturas, y la muerte en circunstancias misteriosas de numerosos detenidos dentro de sus celdas, y también de realizar ejecuciones extrajudiciales. Aunque este organismo se componía de elementos civiles, fue siempre dirigido por oficiales de las Fuerzas Armadas, y constituyó parte de su estructura. Esta institución fue sustituida en 1995 por la Dirección de Investigación Criminal (DIC), organismo dirigido por una persona ajena a las Fuerzas Armadas, y que tiene funciones eminentemente técnicas. Otro paso importante dado en 1994 fue la eliminación, por parte del Congreso Nacional, del servicio militar obligatorio, el cual se había implementado en el pasado en base a violentas redadas de jóvenes, principalmente en el área rural y en los barrios populares de las ciudades más importantes.

En 1995 se dieron otros cambios de importancia. El Congreso Nacional ratificó la reforma constitucional para crear a ese nivel la figura del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos, con lo que se independizaba del Poder Ejecutivo. El Congreso también aprobó los cambios constitucionales que permitirán el traspaso de la policía a sectores civiles en el futuro cercano. Todas estas acciones están orientadas a desmilitarizar a los organismos encargados de la protección ciudadana, a eliminar la impunidad de ciertos sectores, y a reducir el papel de las Fuerzas Armadas en la vida nacional.

En estas decisiones ha pesado el asesinato, en 1991, de una estudiante de secundaria, Riccy Mabel Martínez, quien fue violada y asesinada por elementos militares. Por primera vez un oficial en servicio activo fue procesado y condenado en un tribunal civil por un delito contra un individuo. Esto ocurrió principalmente por las presiones populares, ya que esta muerte simbolizó el atropello de los miembros de las Fuerzas Armadas sobre la población civil, sin que se pudiera justificar tal acción con argumentos políticos.

Un segundo caso también ha tenido un gran peso sobre la conciencia nacional. Se refiere a la acusación presentada por la Fiscalía Especial de Derechos Humanos del Ministerio Público, contra nueve miembros de las Fuerzas Armadas, incluyendo oficiales, por la desaparición temporal de seis estudiantes en 1982, siendo esta la primera acusación criminal que se presenta por parte de autoridades estatales contra efectivos de las Fuerzas Armadas por los abusos cometidos en la década de los 80. La respuesta de los militares acusados ha sido de no entregarse a la justicia, y en enero de 1995 la Corte Suprema rechazó los amparos presentados a su favor, apoyando de esta manera las actuaciones de la Fiscalía. El abogado defensor de los acusados ha argumentado que las amnistías decretadas por el Congreso Nacional en años anteriores para los acusados de crímenes políticos cubre a los militares involucrados en las violaciones a los derechos humanos cometidos en la década de los ochenta. Es muy probable que en este caso se esté decidiendo si los autores

de los hechos de la década pasada podrán ser juzgados, o si la sociedad hondureña deberá de conformarse con otras acciones, incluyendo reparaciones a los familiares de las víctimas o la elaboración de un Informe de la Verdad. Desde 1994, las excavaciones realizadas por antropólogos forenses y que son auspiciadas por el Comisionado Nacional de los Derechos Humanos y por COFADEH, han logrado encontrar e identificar los restos de varias personas reportadas como desaparecidas en la década anterior, refutándose la tesis de que se encontraban con vida y que residían en otros países. Esta labor ha significado un avance importante en el proceso de descubrir la verdad sobre estos hechos.

No todo ha cambiado. A pesar de los esfuerzos realizados en la defensa y promoción de los derechos humanos, y a la eliminación de la práctica de asesinar o desaparecer a los opositores políticos o ideológicos, desde 1994 se ha incrementado dramáticamente el número de asesinatos de supuestos delincuentes por personas desconocidas, con muchos indicios de estarse implementando nuevamente los métodos utilizados en la década anterior contra opositores políticos. En la segunda mitad de 1995 se produjeron diferentes casos de asesinatos, en circunstancias altamente sospechosas, de ex-miembros de las Fuerzas Armadas, quienes según diferentes informes tenían información sobre las violaciones a los derechos humanos de la década anterior. Esto es altamente indicativo de que la violencia y el uso de medidas ilegales y violatorias a los derechos humanos continúa siendo un método válido para ciertos sectores.

Capítulo II

Análisis de la literatura

Introducción

Este capítulo describe cuatro tipos de bibliografía interrelacionadas que abarcan los temas de: 1) La psicología social de la represión política en América Latina; 2) Las víctimas del terrorismo de Estado y sus familias; 3) Traumas y pérdidas traumáticas; y 4) Traumas y las consecuencias de la represión política en los niños.

Para comprender la experiencia de los participantes de este estudio, que perdieron a un padre o a una madre debido a una desaparición forzada o por un asesinato político, es necesario explorar más allá del niño y su núcleo familiar, y analizar el sistema social y político en que está inmerso. El ambiente social que rodeaba a estos niños y sus familias moldeó y reforzó estos traumas.

El sufrimiento provocado por la pérdida de un padre nunca se limita al evento en si, como lo puede ser el perder alguna joya heredada de mucho valor o una mascota querida, que puede ser extrañada pero fácilmente reemplazada. Para un niño, la experiencia de perder a un padre es trágica, no solo debido a que una persona muy querida e importante estará ausente por siempre,

sino porque aunado a ésta pérdida se presentan repercusiones negativas de tipo social, económica, familiar y de desarrollo personal, en forma combinada y por separado. En muchas oportunidades estos aspectos determinan las experiencias futuras del niño, y lo llevan a convertirse en una persona significativamente diferente a como él o ella hubieran llegado a ser si no se hubiera producido esta pérdida.

Aportes de la Psicología Social al estudio de la represión política en América Latina

La prolongada época de las dictaduras latinoamericanas llevó a diversos profesionales de las ciencias sociales a adoptar posturas teóricas, ideológicas y de actividad comprometida, dentro y fuera de la región. Se realizaron muchos esfuerzos por analizar, desde el punto de vista de la psicología, el fenómeno del terrorismo de Estado y su impacto, no solo en los individuos afectados, sino también sobre la sociedad en su conjunto. Este esfuerzo fue de tipo teórico, por una parte, así como de observación, basado en la experiencia clínica y testimonial. Desafortunadamente, sus resultados, aunque muy interesantes, presentan algunas limitantes. Muchos de los planteamientos de los autores carecen de precisión y de especificidad. Por ejemplo, en diversos trabajos es difícil establecer si se están refiriendo a la población en su conjunto, o a ciertos segmentos, tales como aquellos que fueron o que estaban siendo más severamente afectados en ese momento por la represión. En otros estudios resulta difícil el precisar si se está analizando a los gobernantes o a aquellos agentes suyos que llevaron a cabo las consignas y las políticas que resultaron en tanto sufrimiento y muerte.

Otro problema es la tendencia de muchos de estos trabajos a referirse a América Latina como una sola realidad, ignorando o dejando de considerar adecuadamente las múltiples diferencias existentes entre sus diferentes regiones, tales como sus raíces históricas y culturales, y la forma particular en que se desarrolló esta cruenta lucha ideológica entre fuerzas desigua-

les en cada país. En los diversos países de América Latina se desarrollaron guerras civiles extendidas por el campo y las ciudades, oposiciones civiles importantes, insurgencias de guerrillas, golpes de Estado que derrocaron a gobiernos democráticos, gobiernos muy represivos que se enfrentaron a una oposición muy pequeña, y muchas otras circunstancias que obligan a un análisis muy preciso en cada caso. Sin embargo, son notables las similitudes que estos trabajos presentan en relación al clima de miedo e intimidación que invadía a la gran mayoría de estos países, aún con las diferencias ya mencionadas.

Esta similitud lleva a concluir tentativamente que los métodos utilizados por gobiernos autoritarios para controlar y manipular a sus poblaciones, son básicamente los mismos. Por último, el análisis de estos trabajos revela una omisión muy significativa, ya que presentan muy pocas referencias a los medios o procesos por los cuales algunas personas o grupos lograron conquistar el medio y volverse inmunes a la intimidación. Aunque unos pocos autores sí abordan este tema tan trascendental, la mayoría de los investigadores dedican su mayor esfuerzo a describir los procesos de intimidación y de sumisión a las exigencias impuestas por estos gobiernos, que a las respuestas de desafío que se dieron. El cuadro que presentan resulta problemático, ya que conduce a una concepción del ser humano y de las sociedades como pasivas y reactivas (por ejemplo, Samayoa, 1987), que deja sin explicación los múltiples cambios democratizadores que lograron transformar a los gobiernos autoritarios de muchos países. En contraste a esta visión, pueden señalarse los trabajos de Dunayevich (1986), Martín-Baró (1989, 1992) y Zukerfeld (1986), que intentan presentar una concepción más activa y conflictiva sobre la sociedad, y que resaltan la importancia de los individuos como agentes históricos.

Desde las primeras décadas del Siglo XX, existía ya una importante bibliografía sobre la psicología del control político, basada en estudios realizados en diferentes regiones del mundo.

En la primera mitad del siglo, Horkheimer, Reich (1933), Adorno (1950, 1951) y otros teóricos de la "Escuela de Frankfurt", influenciados por Freud, se preocuparon por estudiar y describir aquellos aspectos de la psicología de las masas que favorecían una adaptación de la población a los sistemas de gobiernos autoritarios y fascistas (Jacoby, 1975). Entre los temas abordados se encuentran la manipulación del inconsciente, la internalización de las sanciones sociales, la idealización de la conformidad, las vicisitudes del narcisismo y el ascenso del autoritarismo (Adorno, 1968). Arendt (1966) también contribuyó significativamente a este esfuerzo, analizando no sólo a los gobernados sino también a los gobernantes. La división de Europa en dos bloques, después de la Segunda Guerra Mundial, propició la elaboración de muchos trabajos críticos sobre los sistemas totalitarios del Este (por ejemplo, Medvedev, 1989). Los trabajos de Fanon en El Caribe (1952), y en Argelia (1961), así como los de Memmi en la Africa colonial y pos-colonial (1965), plasmaron la conducta de los ciudadanos bajo gobiernos opresivos del Tercer Mundo.

A. El Terrorismo de Estado en América Latina

El ser humano es un animal social. El individuo existe y se desarrolla dentro de esquemas de clases, de nacionalidades y de culturas. Su visualización de sí mismo está anclada en las estructuras sociales en que está inmerso. Los aspectos psicológicos de la represión política comprenden, en una relación dinámica, el mundo interno del sujeto, su contexto social, con todos sus estratos, y la representación que el individuo construye de su realidad social.

El terrorismo de Estado (también conocido en este trabajo como "represión política", "abuso de poder del Estado", "violencia institucionalizada", "terror institucionalizado" y "violencia organizada") abarca tanto el uso como la amenaza del uso de la violencia por parte del Estado contra aquellos individuos, grupos o sectores de la sociedad considerados como opositores

o como disidentes, y contra la población en general. Asimismo, se refiere a los métodos físicos, psicológicos y sociales utilizados para reforzar este control estatal. Su propósito es callar cualquier oposición a las condiciones impuestas por el gobierno, ya fueran de tipo social, económica o política, aunque para grandes segmentos de la sociedad estas medidas resultaran opresivas.

En América Latina, la represión de las décadas de los 70 y los 80 significó la destrucción de organizaciones laborales y de instituciones civiles y gubernamentales, así como las supresión de muchos derechos constitucionales y civiles. El control del gobierno se consolidó a través de medidas severas, tales como golpes de Estado, encarcelamientos, desapariciones, torturas, asesinatos y ejecuciones extrajudiciales. También se emplearon métodos de presión y coerción con individuos y grupos, tales como amenazas anónimas, despidos injustificados, el exilio ante el peligro de ser asesinado, y una gran variedad de técnicas de guerra psicológica (Faúndez, 1990).

Este poder estatal caracterizado por el uso de métodos violentos fue un fenómeno casi continental, pero es necesario señalar que en cada país adoptó características particulares. En Guatemala, que indudablemente debe de ser señalado como el país con el mayor número de violaciones a los derechos humanos en el hemisferio, en la década de los 80 más de 100,000 personas perecieron, en parte como producto de los ataques aéreos y de artillería que destruyeron a más de 450 comunidades indígenas. Muchas de las víctimas fueron salvajemente torturadas, y también violadas, y más de 10,000 personas desaparecieron. Estas acciones militares se llevaron a cabo sin mucho esfuerzo por mantenerlas en secreto, contrario a la experiencia argentina, la cual se analizará más adelante.

En El Salvador, Honduras y Guatemala, era común que habitantes y comunidades enteras fueran desalojadas de las "áreas de ocupación" por razones de seguridad militar. En Argentina, entre 10,000 y 30,000 personas fueron capturadas, torturadas y asesinadas, realizándose sus capturas en forma

pública, pero ocultando su posterior tortura y asesinato (Simms 1995a, 1995b). Las fuerzas de seguridad de muchos países nunca reconocieron el tener en sus cárceles a estos presos, ni tener conocimiento o responsabilidad alguna sobre sus muertes. Las víctimas se convirtieron en "los desaparecidos" y los responsables de sus muertes se deshicieron de ellos lanzando sus cuerpos al océano o enterrándolos en fosas clandestinas comunes (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, 1984).

En Uruguay, miles de presos soportaron años y años de encarcelamiento clandestino, sufriendo simultáneamente torturas y tratos degradantes de tipo físico y emocional. En otros países, como en el caso de Honduras, los gobiernos se enfrentaron a una oposición menos organizada, por lo que sus medidas, aunque represivas, se basaron más en la amenaza del uso de la violencia y en el implantar un ambiente de terror institucionalizado como métodos de control social.

A pesar de todo esto, y de otros atropellos que las sociedades latinoamericanas tuvieron que soportar, es sorprendente el comprobar que los sectores mayoritarios de la población aceptaron y en ocasiones apoyaron los abusos realizadas en contra de sus derechos humanos. Se hace pues, necesario el analizar cuales son los elementos que permiten a gobiernos represivos lograr un respaldo social, o por lo menos, un acatamiento a sus medidas, haciendo caso omiso de los atropellos realizados en contra de los ideales y las instituciones de la democracia. Ignacio Martín-Baró (un prominente psicólogo salvadoreño defensor de los derechos humanos, y uno de los seis sacerdotes jesuitas asesinados en forma colectiva, junto a su ama de llaves y su hija, en noviembre de 1989) planteó, poco antes de su muerte, que aún en su país, trastornado por la guerra, un asesinato masivo era un evento extraordinario, en comparación a otros eventos ordinarios:

> Las acciones más comunes del terrorismo de Estado que ocurren en El Salvador no llegan a hacer noticia. No parecen de tal manera que fueran de interés para el lector del periódico o el televidente. Estos abarcan lo que yo llamaría un terrorismo de día a día: esa presión sistemática aplicada a toda la población en una dosis diaria. Esto consiste en el hostigamiento sistemático de aquellos que piensan de forma diferente; de aquellas organizaciones humanitarias, por ejemplo, que intentan ayudar a las víctimas de la guerra. Consiste en... la denominación sistemática, a través de los medios masivos de comunicación, de toda la oposición como subversiva, como terrorista, el cual es una denominación o calificación que de alguna manera desencadena una consecuencia, una venganza, una amenaza de muerte para aquellos que así han sido catalogados. Estas acciones de día con día sobre toda la población, el hostigamiento, la presión, el etiquetamiento, el desacreditar moralmente a cualquiera que intente hacer algo significativo a favor de los pobres, es esto lo que yo llamo el terrorismo de día a día. Un terrorismo tal se vuelve aún más opresivo cuando se acompaña por... actos extraordinarios de terrorismo (Martín-Baró, 1989b).

Estudios realizados sobre sociedades gobernadas por regímenes altamente represivos como El Salvador (Martín-Baró, 1989, 1992; Stephen, 1995), Guatemala (Miller, 1993), Honduras (Almendares, 1991; Quirk, 1992, 1994), Argentina (DuBois, 1990; Graziano, 1992; Hollander, 1992; Kordon y Edelman, 1986), Uruguay (Rial, 1992), Chile (Lira, 1988; Lira y Cols., 1984; Salimovich y Cols., 1992) y Brasil (Moreira Alves, 1992) sugieren el nacimiento de una "cultura de miedo" que impregnó todos los aspectos de la vida nacional (Corradi y Cols., 1992; Lechner, 1992) y una "elaboración cultural del terror" (Taussig, 1984). Bajo el gobierno dictatorial, el miedo se convierte en un "estado mental penetrante", ya sea en forma consciente o inconsciente, reconocido o negado (Comas-Díaz y Padilla, 1990).

Corradi, Fagan y Garretón (1992) señalan que en los países caracterizados por gobiernos democráticos y con un alto desa-

rrollo industrial, existe una resistencia a visualizar el miedo como algo más que una "emoción personal." Atribuyen este rechazo a la ignorancia, ya que "las sociedades libres no experimentan el miedo como un trasfondo permanente y silencioso del acontecer nacional"[1]. Señalan que este miedo permanente es parte de la vida en muchas regiones del mundo, especialmente en aquellos con gobiernos dictatoriales, pero también en países supuestamente democráticos que utilizan la represión como un método de control social.

Corradi y sus colegas plantean que, durante las décadas de los 70 y los 80, los gobiernos latinoamericanos reestructuraron las redes sociales de sus países. A través de la implementación sistemática del terror institucionalizado, que implicaba la manipulación y la objetivación del terror, realizaron esfuerzos encaminados a destruir a las instituciones civiles que protegían a los ciudadanos de los abusos del poder estatal.

Lechner (1992) amplia este punto, señalando que el miedo es una reacción frecuente ante la idea del desorden, y señala que, en América Latina, "la diversidad es percibida no como pluralidad, sino como desorden." Las alternativas al orden, consecuentemente, provocan temor en muchos sectores, y se identifican como "caos," o "comunismo," y como la raíz de todos los males sociales que aquejan al país. "El autoritarismo resuelve el problema del mantenimiento del orden, no suprimiendo, sino manipulando el miedo".

La contribución de Garretón (1992) consiste en la identificación de dos tipos de miedo: el miedo a lo desconocido, que produce un estado de inseguridad; y un segundo tipo, el miedo a peligros certeros y conocidos, que provoca un estado de intimidación. También se podría utilizar los términos existencial y material, respectivamente, para referirse a estos dos miedos. Diferentes gobiernos autoritarios en América Latina

1. También se debe a que la ideología individualista de estas sociedades –especialmente la estadounidense– generalmente tiende a negar los vínculos entre el individuo y su entorno social.

manipularon estas dos formas de miedo, y el rencor acompañante, como métodos para consolidar su poder.

Parafraseando a Lechner (1992), podemos decir que "la huella del autoritarismo" es la cultura del miedo.

Sin embargo, la historia de América Latina siempre ha incluido la presencia de algunas formas del miedo, principalmente afectando a sus sectores más desprotegidos. Para muchas personas, estas formas se originan en las condiciones precarias en que subsisten, y en las cuales su sobrevivencia y la integridad de su núcleo social y de su familia están siempre en riesgo. Salimovich, Lira y Weinstein (1992) hacen mención de los temores específicos que acompañan la pobreza extrema, así como el pavor que provoca el pensar sobre el futuro. Durante los años de mayor represión política, estos temores preexistentes se combinaron con los miedos existenciales y materiales, incrementando los sentimientos de vulnerabilidad y de inmovilización. Como consecuencia, se multiplicaron los elementos de la realidad social que podían evocar una respuesta de miedo, incluyendo a los militares, los soplones del gobierno, los vecinos, el comunismo, caos, la violencia, la pobreza, el desempleo, y lo desconocido.

Faúndez plantea:

> El miedo es, en todas sus modalidades de existencia, al mismo tiempo medio y fin, condición necesaria y resultado procurado. El miedo, como situación planificadamente creada y exacerbada por el *poder del Estado dictatorial*, ha dejado de ser una reacción natural que protege al sujeto y una vivencia puramente individual, para transformarse en trasfondo y nexo de las relaciones sociales, es decir, de la comunicación entre las personas. El poder ha conseguido, por tanto, un ambiente relacional con graves distorsiones y cambios de reglas y hábitos de comunicación en la población (1990, pág. 88).

B. *La internalización de la represión política*

En momentos difíciles, el Estado represivo puede interpretar casi cualquier declaración o actividad como una amenaza, como una actividad "subversiva," y responder a ella con encarcelamientos, torturas, desapariciones o asesinatos. Enfrentados a la amenaza de una represión brutal y aniquiladora, los individuos desarrollan una sensación aumentada de vulnerabilidad, lo cual afecta a las relaciones interpersonales, aún las más íntimas (Cecchi de Ianowski y Sakalik de Montagna, 1986).

La sospecha de que cualquiera, ya sea un pariente, un vecino, un compañero de trabajo o un amigo, pueda ser un colaborador secreto del gobierno, distorsiona las relaciones sociales, y uno mismo se convierte en fuente de sospechas para los demás. De esta manera, "toda persona es así simultáneamente víctima y asesino potencial" (Galli, 1986). Lira (1984) lo denomina "un sentido alterado de la realidad," que dificulta cualquier validación objetiva de las experiencias vividas y de lo aprendido. Hollander (1992) lo describe como un "trastorno paranoide de la personalidad que llega a convertirse en un rasgo nacional".

Es indudable, que un ambiente impregnado de amenazas provenientes de un gobierno represivo y violento provoca en su población un estado de hipervigilancia, lo que desencadena una alienación en las relaciones y comunicaciones interpersonales. Esto crea:

> el dilema "enajenación o muerte" que se acerca al sistema de la problemática psicótica perseguido-perseguidor que define a la paranoia. Con una gran diferencia: no se trata de un delirio, ni para el perseguidor ni para el perseguido. Se ha constituido como *realidad* social, aunque sea parecida a representaciones fantasmagóricas a las que no es ajeno ningún sujeto (Galli, 1986, pág. 35).

El proceso de internalización de la represión política se lleva a cabo de muchas maneras. Resulta mejor el no pensar mucho

sobre las cosas, el no cuestionar, el no analizar. Las capacidades de reflexión, de crítica y de análisis quedan inhibidas, dando lugar a un conformismo marcado y una constante autocensura. El pensamiento y la conducta se tornan estereotipadas, convencionales y carentes de creatividad. La vida en sociedad, y las personas mismas se tornan rígidas, inflexibles y egoístas (Cecchi de Ianowski y Sakalik de Montagna, 1986; Comas-Díaz y Padilla, 1990; Galli, 1986; Martín-Baró, 1989).

Hollander señala que el silencio, la incapacidad de poder expresarse y las inhibiciones impuestas o autoimpuestas conducen a grandes sectores a rechazar el involucrarse en temas políticos:

> Una de las características más sobresalientes de una población aterrorizada es su compulsión a negar la realidad, a rehusarse a ser testigo del drama siniestro que oprime a todo un país. La negación sirve al individuo como una barrera entre él o ella y su conciencia, y de la exigencia, interna o externa de actuar desafiando esta violación sistemática de los derechos humanos más fundamentales (1992, pág. 281).

Un efecto adicional de la represión política es el aumento de la polarización, tanto a nivel individual como colectivo; todo se define en términos de "ellos" o "nosotros". La autonomía personal y la confianza en sí mismo se reducen; la percepción que los demás tienen llega a ser lo prioritario; solo así se evita sentirse en peligro. "Pero paradójicamente, esto se acompaña por un incremento del individualismo;" el individuo se aisla, y se obliga a cubrir sus necesidades sin esperar ayuda de otros, ni a organizarse para recibir un apoyo mutuo (Martín-Baró, 1989). Como resultado de este proceso de enajenación y de ruptura del vínculo social básico con los demás, lo humano de la vida se devalúa.

Samayoa (1987) plantea que el trauma psicosocial de la guerra y la represión política implica un proceso de deshumanización, que incluye una reducción en la sensibilidad hacia el

sufrimiento de los demás, el desarrollo de una defensividad paranoide, y una pérdida de esperanza y de sentido de vida. Este proceso se evidenció en los habitantes de las zonas fronterizas entre Honduras y Nicaragua, durante la época de la guerra de los Contras, en que se cometieron actos brutales de represión dentro del territorio hondureño. Para muchos vecinos de la zona, –según ellos mismos nos contaron– fue una experiencia frecuente el encontrar en la calle los cuerpos de personas conocidas o vecinas, asesinadas y torturadas. Una de sus reacciones fue no relatar su experiencia en sus hogares, temiendo que el hablar sobre ello o compartirlo con sus familiares solo aumentaría su peligro personal y los pondría a ellos en situación de riesgo. Sus reacciones de miedo y de terror tuvieron que mantenerse en privado, callando todo. Tampoco podían realizar ninguna acción sobre todo esto, ya que el acudir a las autoridades hubiera sido, en su opinión, muy peligroso, porque tenían la convicción de que las fuerzas de seguridad eran las responsables de estas muertes, o por lo menos, que encubrían y protegían a los responsables.

Estos múltiples asesinatos tenían su raíz en la "política de exterminio" que equipara la eliminación de las personas con ideas peligrosas (Cecchi de Ianowski y Sakalik de Montagna, 1986). En Chile, se enseñó a los torturadores que su país tenía un cáncer, y que su trabajo era extirparlo (Ritterman, 1987). Este tipo de condiciones de vida lleva a las personas a desarrollar la falsa ilusión que sólo adoptando una mayor obediencia a la autoridad es que se podrá garantizar la sobrevivencia. A pesar de todo esto, el hecho que muchos países latinoamericanos lograron instaurar un sistema democrático, aunque fuera en forma parcial, se debió a que dentro de este ambiente represivo se organizaron grupos de oposición, se produjeron levantamientos populares, y se percibió la solidaridad internacional (Cecchi de Ianowski y Sakalik de Montagna, 1986). La sumisión y la pasividad que otros adoptaron no fue de ninguna manera el camino que condujo a estos cambios.

C. La propaganda autoritaria y demagógica

Un método adicional utilizado por los gobiernos represivos para lograr el apoyo del pueblo a sus medidas, es el uso de campañas sistemáticas a través de los medios de comunicación. Dunayevich (1986) analizó los métodos demagógicos y autoritarios utilizados por la dictadura argentina para suprimir el pensamiento independiente y crítico en la mayor parte de la población, reemplazándolo por ideales fraudulentos y vacíos. El discurso autoritario (conocido también con el nombre de la Doctrina de la Seguridad Nacional, que llegó a convertirse en el patrón universal de los gobiernos militares, desde su formulación y uso en Brasil, en el golpe de Estado de 1964) es "prescriptivo, imperativo y valorativo".

Utilizando mensajes y consignas hipnotizantes, repetitivas y tautológicas, y distorsionadas, omitiendo y falsificando la información, estos gobiernos convencían a sus poblaciones, a sus "ciudadanos soldados" de que eran los legítimos representantes del pueblo, y que estaban defendiendo la seguridad del país, evitando así que cayera en el caos. Asimismo, convencían a la población que estaban evitando que los gobiernos ilegítimos anteriores tuvieran acceso nuevamente al poder, o que sectores peligrosos, como los que se oponían a su gobierno, pudieran gobernarlos (Dunayevich, 1986; Riquelme, 1990). El interlocutor de este monólogo "intenta ocupar el lugar del yo ideal de aquel que recibe el mensaje, suprimiendo su carácter independiente y pensante" (Dunayevich, 1986).

La propaganda demagógica se apoya en palabras y frases como "nosotros", "el interés común" o "los héroes de la patria", y en frases populares o consignas que propicien un acercamiento al pueblo y que soslayen las profundas discrepancias existentes entre los intereses del Estado represivo y las necesidades de la población. El gobierno se define a si mismo como representando el orden, la patria en su sentido más amplio, la unidad, e inclusive todo lo bueno que representa Dios. El mensaje implícito es que este gobierno está libre de las debilidades y los

errores de otros gobiernos. Las brutales acciones de la policía o de las fuerzas del Ejército reciben una legitimación y purificación, tal como se hizo en Argentina, al bautizarlas con nombres como "Operación Libertad" u "Operación Independencia" (Dunayevich, 1986).

Mientras el gobierno se atribuye a sí mismo todo lo bueno, decente y positivo, todo lo negativo, destructivo y amenazante es atribuido a sus críticos y opositores, sean reales o potenciales. Cualquier cuestionamiento del gobierno trae como consecuencia que se le etiquete a uno como un extranjero, o alguien dominado por influencias foráneas, un conspirador, el enemigo, y falto de moral y ética, además de ser una persona deshumanizada (Kordon y Edelman, 1986).

Toda ideología distinta a la oficial es considerada como antipatriótica, y la identidad nacional llega a definirse en función de la posición política. Aquel que cuestiona, que critica y que se opone al gobierno se convierte en un apátrida, en alguien que no merece la protección de ningún país, y menos del propio. Esto justifica su encarcelamiento y posterior asesinato, por ser un peligro para la sociedad (Dunayevich, 1986). Para Martín-Baró, esta sistemática distorsión de la realidad y la diferenciación entre las personas es una forma de "mentira institucionalizada".

Otro mensaje al cual se ha recurrido consistía en definir a la disidencia política como una forma de desviación social o de patología psíquica, y como una incapacidad para adaptarse a la realidad social. En Argentina, desde 1974 hasta 1983, se manipuló en forma exitosa la opinión pública a través de los medios de comunicación masiva, incluyendo radio, televisión y prensa escrita, logrando inculcar la creencia que toda oposición al gobierno era indicativo de una perturbación psíquica. Una de las metas de estas campañas era el desanimar a los familiares de las decenas de miles de desaparecidos a que exigieran públicamente su retorno. A través de mensajes tales como "¿Cómo educó usted a sus hijos?" y "¿Sabe usted donde están sus hijos

en este momento?", se pretendía trasladar la responsabilidad por los actos represivos a los propios secuestrados y a sus familias. Se planteaba en estas campañas que las actividades políticas de estas personas, y su posterior asesinato o desaparición, era una conducta cuya raíz estaba en una educación familiar muy deficiente o en la falta de disciplina parental (Kordon y Edelman, 1986; Riquelme, 1990).

Los medios de comunicación y los voceros de los gobiernos también insinuaron públicamente que los desaparecidos habían abandonado a sus familias por decisión propia, y que se encontraban en la clandestinidad o en el extranjero, por lo que no merecían ser llorados por sus familiares. Se les planteaba a las familias que debían avergonzarse de este miembro tan problemático, y que debían de mantener silencio sobre su ausencia. En forma contradictoria, por un lado insinuaban que los desaparecidos se habían marchado por voluntad propia, y por otro lado, el gobierno hacía llamamiento al pueblo para que se aceptara la muerte de estas personas como un hecho del cual nadie podía ser responsabilizado. Un grupo que fue objeto de campañas especiales tendientes a identificar la oposición política con una perturbación psíquica, fue la que se desarrolló en contra de las Madres de la Plaza de Mayo, conformada por un grupo de familiares de los desaparecidos en Argentina, y quienes de manera semanal realizaban una marcha de protesta frente al Palacio Presidencial. Se les calificó como "Las Locas de la Plaza de Mayo". "Es paradójico que se llama loco a aquel que denuncia los mensajes contradictorios, ocultos y psicotizantes, aquel que no niega lo que la sociedad no acepta" (Kordon y Edelman, 1986, pág. 35).

D. Agresión transformada y distorsionada

Zukerfeld (1986) plantea que la población realiza un proceso de identificación con el gobierno represivo, gracias parcialmente a una transformación, distorsión y proyección de la agresión. Recurriendo a un sentimiento de culpa preexistente

en todas las personas, el Estado corrupto y violento evita el identificarse a sí mismo como el agresor, y plantea, en cambio, que está siendo agredido.

En cierto nivel de pensamiento, esta racionalización tiende a ser aceptada por la población, aún cuando esta sea la verdadera víctima. Una vez que el Estado ha logrado redefinirse como el agredido, obtiene la justificación para todas sus acciones violentas, calificándolas como de auto-defensa, con lo que adquiere la capacidad de actuar con impunidad. La falta de una respuesta social a las víctimas de la agresión estatal es producto, por lo tanto, no solo de un sentimiento de impotencia ante la brutalidad de la fuerza empleada, o un sentimiento de culpa dentro de las personas sino que, en un nivel más primitivo, la capacidad de respuesta ha sido debilitada: a través de las distorsiones cognitivas y perceptuales el agresor llega a ser idealizado.

En el proceso ya identificado con el título de la "idealización del agresor", primero se atribuye el poder al agresor, y después, el agredido se somete a este poder. Así, el poder del gobierno, que en su inicio fue producto de una arbitrariedad, logra ser "entronizado". El agresor logra asumir el control, no solo gracias a su fuerza, sino por el poder que la imaginación del pueblo le atribuye. Frente a la negociación que el gobierno realiza de sus agresiones, y a la idealización de su poder y de sus agresiones, la población se inclina a aceptar las políticas implícitas en mensajes tales como "la pérdida de la libertad garantiza la democracia", "la dictadura es un proceso de reorganización" y "obedecer es mantener el orden" (Zukerfeld, 1986).

E. El "Núcleo Arcaico" y la búsqueda inconsciente de la seguridad

Amati (1990) señala que, viviendo bajo condiciones de una violencia institucionalizada, "toda persona acepta cada vez más lo que desaprueba". Amati presenta, desde una postura psicoanalítica, la hipótesis de que esta aceptación de lo inaceptable se vincula a una búsqueda de seguridad obtenida gracias

al encontrar una figura omnipotente que proteja al yo de una angustia catastrófica, arcaica e indiferenciada.

Sus ideas se basan en el modelo desarrollado por José Bleger de la existencia de un "núcleo arcaico" presente en toda personalidad adulta. Aquella porción del yo más diferenciada se siente "impulsada" a proyectar esa porción no diferenciada de sí mismo en algún elemento de la realidad externa siempre que se presenten las posibilidades de alcanzar así un sentido de seguridad, pertenencia o identidad. Este "núcleo simbiótico" se diferencia de una identificación proyectiva en que aquello que se proyecta es un núcleo indiferenciado de afectos no organizados ni discriminados, y no un objeto interno.

Amati plantea que esta región de la mente, que siente la necesidad de una seguridad absoluta, es partícipe en una reciprocidad continua, en el que nos convertimos en los depositantes en otros de estos núcleos arcaicos y de estas fantasías, y a la vez en los depositarios de los núcleos arcaicos de otros. Esto crea un "continuo entre regiones de indiferenciación primaria" o una "región inconsciente común" que nos permite constituirnos en una masa, ser moldeables, manipulables y enajenados. La satisfacción de esta necesidad de seguridad y de pertenencia se vincula pues, de forma inconsciente y firme, al grupo social:

> Para poder mantener el sentimiento de pertenencia al grupo social, cada sujeto se presta inconscientemente a ser manipulado. La manipulación social puede consistir en la desestabilización del núcleo ambiguo que está depositado en depositarios comunes a todos, tales como el Estado, la economía, el trabajo, las costumbres cotidianas, etc. Para evitar la angustia catastrófica que la movilización del núcleo ambiguo provoca, nos "familiarizamos" muy rápidamente con los cambios institucionales (Amati, 1990, pág. 21).

Cecchi de Ianowski y Sakalik de Montagna (1986) denominan "naturalizar" a este cambio de actitud. Esto ocurre cuando aquello que anteriormente era una conducta inimaginable,

represiva y violenta se convierte en cotidiana, normal y aceptable, y cuando las mentiras y los engaños se "transforman", convirtiéndose en verdades.

Las víctimas del terrorismo de Estado y sus familias

La represión política impacta a todos los sectores de la sociedad, pero este impacto es mucho mayor en aquellos que son expuestos en mayor medida. Las personas que han sido torturadas o encarceladas, o que tienen familiares que sufrieron las consecuencias de la violencia estatal, se enfrentan con demasiada frecuencia ante un doble sufrimiento. Uno es la experiencia o la pérdida sufrida, y el otro es la negación de la sociedad de estos eventos, y la segregación social y el aislamiento que se impone a las víctimas y sus familiares (Fariña, 1987).

Cuando ocurre una catástrofe natural o tecnológica, los apoyos sociales y los ritos sociales que se realizan favorecen la elaboración del duelo sobre los fallecidos. En contraste, en el caso de la catástrofe política de las desapariciones, o las torturas y las ejecuciones extrajudiciales, la negación que la sociedad desarrolla sobre estos hechos obliga a una privatización de la pérdida, y a sentimientos acompañantes de estigmatización, vergüenza u confusión. Estos problemas son de origen social, la experiencia vivida y la pérdida sufrida son ambos personales y sociales. Sin embargo, cuando la persona se confronta con una realidad que no reconoce y desconfirma la existencia del trauma individual y familiar, y en cambio culpa a la víctima por lo ocurrido, los procesos de duelo y manejo de las consecuencias de esta experiencia se dificultan enormemente. El sufrimiento se convierte en un estado en vez de un proceso (Neumann, Monreal y Macchiavello, 1990).

A. La tortura y la destrucción de la personalidad

El empleo extensivo de la tortura física y psicológica es uno de los aspectos más preocupantes del terrorismo de Estado.

Lejos de constituir "una práctica residual de una época mas barbárica", la tortura se utiliza en el siglo XX como un instrumento de política estatal en aproximadamente un tercio de los países del mundo (Ritterman, 1987).

En América Latina, la tortura ha sido utilizada ampliamente para obtener información, como castigo, para destruir psicológicamente, para instaurar terror y para intimidar a los opositores. La tortura es un fenómeno político: su meta llana es la de obtener información, pero tiene la misma importancia, si no más, su intención de destruir al individuo y de intimidar, aterrorizar y paralizar a la población entera (Seminario Internacional sobre la Tortura en América Latina, 1986; Taussig, 1984; también véase capítulos por varios autores en Martín-Baró, 1992). Por ejemplo, una práctica común implementada en muchos países de América Central ha sido la de depositar cuerpos torturados y asesinados en lugares públicos. Después de ser asesinados, los cuerpos son rutinariamente mutilados. Evidentemente, la tortura tiene como meta el producir un impacto en ambos la víctima y la población, y la mutilación se realiza principalmente como una demostración, como una lección pública de terror y deshumanización.

Los métodos de tortura física empleados en América Latina han incluido: la aplicación de corrientes eléctricas a las zonas mas sensibles del cuerpo, tales como los orificios naturales y los órganos sexuales; golpes, quemaduras y heridas; el arrancar y mutilar partes del cuerpo, tales como uñas, dedos, ojos, la lengua y los órganos sexuales; la suspensión en el vacío en diferentes posiciones; la violación por parte de humanos y también de animales; el uso de drogas; la sumersión en agua, orina o excrementos para causar asfixias; y la deprivación de sueño, comida, agua, u otras deprivaciones sensoriales y espaciales (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, 1984; Graziano, 1992; Lira y Cols., 1984).

DuBois (1990) se refiere a la tortura como "el convertir a una ideología en realidad sobre los cuerpos de sus víctimas" y Ritterman lo denomina la "Contraterapia del Estado":

> Se emplean ideas sofisticadas sobre las relaciones entre los individuos, las familias y sus comunidades para aumentar el poder del Estado... En la tortura estas ideas se emplean para limitar los tipos de estado mental accesibles a la víctima, de forma tal que la osadía se sustituye por el terror, el entusiasmo por la "expectativa de lo peor", la esperanza por la insensibilidad o la resignación, y el compromiso hacia una causa humanitaria por el desprecio hacia la humanidad misma. En última instancia, la tortura pretende fomentar la imagen del mundo externo como un lugar lleno de peligros, y colocar el miedo y la desconfianza en la antesala de la conciencia, tanto al dormir como al estar despierto. En otras palabras, la tortura es lo opuesto a todo lo que la psicoterapia representa (1987, pág. 45).

B. *El impacto emocional de tener a un familiar asesinado*

Las familias de las personas asesinadas por el gobierno enfrentan muchas de las situaciones descritas en la sección anterior. La pérdida de un ser querido normalmente provoca sentimientos muy intensos de dolor, confusión e incredulidad. Pero las muertes causadas por otro ser humano son más estresantes para los familiares sobrevivientes; el horror y el terror son respuestas típicas a estos eventos (Lyons, 1987). Mientras intentan enfrentar esta pérdida, las familias experimentan el temor de que la persecución continúe contra ellos. En lugar de recibir un reconocimiento y apoyo, a menudo son objeto de ostracismo y de aislamiento por parte de sus amistades y conocidos. Los miembros de la familia pueden perder sus empleos, o ser obligados a huir por motivos de seguridad propia. Debido al peligro, la familia posiblemente no pueda realizar un funeral para el difunto; puede sentirse forzada inclusive a mantener su muerte como un secreto. El silencio y las mentiras constituyen la respuesta oficial acostumbrada del gobierno sobre las circunstancias que rodean estas muertes. Más adelante, estas familias probablemente tengan que enfrentar duras pruebas económicas, así como el rechazo social. Estas muertes ocurren en el contexto de, y/o provocan, muchas otras pérdidas y tensiones (Kordon y Edelman, 1986; Weinstein y cols., 1987).

Becker y sus colegas (1987) señalan que los sentimientos de rabia constituyen un aspecto normal del proceso de duelo, pero que estos sentimientos tienden a disminuir con el paso del tiempo. Informan que, en el caso de los asesinatos políticamente motivados, la rabia es una de las emociones mas intensas que los familiares experimentan, debido al sentimiento de impotencia y de injusticia que desarrollan, y que es provocado por las circunstancias de la pérdida y por la negativa del gobierno de aceptar su responsabilidad. En estos casos, el odio puede convertirse en un estado permanente y autodestructivo. Krystal (1988) utiliza el concepto de "adicción al odio", al referirse a sentimientos similares que se encuentran en los sobrevivientes de los campos de concentración.

C. *El impacto emocional de tener a un familiar "desaparecido"*

El 7 de diciembre de 1941, el Mariscal de Campo Wilhelm Keitel, Jefe del Alto Mando Alemán, promulgó la primera de una serie de directrices implementando el decreto de Hitler sobre "Noche y Niebla". "El decreto introduce una innovación fundamental", escribió Keitel, consistente en que las ofensas contra el Estado germano en los países ocupados se juzgarían por las cortes militares locales sólo en aquellos casos en que una culpabilidad sin circunstancias atenuantes pudiera ser establecida y la sentencia de muerte ser pronunciada dentro de los ocho días posteriores al arresto del prisionero. Debido a que la condena a prisión "aún a trabajos forzados de por vida" podría ser interpretada por algunos como "una señal de debilidad Nazi", las directrices establecían que, como principio, el castigo por ofensas cometidas en contra del estado alemán es la pena de muerte. Pero en aquellos casos en que la culpabilidad no pudie-

ra establecerse en forma expedita, naturalmente ocurriendo esto en la mayoría de los casos, la aplicación de esta "pena de muerte" debía de ocultarse en la noche y en la niebla, en consonancia con la "innovación" del Führer: Los prisioneros serían trasladados secretamente... desde su país natal hasta Alemania. Estos traslados secretos, podrían, pensaba el Führer, lograr "el efecto disuasivo necesario" porque "los prisioneros desaparecerán sin dejar ningún rastro" y "no se brindará ninguna información sobre su paradero o suerte". "La intimidación eficiente y mantenida", concluyó Keitel, siguiendo la directriz del Führer, podría obtenerse solo a través de esta estrategia combinada de ejecuciones locales de aquellos a quienes se les pudiera demostrar su culpabilidad fácilmente, y de los traslados secretos "a través del cual los familiares del criminal y la población en general no sabrían cual fue su destino". Que la culpabilidad de estos "criminales" no se comprobara, y que, además fueran deportados de forma secreta bajo la cubierta de "la noche y la niebla", precisamente porque su cùlpa no podía demostrarse, y que este "traslado" invariablemente era un eufemismo para referirse a una ejecución en Alemania, eran verdades apenas disfrazadas por las directrices del Mariscal de Campo. Lo que imperaba en esta "innovación" era la intención de castigar al sospechoso con la misma pena, la muerte, que a un culpable, y hacerlo de tal manera que la misteriosa desaparición de estas víctimas generara suficiente terror como para que paralizara a la resistencia dentro del país ocupado (Graziano, 1992, págs. 15-16).

Las desapariciones políticas fueron, y continúan siendo, un fenómeno que se presenta a nivel mundial, y es típico de los gobiernos represivos y de las fuerzas de ocupación a todo lo ancho del espectro político. Los informes de Amnistía Internacional y de otros organismos de derechos humanos rutinariamente describen desapariciones forzadas de personas, patrocinadas por los gobiernos de países tan variados como la India, Corea, Turquía, Colombia, Marruecos, Nepal, Sri Lanka y Africa del Sur, y en casi todas las regiones del planeta (Amnistía

Internacional, 1994; Centro para las Víctimas de la Tortura/Nepal, 1993).

Como ejemplos de desapariciones forzadas en la década de los noventa, se pueden señalar los miles de kuwaitíes que fueron desaparecidos como una de las secuelas de la invasión iraquí de 1991, la gran cantidad de haitianos que fueron secuestrados después del derrocamiento del gobierno civil de Arístide por militares, y los más de 16,000 musulmanes que desaparecieron después de ser detenidos por los serbios después de que se desatara la guerra de Bosnia de 1992 (Cohen, 1994). En América Latina, desde las décadas de los 70 hasta los 80, la desaparición se utilizó en forma extendida como un método de control social, particularmente en Guatemala, El Salvador, Argentina, Chile y Honduras.

Sin embargo, la mayoría de los estudios sobre el impacto psicológico de las desapariciones forzadas motivadas por razones políticas en esta región, se enfocan sobre los casos de Argentina y Chile. En Chile, después del golpe de 1973, y en Argentina, desde 1974 hasta 1983, las desapariciones eran un método común para tratar a los opositores al régimen. Casi ninguno de los miles de desaparecidos reapareció con vida, y fueron pocos los cuerpos encontrados hasta después de que estas dictaduras se extinguieran. Así como en otros países latinoamericanos, incluyendo Honduras, no se ha dado, desde esa época, una explicación oficial sobre estas muertes. Ambos gobiernos erigieron una cortina de silencio alrededor de los desaparecidos. Miles "desaparecieron" simplemente, sin que se hubiera dado ninguna cobertura de prensa sobre sus secuestros.

La negación de estos eventos por parte de estos dos gobiernos militares, y por las instituciones que estaban bajo su control directo o indirecto, incluyendo la policía, las cortes y los medios de comunicación, se combinó con el deseo de la aterrorizada población de no saber nada sobre esto, y con los temores de los familiares de los desaparecidos sobre los efectos de denunciar públicamente la ausencia de sus seres queridos. La mayoría de

estas familias mantuvieron el silencio en la esperanza, a veces transmitida por medio de canales oficiales, que esta falta de acción sería lo que mantendría vivo a sus familiares desaparecidos (Kordon y Edelman, 1986; Riquelme, 1990).

En Chile y Argentina, los obstáculos que los familiares enfrentaron para comprender su situación y sus alternativas los conducía a una mayor incertidumbre sobre cuales eran los mecanismos más apropiados para emprender una búsqueda de sus seres queridos. Se movilizaban en una "zona de ambigüedad psicotizante", sin saber si sus parientes desaparecidos estaban vivos o muertes (Kordon y Edelman, 1986). Para utilizar la terminología nazi, se encontraban sumergidos en un permanente estado de "noche y niebla". Su desesperado deseo de que el desaparecido estuviera vivo se contrastaba con el conocimiento casi certero que, si estaba vivo, estaría sufriendo torturas espantosas, así como otras formas de degradación física y psicológica. Sin saber cual había sido el destino de sus seres queridos, se hacía imposible que se pudieran entregar a un proceso de duelo. En conjunto, todo esto creaba un estado de inestabilidad y de confusión, "una herida abierta" y "una pregunta eterna sin respuesta", en el cual el evento se continuaba experimentando cinco o seis años después del hecho "como si hubiera pasado hoy" (COFADEH, 1991; Kordon y Edelman, 1986; Lira y cols., 1984).

Estudios y testimonios de varios países centroamericanos (por ejemplo: Hernández y Puerto (1993) en Honduras; Miller (1993) en Guatemala; Stephen (1995) en El Salvador; y Tully (1995) en Nicaragua) relatan experiencias y reacciones similares en los familiares de los desaparecidos en esos países. Liduvina Hernández, presidenta de COFADEH en Honduras y madre de un desaparecido y de un asesinado político, cuenta que, desde que desaparecieron a su hijo en 1982, no ha vuelto a disfrutar la vida como antes: "¡Púchica, qué bárbaros!, quitándome a Quique me han dejado sin esperanzas para vivir. La verdad es que yo ya no río. Remedo la risa, que es distinto. Me hace falta mi muchacho. Mi niño. ¡Quique!..." (1993, pág. 31).

Miller (1993) cuenta de una madre en Guatemala quien, diez años después de la desaparición de su hijo por parte del Ejército, todavía mantiene su habitación lista para su regreso. Todos los días lo limpia y lo prepara, incapaz de aceptar la verdad casi segura de que su hijo nunca regresará. Tully (1995), en sus entrevistas con miembros de la organización de familiares de los desaparecidos en Nicaragua AMFASEDEN, encontró que el impacto en estas familias ha sido devastador: desde "la ruptura –la desaparición– nada [ha sido] igual. La historia se convierte en una descripción desgarradora de angustia, incertidumbre, miedo, y surrealismo" (pág. 1598).

Allen y Solari (1994) informan a través de fotografías y relatos sobre las acciones que realizan las mujeres del pequeño poblado minero de Calamá, Chile. Veinte años después de que decenas de sus habitantes fueran ejecutados en forma sumaria o que desaparecieran durante una ofensiva realizada en toda la región por efectivos militares, conocida como "La Caravana de la Muerte", las madres, esposas, hijas y hermanas de los hombres desaparecidos continúan excavando en las áreas desérticas que rodean al pueblo buscando con esperanza y con pavor el poder encontrar los huesos de sus hombres. Algunas quieren creer que sus familiares todavía están vivos; otras solo buscan una confirmación sobre sus muertes.

Spiegel (1988) apunta que un factor común de los síndromes de respuesta al estrés es una sensación generalizada de fragmentación espacial y temporal. La situación de tener un ser querido desaparecido por la fuerza, usualmente implica que no se maneja un conocimiento exacto sobre lo ocurrido, ni si la persona fue encarcelada, torturada y asesinada, o dónde, cuándo, cómo y porqué sucedió esto. Este sentido fragmentado sobre todo lo referente a la desaparición de su ser querido refuerza la sensación de fragmentación de los familiares, y fomenta una incapacidad para progresar emocional, cognitiva y conductualmente. Spiegel comenta que:

> La parálisis impuesta por un estado de fragmentación proviene tanto de una recreación afectiva del estado de des-

validez experimentado durante el trauma, como de un proceso de experiencia revertida, que vincula el evento traumático con experiencias infantiles vividas muy tempranamente y relacionadas con sensaciones de desvalidez. La pérdida del control físico experimentado en el trauma se representa simbólicamente por la pérdida del control emocional en la reacción traumática (1988, pág. 25).

D. *Estudios con las familias de soldados desaparecidos en Acción*

Boss (1977), Hunter (1988) y McCubbin, Hunter y Dahl (1975) descubrieron estados muy similares de ambigüedad o de estar en el limbo en los familiares de los soldados norteamericanos desaparecidos en la guerra de Vietnam. Boss encontró una "marcada ambigüedad fronteriza" en las familias con padres físicamente ausentes pero psicológicamente muy presentes. Este estado desbarataba invariablemente los intentos de las familias de manejar el estrés y detenía el proceso normal de desarrollo de los hijos.

McCubbin y sus colegas entrevistaron a 215 esposas de prisioneros de guerra (POW) y de desaparecidos en acción (MIA) cuyos esposos hubieran estado ausentes por un período de tiempo entre uno a ocho años. Encontraron síntomas severos de depresión y ansiedad en un 75% o más de estas mujeres. Informaron además de índices muy elevados de incremento en el consumo de alcohol y tranquilizantes, de quejas psicosomáticas, de sentimientos de culpa e interacciones intrafamiliares disfuncionales. El 40% informó tener sentimientos frecuentes de que la vida no tenía sentido. Los autores recomiendan una labor de consejería para el 80% de esta muestra no clínica.

De acuerdo a los informes de las esposas de los MIA, menos del 20% de sus hijos sufrían de problemas de adaptación emocional, o tenían problemas académicos o de conducta, un hallazgo que difiere de otros estudios citados en el artículo y de los hallazgos de Boss. Debe señalarse que, en su revisión sobre el

Síndrome Postraumático de Estrés en niños, Lyons (1937) concluyó que los padres y otros adultos con frecuencia niegan o le restan importancia al impacto emocional que los eventos dolorosos provocan en los niños.

En un contraste marcado con las familias de los desaparecidos en Honduras, puede señalarse que las familias de los MIAs sí recibieron apoyo social, financiero y de otro tipo de parte de su gobierno, el cual consideraba a los MIAs como patriotas. Adicionalmente, aún durante la época polarizada de la guerra de Vietnam, estas familias recibieron una validación y un apoyo para su sufrimiento por parte de amplios sectores de la sociedad. Los niveles tan elevados de angustia individual y familiar que se encontraron en la familia del MIA es indicio de que en las familias de los desaparecidos los niveles de angustia probablemente serían aún mayores, por sus circunstancias especiales y por la falta de apoyo social.

E. *Las familias de los desaparecidos en Honduras*

Quirk (1992) y Quirk y Casco (1994), quienes trabajaron en Honduras con la Asociación Internacional en Contra de la Tortura y con el Comité de Familiares de los Detenidos Desaparecidos en Honduras (COFADEH), entrevistaron en 1990 y 1991 a 140 miembros de 25 familias de los desaparecidos, así como a dos grupos de control; el primero formado por familias quienes habían perdido a un miembro debido a una enfermedad o a un accidente ocurrido en los últimos diez años, y el segundo formado por familias que no habían sufrido ninguna pérdida de este tipo. Interrogaron a las familias sobre sus niveles de estrés y su estado de salud. Las frecuencias reportadas de síntomas relacionados con el estrés fueron casi iguales para los dos grupos de control, pero dos veces más elevados en las familias de los desaparecidos. Se encontraron diferencias significativas con este último grupo en muchas áreas, particularmente en los indicadores de un aumento en los niveles de excitabilidad, específicamente de nerviosismo y temblores (30%), dolores de

cabeza crónicos (24%), e insomnio (17%). Los niños de los desaparecidos estaban también más afectados que los grupos de control, evidenciándose esto en frecuentes cambios de estado de ánimo (21%), un descenso en el rendimiento escolar (20%), y una enuresis nocturna persistente (16%). Al preguntárseles sobre el destino más probable de la persona desaparecida, el 71% de los adultos que contestaron plantearon la creencia que no existía ninguna posibilidad de que esta persona todavía estuviese viva.

Quirk y Casco hipotetizaron que el estrés aumentado y la aflicción de las familias de los desaparecidos era producto de una atmósfera de miedo y aislamiento que las familias de los dos grupos de control no experimentaron. El 61% de las familias de los desaparecidos temían que sus vecinos fueran policías o informantes de la policía. Ellos señalan en su estudio que este miedo tenía un fundamento sólido, ya que las fuerzas armadas solicitaban a los medios de comunicación que personas voluntarias les informaran sobre "individuos de apariencia sospechosa que detectaran en el barrio". Adicionalmente, el 64% de estas familias informaron haber recibido amenazas de parte de las autoridades después de la desaparición de su familiar.

La ausencia de la acostumbrada respuesta ante una desgracia personal, de un apoyo moral y material de parte de los vecinos y conocidos, que es la repuesta cultural habitual, reforzaba el sentimiento de aislamiento de estas familias. Diecinueve de las 22 familias del grupo de control con una muerte en la familia informaron haber recibido alimentos, préstamos económicos y otros apoyos morales y materiales de parte de su comunidad. En un contraste muy marcado, 19 de las 20 familias de desaparecidos expresaron que la relaciones con sus vecinos no cambiaron o que más bien empeoraron después de la desaparición.

En su publicación periódica, *Desaparecidos*, los miembros de COFADEH relatan las travesías que pasaron buscando a sus familiares. En su primer número de 1990, recuentan el inicio de la organización: como las familias repetidamente se cruzaban

entre sí en los pasillos de la Corte Suprema de Justicia y de otras oficinas gubernamentales cuando en forma desesperada e infructuosa buscaban información sobre su familiar secuestrado; como compartían ideas e información e iban unificando sus esfuerzos a través de la creación de su organización bajo la consigna de que "Porque vivos se los llevaron, vivos los queremos!". Sus experiencias suenan muy parecidas a aquellas de los casos más documentados de las familias de los desaparecidos en Argentina y Chile.

Juan Almendares (1991), médico hondureño y activista de los derechos humanos, escribió que en su país las desapariciones no fueron solo de individuos, sino también de las organizaciones estudiantiles y su fervor juvenil y enérgico a favor de los derechos humanos, así como de otras organizaciones populares que representaban al espíritu mas humanista de su país. "Debemos de comprender que el desaparecido personifica el proyecto de desaparición, exterminio del movimiento popular y de todo nuestro pueblo".

Traumas y pérdidas traumáticas

El trauma psicológico "ocurre cuando un evento abrumador hace que un individuo se sienta impotente o indefenso frente a un peligro extremo, a un estado de ansiedad y a la activación instintiva" (Eth y Pynoos, 1985). Furman (1986) señala que un trauma se refiere a un evento externo (a diferencia de un estímulo interno), y Figley (1986) enfatiza que las características subjetivas fundamentales de estos eventos son su inicio repentino, su nivel de peligro y su efecto abrumador en el individuo. De manera similar, Moos y Schaefer describen una crisis como:

> Una situación tan novedosa o extraordinaria que las respuestas habituales resultan insuficientes: es conducente a un estado de turbulencia acompañado típicamente por un

incremento en el temor, la rabia o la culpa... no se puede permanecer en este estado de desequilibrio, pues es autolimitante... algún desenlace debe de encontrarse (1986, pág. 9).

Los eventos traumatizantes incluyen las amenazas de muerte, el daño a la integridad física, un perjuicio o una amenaza de daño hacia un ser querido, la destrucción repentina de la casa o la comunidad en que se vive, el ser testigo de una muerte accidental o violenta, o de una lesión severa sufrida por otro. Cuando el agente provocador del estrés es de origen humano, la respuesta postraumática al estrés puede ser muy severa o prolongada. Los síntomas más indicativos del Síndrome de Estrés Postraumático (PTSD) son un reexperimentar el suceso en forma persistente, la evitación de estímulos, y un nivel de excitabilidad aumentada (American Psychiatric Association, 1994). Cuando ocurre un evento traumatizante, el mundo cotidiano y los supuestos fundamentales sobre la realidad quedan anulados, el control o el dominio personal se desequilibra y las redes sociales integradas, así como los vínculos afectivos con otras personas, quedan desbaratadas (Figley, 1988; Flannery, 1990).

Las reacciones de estrés traumático no son condiciones muy infrecuentes. El *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-IV)* indica que estudios a nivel de comunidades en los Estados Unidos han encontrado tasas del Síndrome de Estrés Postraumático entre un 1% hasta un 14%, dependiendo de la metodología empleada en la investigación. En estudios realizados con sujetos con altos niveles de riesgo, tales como veteranos de combate, víctimas de erupciones volcánicas o de la violencia criminal, las tasas oscilan entre un 3% hasta un 58% (American Psychiatric Association, 1994). Otros desórdenes traumáticos y desórdenes psiquiátricos relacionados con la guerra que se han reportado incluyen la depresión, el abuso de sustancias, trastornos de adaptación y los trastornos psicosomáticos.

A. Historia del concepto del trauma

La investigadora Judith Herman propone en su libro *Trauma and Recovery* [Trauma y Recuperación] (1992a) que el estudio y el tratamiento del trauma psicológico ha dependido, en los últimos cien años, de la capacidad de la humanidad de enfrentar su propia vulnerabilidad en el mundo natural, así como su capacidad para la maldad, como elemento componente de la naturaleza humana. Aquello que no puede enfrentar lo ha reprimido a través de la historia, llevando al estudio científico de la opresión en convertirse en otra víctima de la ceguera o la censura. Postula además que el conflicto entre el deseo de la sociedad de negar los eventos horribles de los que ha sido testigo o actor, y el deseo de proclamarlos, como denuncia o motivo de vergüenza, se convierte en la dialéctica central del trauma psicológico, conflicto que muchas veces se resuelve eliminándolo de la conciencia, creando así una amnesia que lo protege contra lo impensable. Afortunadamente, esta amnesia nunca ha sido completa, y la humanidad ha tenido que tomar conciencia paulatinamente de su capacidad para hacer daño, y del grave efecto que esta maldad provoca sobre sus víctimas.

Herman resalta tres abordajes psicológicos desarrollados sobre este tema, todos ellos en los últimos cien años, en los que la respuesta de la sociedad, y de los propios estudiosos y terapeutas, demuestra con claridad el conflicto entre denunciar y negar. Estos tres abordajes fueron:

1. El estudio de la histeria, con pacientes femeninas, que se originó en Francia a fines del siglo pasado, por Charcot, y continuado por Janet en Francia, y Freud y Breuer en Viena.
2. El estudio de los cientos de miles de soldados que sufrieron de neurosis de combate en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, en la guerra de Vietnam, y en otras guerras del siglo XX, en los que las reacciones

psicológicas masivas de parálisis y horror condujeron al deterioro del culto a la guerra y de su glorificación.

3. El reconocimiento, en la actualidad, de la realidad de la violencia doméstica y sexual, incluyendo el abuso de niños, como una plaga que afecta a las sociedades modernas.

1. El estudio de la histeria

En los últimos veinte años del siglo XIX, el neurólogo Jean-Martin Charcot desarrolló extensos estudios sobre la histeria. Documentó los síntomas clásicos de la histeria, su origen psicológico, y su similitud al daño neurológico, incluyendo diversas formas de parálisis motora, pérdidas sensoriales, convulsiones y estados amnésicos. Sin embargo, no manifestó ningún interés en la vida interna de sus pacientes. En cambio, Sigmund Freud y Joseph Breuer se esforzaron en Viena por lograr una comprensión y una explicación psicológica de la histeria, planteando la importancia de escuchar a los pacientes durante muchas horas. A mediados de los años 1890s, habían formulado la teoría de que la histeria era una condición psicológica causada por diversos traumas, especialmente de tipo sexual, en el que se desarrollaba un estado denominado de doble conciencia, y que cualquier persona podía ser susceptible de sufrir una reacción emocional abrumadora como esta.

En Francia, otro investigador, Pierre Janet, también exploraba la etiología de la histeria, proponiendo que las personas susceptibles a desarrollarla debían tener una debilidad psicológica, y que la histeria era una forma de disociación. A pesar de esta y otras discrepancias, todos concordaban en reconocer que los síntomas somáticos de la histeria representaban, en una forma disfrazada, los efectos negativos de eventos abrumadores del pasado eliminados de la memoria. Freud y Breuer plantearon que "los histéricos sufren mayormente de reminiscencias". También reconocieron el efecto terapéutico de provocar que los pacientes describieran y relataran sus recuerdos

traumáticos reprimidos, en combinación con lograr que reexperimentaran los afectos intensos vividos durante los eventos originadores del trauma (Herman, 1992a).

El descubrimiento que Freud realizó del componente sexual en los traumas histéricos lo llevó a separarse de los demás investigadores (incluso Breuer), quienes rechazaban la idea de que la sexualidad jugara un papel de importancia en su etiología. Su experiencia con pacientes que relataban historias de asaltos sexuales, de abusos y de incestos lo llevaron a plantear en su obra *La Etiología de la Histeria* que "debajo de cada caso de histeria hay uno o mas eventos sexuales prematuros". Sin embargo, en el mismo año en que planteó esta conexión, repudió su propio planteamiento, rechazando la posibilidad de que pudieran existir tantos casos de abuso sexual de niños en su sociedad, especialmente dentro de las clases privilegiadas. Como alternativa, formuló la teoría de que los traumas y las neurosis eran el resultado de fantasías vividas en la niñez, y de interpretaciones erróneas sobre eventos de esta época (Ulman y Brothers, 1988).

2. Las experiencias traumáticas de la guerra

El trauma psicológico volvió a ser un punto de gran interés para Freud, con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, al analizar las "neurosis traumáticas" y las "neurosis de guerra", que sufrían cientos de soldados que regresaban del frente de batalla o que eran hospitalizados, considerándolas como "la consecuencia de una extensa ruptura en el escudo o armazón de protección contra los estímulos". Su modelo psicoenergético puede ser entendido hoy en día como una metáfora del proceso de sobrecarga sensorial que ocurre durante un episodio traumático, y que abruma a la corteza cerebral en su intento de procesar la información. Asimismo, la teoría freudiana sobre la "compulsión a repetir" como un intento de dominar un trauma ha sido incorporada en las conceptualizaciones más modernas sobre los aspectos intrapsíquicos de las respuestas paradójicas

e inadaptativas al estrés (Epstein, 1989). Aunque Freud mantuvo su interés sobre las consecuencias de los traumas psicológicos, este concepto perdió su importancia central en la tradición psicoanalítica hasta que recientemente despertó interés entre sus adeptos (Van der Kolk, 1987).

Sin embargo, algunos investigadores y terapeutas con orientación psicoanalítica ya habían explorado los efectos de las experiencias traumáticas vividas en la Primera Guerra Mundial, gracias al contacto directo de médicos, psicólogos y psiquiatras con cientos de miles de ex-combatientes destruidos psicológicamente, como producto de estar expuestos constantemente a los horrores de la guerra de trincheras. La condición de estar encerrados, expuestos continuamente al terror de la posibilidad de ser aniquilados sin posibilidad de defenderse, "testigos de la mutilación y muerte de sus compañeros... muchos soldados empezaron a comportarse como mujeres histéricas". Gritaban, lloraban descontroladamente, se paralizaban, perdían la capacidad del habla, sufrían de pérdidas de la memoria así como otras capacidades sensoriales, y de sentir física o emocionalmente. Este cuadro se presentó en casi un 40% de las bajas de algunos ejércitos, aún en muchos soldados que no sufrieron heridas corporales (Herman, 1992a).

Abram Kardiner es el mas conocido de los investigadores de esa época. En 1922, empezó a estudiar a veteranos norteamericanos de la Primera Guerra Mundial que sufrían de neurosis de guerra. Kardiner, quien había estado en análisis con Freud, en Viena, elaboró la primera descripción completa del síndrome de estrés post-traumático. Describió las características principales de esta "fisioneurosis" como una irritabilidad permanente, reacciones de alarma, fijación en el trauma, conducta agresiva y explosiva, contracción del funcionamiento del yo y alteraciones del sueño (Herman, 1992b).

Otros investigadores han estudiado los efectos de la guerra sobre los combatientes y las poblaciones civiles afectadas directamente. Krystal estudió a los sobrevivientes de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial, describiendo el "síndrome del sobreviviente", que detectó con mucha frecuencia, y cuyos síntomas incluían un sentido de culpa, ansiedad crónica, un cuadro de depresión con estados de desesperación, una pérdida de la capacidad de ser receptivo al apoyo de la comunidad, el desarrollo de síntomas psicosomáticos, una "anestesia" emocional, "alexitymia" –la incapacidad para reconocer y hacer uso de las reacciones emocionales–, y disturbios cognitivos (Krystal, 1988, 1933; van der Kolk, 1987).

Lifton (1988) estudió a los sobrevivientes de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, desarrollando teorías muy compatibles con los planteamientos de Kardiner y Krystal sobre el trauma de la guerra. Entre sus principios sobre la psicoconformación traumática están sus planteamientos sobre el trastorno de estrés post-traumático como una reacción adaptativa normal a una situación anormal, el surgimiento de un sentimiento de culpa del superviviente así como su autocondena, el entumecimiento psíquico —incluyendo la disociación y la interrupción o distorsión del proceso de simbolización, desencadenando una discontinuidad en el experimentarse a sí mismo—, su apremiante necesidad de encontrar un sentido a su experiencia, una representación continua de los eventos traumáticos vividos, y la inmersión en la muerte y sus símbolos. Lifton destacó la importancia, no captada anteriormente por los investigadores, de explorar las imágenes desarrolladas sobre la muerte, así como el encuentro mismo con la muerte y la ansiedad sobre la muerte al elaborar una visión de sí mismos.

Frankl (1959, 1967) aplicó la filosofía existencialista a la comprensión y al tratamiento de las víctimas del Holocausto y de otros traumas masivos. Su trabajo consiste en la exploración dual de los recuerdos de las experiencias traumáticas y de la cercanía a la muerte, junto con las "oportunidades de significado" que subyacen a estos recuerdos terroríficos. Frankl describe la forma en que la incertidumbre absoluta, una de las características de los eventos traumáticos, impide la construcción de medidas psicológicas adecuadas: las defensas más utilizadas

son la negación y el aislamiento del afecto. El resultado de utilizar estas defensas es un "vacío de sentido", y al esforzarse por apartar las sensaciones asociadas a una depresión existencial, las personas recurren al abuso del alcohol y las drogas, así como conductas de tipo compulsivo, amenazantes a la vida propia, o desadaptadas.

En base al descubrimiento de un sentido potencial, las víctimas de traumas adquieren la oportunidad de una trascendencia propia, en muchas ocasiones a través de un involucrarse directamente en el mundo que los rodea. La transformación del dolor en una actividad de trascendencia de sí mismo no es simplemente un mecanismo defensivo, aunque un compromiso "prematuro" sí puede constituir una forma de mantener bajo control sentimientos desestructurantes de terror y de rabia (Lantz, 1992). Lyons (1991) concluye, en su revisión de los estudios sobre el trauma, que la evaluación cognitiva que un sobreviviente realiza sobre un evento traumático es uno de los determinantes principales de la adaptación en el futuro, y que la elaboración de un significado es un componente importante de dicha evaluación.

Chodoff, quien ha escrito sobre los sobrevivientes del genocidio nazi, y en quien se percibe la influencia de Frankl, señala que el retener los recuerdos puede ser un acto de trascendencia de sí mismo:

> La negativa obstinada, aún orgullosa, de olvidar que demuestran algunos sobrevivientes parece involucrar algo más que la presencia de mecanismos masoquistas de la personalidad o un revivir conflictos del pasado que hayan quedado sin resolver. Más bien, este rechazo sugiere un esfuerzo desesperado de preservación propia, escapando del limbo de la insignificancia total a la cual han sido consignados gracias al método burocrático y casi casual por el cual fueron destruidos. Al recordar, y al mantener el recuerdo, confieren a esa destrucción el bálsamo de un significado (1986, págs. 413-414).

Horowitz (1993) (véase también van der Kolk, 1987), estudia las fases normales y patológicas de las respuestas postraumáticas. Este investigador hace énfasis en que la respuesta al trauma psicológico se expresa a través de dos fases predominantes: el estado de intrusión o de revivir el evento en forma descontrolada, y el estado de negación. Las respuestas indicativas de la intrusión son: reactividad aumentada, explosiones agresivas súbitas, respuestas de sobresalto, intrusión de reminiscencias a través de pesadillas y reexperimentaciones súbitas del trauma, y la reconstrucción de situaciones que estimulen recuerdos del trauma. Las personas traumatizadas poseen una tolerancia muy disminuida hacia la estimulación psicológica y fisiológica. Su respuesta más típica ante el estrés consiste en una descarga motora o en un distanciamiento social y emocional. La reexperimentación de tipo intrusivo pueden ocurrir también a través del reactuar, aparentemente en forma voluntaria, las experiencias traumáticas. Horowitz lo denomina una "traumatofilia".

El estado de negación se caracteriza por el bloqueo o la insensibilidad emocional, el aislamiento social, anhedonia, un sentido de enajenamiento de los demás, y una constricción en los procesos ideativos. Se le puede interpretar como un medio para impedir la recurrencia de recuerdos de tipo intrusivo relacionados con el trauma.

3. Enfoques actuales sobre el trauma

Kardiner, Krystal, Lifton, Frankl y Horowitz son considerados entre los pioneros en el estudio del trauma. Sin embargo, sus ideas y campos de interés no ocuparon la atención de la comunidad científica durante muchas décadas, y no fue hasta el año de 1980 que la Asociación Psiquiátrica Americana (APA) aceptó la existencia del Síndrome de Estrés Postraumático (conocido en inglés por sus siglas PSTD) en su nomenclatura oficial (Sonnenberg, 1988). La renovación del interés en el trauma se deriva de una mayor concientización sobre el impac-

to que produce el abuso infantil, la atención que el movimiento feminista ha dedicado al incesto, la violación y el maltrato, la muy elevada tasa de casos de reacciones demoradas de estrés detectados en los veteranos de guerra de Vietnam y el reconocimiento de la importancia de las consecuencias psicológicas producidas por la represión política (van der Kolk, 1987).

Van der Kolk (1987) identifica elementos claves de este trastorno, basándose en sus investigaciones sobre los aspectos psicológicos y biológicos de esta respuesta, así como su revisión de los estudios previos realizados en este campo. La respuesta bifásica de excesiva activación vegetativa versus el embotamiento y la constricción (que se analizó en una sección anterior) es una de las características más destacadas asociadas con el trauma. En su investigación, realizada en conjunto con Ducey (1989), sobre los veteranos de la guerra de Vietnam con un diagnostico de trastorno de estrés postraumático, encontró respuestas del tipo "todo o nada": estos veteranos denotaban una constricción severa o revelaban un patrón de respuesta muy intenso y un nivel de desorganización que serían apropiados solo como reacción al trauma original.

Otra respuesta clave es una inhabilidad para integrar la experiencia traumática al conjunto de las experiencias de la vida y, como concomitante, una fijación en el trauma. La típica evitación de cualquier involucramiento emocional no logra evitar la recurrencia de recuerdos traumáticos. Aún cuando son apartados de los recuerdos conscientes, mantienen su presencia a través de representaciones, pesadillas o emociones asociadas al trauma. Las pesadillas traumáticas frecuentemente son copias fieles del evento traumatizante.

El carácter abrumador del trauma dificulta que se pueda alcanzar una integración, y los procesos de **conversión** (a través del cual los motivos inconscientes y reprimidos se expresan con un síntoma somático) y de **disociación** (la separación entre un suceso y sus asociaciones) son movilizados frente a situaciones de estrés extremo. Spiegel (1988) incluye a varios mecanismos defensivos entre las respuestas típicas de las víctimas de trau-

ma, y considera a varios de estos como tipos de disociación. Estos mecanismos y sus significados mas comunes son: **la represión**, el proceso de rechazar y ubicar fuera de la conciencia un contenido mental; **el aislamiento**, el mantener separado diferentes aspectos de la realidad; **el desplazamiento**, la transferencia de una emoción o una idea desde el objeto en que fue primeramente experimentado a otro objeto; **la formación reactiva**, el desarrollo de un rasgo opuesto al original, que reprime y esconde un sentimiento o impulso mostrando lo contrario; **la despersonalización**, la experiencia de sentirse extraño, y desprendido de uno mismo; y **la fragmentación espacial y temporal**, que se refiere a la pérdida de la continuidad del tiempo y el espacio, experimentando momentos y espacios aislados. Lyons (1991) señala que cada vez es mayor el número de estudios que indican que, a pesar de que los mecanismos de evitación, negación y disociación pueden ser, inicialmente, respuestas muy adaptativas que reducen el impacto de un trauma repentino, una dependencia continuada en estos mecanismos impide el logro de un ajuste positivo posterior.

Kardiner y otros investigadores han observado que las personas traumatizadas tienen dificultades en regular sus sentimientos de ansiedad y de agresividad. El mantener bajo control la ansiedad y la agresividad se convierte en una preocupación constante, y aparentemente es la razón por la cual tantas personas traumatizadas se auto-medican en forma abusiva con alcohol y drogas.

Los individuos traumatizados desarrollan frecuentemente un estado crónico de desamparo, victimización y temor a la pérdida de control. Su incapacidad para controlar la reexperimentación intrusiva refuerza la experiencia original de desamparo, provocada por el revivir en una forma disociada diferentes aspectos del evento traumatizante. Estímulos comunes de tipo sensorial y situacional pueden actuar como detonantes de recuerdos y sentimientos traumáticos. Muchos de los cambios de personalidad que se producen posteriormente al trauma pueden ser entendidos como un reacomodo de las estructuras

del ego que le permitan el regular un estado crónico de hiperalerta y el terror de reexperimentar la terrible pérdida de control.

B. Neurobiología del Trauma

El estrés traumático es un fenómeno psicológico y biológico; está asociado con perturbaciones en múltiples sistemas neurobiológicos. Southwick y Cols. (1995) describen los distintos procesos neurobiológicos y los efectos a largo plazo asociados al trauma. Según estos investigadores, bajo las condiciones de un trauma psicológico agudo y severo el organismo humano puede activar en forma simultánea varios sistemas neuroquímicos: el sistema noradrenérgico, el benzodiazepínico, el opiáceo, el dopaminérgico, el serotoninérgico, y el sistema axial HPA. Varias estructuras cerebrales, incluyendo la amígdala, el hipocampo, el loco cerúleo, el lóbulo prefrontal, y otros, son movilizados en dichas condiciones. La alteración simultánea de un conjunto de diferentes estructuras y sistemas cerebrales neuroquímicas durante el estrés severo probablemente constituye una serie de respuestas adaptativas que son indispensables para la supervivencia: preparan al organismo para enfrentar un peligro inminente. La norepinefrina endógena, la benzodiazepina, y la dopamina actúan como mediadores en las reacciones de temor, de hiperactivación autonómica y de hipervigilancia, lo que permite la facilitación de respuestas conductuales apropiadas a la situación de amenaza. La norepinefrina afecta además diferentes funciones somáticas, incluyendo la presión sanguínea, el ritmo cardíaco y la coagulación sanguínea. La activación metabólica necesaria que se requiere para una demanda física sostenida y para la reparación de tejidos es influenciada por la hipersecreción de cortisol. La secreción de opiáceos endógenos reducen la sensibilidad al dolor. La codificación de recuerdos traumáticos facilita una respuesta apropiada en el futuro al peligro, la cual es activada por los sistemas de la norepinefrina y de los opiáceos endógenos (Antelman, 1988).

Las personas traumatizadas pueden revivir sus traumas en forma conductual, emocional, fisiológicamente y neuroendocrinológicamente. Southwick y sus colegas (1995) explican que, aunque las respuestas neurobiológicas al trauma pueden ser inicialmente beneficiosas para la sobrevivencia, tienen consecuencias negativas a largo plazo relacionadas con muchos de los síntomas crónicos del estrés postraumático. La regulación disfuncional de las neuronas noradrenérgicas puede conducir a una hiperresponsividad persistente al estrés, desencadenado por estímulos que hagan recordar el trauma original. Durante el trauma original, cuando se realizó la codificación de los recuerdos, el individuo estaba en un estado de hiperactivación. Posteriormente, este estado fisiológico quedó asociado al trauma original y por sí mismo puede evocar recuerdos traumáticos y episodios de revivir el trauma. Los incrementos en la cólera, hostilidad, impulsividad y disforia que muchas personas experimentan pueden estar relacionadas con anormalidades existentes en diferentes neurotransmisores. La persistencia de dificultades en el aprendizaje y la memoria puede ser el resultado del daño al hipocampo. La organización, el almacenaje, y la recuperación de recuerdos, especialmente de aquellos recuerdos reminiscentes del trauma, pueden ser afectados por factores neurológicos, endocrinológicos y psicológicos. Los índices elevados de abuso de sustancias, especialmente del alcohol y de los tranquilizantes, pueden representar un intento de compensar por la regulación alterada de los sistemas de catecolaminas o de los opiáceos endógenos del cerebro (Van der Kolk y Cols., 1989). En resumen, la respuesta traumática involucra disfunciones mente-cuerpo muy complejas con alteraciones prolongadas y en ocasiones muy difíciles de erradicar en los niveles de la cognición, la emoción, la fisiología y la conducta.

C. Duración y gravedad de las respuestas traumáticas

Van der Kolk (1987) identifica varios factores que influyen en la duración y la intensidad de la respuesta de trauma: la

gravedad del factor estresante, predisposición genética, etapa del desarrollo, el sistema de apoyo social, las traumatizaciones previas, y la personalidad preexistente. El tipo, la duración, el grado de impacto personal, el potencial para, así como el control sobre la repetición del evento, son todos determinantes importantes de la forma en que se construye la respuesta al trauma (Berren y Cols., 1986). Pero la gravedad del trauma es considerado el mejor pronosticador del funcionamiento postraumático (Lyons, 1991). Estudios realizados con animales, establecen una relación entre las predisposiciones genéticas y la resistencia al estrés y la vulnerabilidad (Van der Kolk, 1987). Se ha hipotetizado además la existencia de una predisposición genética a los cambios psicobiológicos del sistema nervioso central como respuesta al trauma (Sonnenberg, 1988; Van der Kolk, 1994). La etapa del desarrollo parece ser un factor en la gravedad y la persistencia del trauma, estando los niños más pequeños más vulnerables que los mayores, lo que puede deberse en parte a limitaciones cognitivas de la edad para comprender y asimilar el evento (Van der Kolk, 1987; Terr, 1991). Una historia previa de traumatización aumenta la probabilidad de una respuesta traumática. Factores preexistentes, tales como problemas de personalidad premórbidos, también predicen un ajuste muy pobre (Hiley-Young, 1992; Moos y Schaefer, 1986).

D. Apoyo social

El apoyo social es de una importancia mayor en un ambiente de recuperación de trauma. Los hallazgos clínicos señalan en forma consistente la importancia del apoyo familiar, de la red social y de la comunidad para lograr suavizar el impacto de eventos estresantes. El riesgo de un ajuste patológico aumenta cuando los apoyos sociales son débiles. El apoyo social es la ayuda y el sostén, subjetivamente percibido, que uno recibe a través de contactos formales o informales con individuos o grupos. Parece ser más importante la calidad y la importancia

atribuida a estos contactos sociales, que la amplitud de la red social y la frecuencia de sus contactos (Lyons, 1991). La necesidad de un apoyo social parece tener una base genética, y se presenta desde el momento del parto. Estos vínculos humanos son indispensables para la seguridad física, para la supervivencia, y para la satisfacción emocional (Bowlby, 1969; Flannery, 1990).

Figley (1986) aisló cinco funciones que el apoyo social cumple de forma importante para los individuos traumatizados: apoyo emocional, dar ánimo, consejos, brindar compañía y ayuda material. Figley señala que los familiares y otras personas pueden brindar un apoyo adicional que disminuya el trauma al colaborar en la detección de síntomas, confrontar los problemas que se presenten, recapitular los eventos traumáticos y ayudar a resolver los conflictos inductores del trauma que estén asociados con los eventos en cuestión. Este autor plantea que la familia juega un rol de gran importancia en atenuar el trastorno emocional producido por los eventos traumáticos. Un problema que este planteamiento conlleva es que presupone que sólo uno de los miembros de la familia o de la comunidad de apoyo ha sido traumatizado. En realidad, resulta muy difícil para las personas el cumplir con estos roles de apoyo cuando todos están sufriendo del mismo trauma.

La importancia de este apoyo social en la recuperación física y emocional ha sido muy evidente en la experiencia clínica. En su análisis metodológico sobre estudios previos realizados sobre el tema, Flannery (1990) señala que existen indicios de que el apoyo puede mitigar el impacto del trastorno de estrés postraumático después de estar en combate, y que puede apresurar la recuperación después de un ataque sexual. En general, el apoyo social está vinculado fuertemente con el bienestar emocional de las personas y específicamente con la rapidez y el grado de recuperación de las víctimas de trauma.

Existe mucha controversia sobre la evolución del patrón de respuestas individuales a eventos traumáticos. De acuerdo a la

revisión de Lyons de los estudios sobre el tema (1991), el perfil de las personas que tienen más probabilidad de denotar una resistencia positiva más que una patología no está definido. Las cualidades que se han correlacionado con un funcionamiento saludable postraumático son: personalidad robusta, un nivel educativo alto, un ritmo elevado de actividad anterior al trauma, y tener experiencias previas en enfrentar los aspectos estresantes de la vida. Las diferencias constitucionales relacionadas con la reactividad fisiológica vegetativa al estrés también son de importancia, ya que, debido a esto, algunos individuos logran funcionar en forma adaptativa aún bajo circunstancias en extremo estresantes. Finalmente, Lyons señala que los individuos pueden verse en la necesidad de trabajar nuevamente en la superación del trauma al inicio de cada etapa del desarrollo, ya que en cada etapa nuevas señales del trauma se vuelven más pronunciadas. Se ha observado que un porcentaje muy alto de sobrevivientes al trauma experimentan síntomas de estrés postraumático años después del evento, aún en el caso de personas que habían permanecido asintomáticas durante muchos años.

Hiley-Young (1992) explora el proceso de la reactivación del trauma. Los individuos con reactivación sin complicaciones alcanzan un nivel de funcionamiento premórbido libre de complicaciones, pero quedan expuestos a la reactivación de los síntomas traumáticos cuando se les expone a estímulos evocadores de recuerdos del trauma original. La reactivación con complicaciones se refiere a aquellos casos en que se desarrolla una sensibilidad y una vulnerabilidad más generalizada a elementos estresantes y a estímulos que no están directamente relacionados con el trauma original. Hiley-Young propone que las personas con una reactivación sin complicaciones luchan con conflictos en la integración del ego, y que pueden ser tratados con un enfoque psicoeducativo. En cambio, las personas con una reactivación con complicaciones experimentan una pérdida de cohesión interna que sería tratada con mayor éxito a través de una terapia empática psicodinámica.

E. Limitaciones del concepto de la reacción de Estrés Postraumático

Ya sea como producto de las guerras, de desastres naturales o de la violencia familiar, Weisaeth y Eitinger (1993) observan una característica común sorprendente en todos los fenómenos de estrés postraumático. Ellos plantean que las similitudes reflejan las limitaciones en las alternativas de la respuesta humana a las traumatizaciones básicas: es, pues, un patrón de respuesta básico, con una fundamentación psicobiológica que posee un valor de adaptación psicológica y de supervivencia. En cambio, Bracken, Giller y Summerfields (1995) argumentan que, aunque no estén negando la veracidad del patrón de respuesta en sí, el concepto mismo del trastorno de estrés postraumático avala en forma implícita una ontología occidental y un sistema de valores basado en el individualismo, el universalismo, y el reduccionismo biomédico. Este prisma en particular ubica al individuo como anterior a la sociedad y la cultura, subestima las diferencias entre las culturas, y dota de autoridad al razonamiento biomédico sobre los problemas humanos. Como consecuencia, los problemas que se originan desde los niveles económicos, políticos y culturales, tales como la pobreza, la discriminación, el conflicto en los roles, y otros aspectos, son tratados con un enfoque médico.

Becker y colegas (1992) asimismo plantean que el síndrome postraumático no distingue suficientemente entre las situaciones traumáticas producidas en circunstancias producto de una catástrofe natural o un accidente, y las situaciones traumáticas intencionalmente infligidas sobre la población como parte de una política represiva. La intencionalidad y el carácter extremo que suele adquirir, al buscar la destrucción del individuo, significan para el individuo que es víctima de un trauma inducido por fenómenos políticos una experiencia que es cualitativamente diferente, y a nivel existencial más dañino en comparación con la experiencia que puede sufrir una víctima de un accidente o de un desastre natural:

No obstante las manifestaciones y consecuencias psicopatológicas observadas, no se trata de "cuadros o síndromes psicopatológicos" únicamente, sino al mismo tiempo de expresiones concretas del conflicto social y político que se desarrolla en una sociedad determinada y que se manifiesta tanto en el psiquismo individual como en la subjetividad social (Becker y Cols., 1992, pág. 289).

Efectos del trauma y la represión política en los niños

La información disponible sobre las manifestaciones del trastorno de estrés postraumático en niños es muy limitada. Esto se debe a: las dificultades en llevar a cabo estudios adecuados inmediatamente después de que se haya producido un desastre u otro evento traumático; la conducta de protección de los adultos hacia los niños sobrevivientes; y la aparente renuencia o la incapacidad de los adultos (incluyendo a padres, maestros y personal de asistencia) de reconocer la capacidad inherente en los niños de sufrir intensamente a nivel emocional, así como de comprender la importancia de las investigaciones sobre las respuestas conductuales, afectivas y cognoscitivas del niño al trauma (Benedek, 1985; Van der Kolk, 1987). Como resultado, hay muy pocos estudios sistemáticos sobre los efectos de un trauma mayor en niños, y la mayoría de los estudios publicados contienen debilidades metodológicas importantes (Garmezy, 1986; Yule y Williams, 1990).

A. El trauma en los niños

Los niños son afectados en forma muy severa por una amplia gama de experiencias traumáticas, tales como accidentes y desastres naturales e inducidos por el hombre, la victimización (violación, secuestro, abuso infantil, incesto), el ser testigo de la violencia (homicidio, suicidio, violación), la pérdida de los seres queridos, y las experiencias de deprivación y de separación. Sus reacciones iniciales al evento traumático se han

estudiado mucho mejor que las consecuencias a largo plazo, y parece ser que, al igual que los adultos, no existe una resolución o un desenlace simple a estas experiencias traumáticas. Los mecanismos de defensa empleados para mantener a raya los intensos afectos que están asociados al trauma psíquico pueden ser incorporados eventualmente en el desarrollo de la personalidad de los niños, lo que conlleva a la formación de estructuras defensivas que se convierten en un impedimento para el funcionamiento psíquico (Terr, 1990; Miller, 1993). Tanto para el adulto como para el niño, el desarrollo del trastorno de estrés postraumático no requiere de una sintomatología psiquiátrica preexistente (Benedek, 1985).

El *DSM-IV* especifica varias diferencias entre las respuestas postraumáticas del niño y el adulto. Las reacciones traumáticas de niños pequeños pueden incluir una conducta desorganizada o agitada, mientras que la conducta análoga del adulto involucraría un miedo intenso, un sentido de desvalidez, o el horror. La reexperimentación persistente del evento traumático es el sello distintivo del trastorno de estrés postraumático y de otros trastornos provocados por trauma, pero el cuadro sintomatológico presentado por niños y adultos puede ser muy diferente: mientras que los niños pequeños expresan recuerdos dolorosos a través de juegos repetitivos que representan temas o eventos traumáticos, los adolescentes y los adultos presentan imágenes, pensamientos o percepciones que son recurrentes, intrusivos y angustiantes; los niños pueden tener sueños que los asustan sin que éstos tengan un contenido reconocible, mientras que los sueños de los adultos son recurrentes y angustiantes y se refieren al evento en sí; los niños pequeños pueden 'escenificar' el trauma específico a través del juego, mientras que los adolescentes y los adultos pueden actuar o sentir como si estuvieran viviendo nuevamente el trauma, y pueden experimentar alucinaciones, distorsiones perceptuales y episodios disociativos de sentirse viviendo de nuevo el evento (American Psychiatric Association, 1994).

Terr (1991) presenta la observación adicional de que los niños traumatizados no demuestran tener una amnesia psicógena ni el grado de anestesia psíquica o emocional que los adultos desarrollan. Ella identifica cuatro características que se relacionan con el trauma infantil y que en muchas ocasiones persisten largos períodos de tiempo, independientemente de la personalidad individual. Estos son: recuerdos visualizados o percibidos constantemente sobre el evento traumático, conductas repetitivas, temores específicos relacionados al trauma, y un cambio en las actitudes hacia las personas, la vida, y el futuro. Terr divide los eventos traumáticos de la niñez en dos tipos. El tipo I es consecuencia de eventos de duración corta y únicos, e incluye recuerdos completos y detallados, "premoniciones", o reevaluaciones cognoscitivas y percepciones erróneas. El tipo II es consecuencia de los traumas múltiples y sostenidos, e incluyen la negación y la anestesia psíquica, la auto-hipnosis, la disociación, y la ira. Sin embargo, muchas veces el trauma único afecta al futuro de tal manera que fomenta experiencias traumáticas futuras y crea condiciones de cruce entre los tipos I y II.

B. Respuestas específicas de cada edad

La experiencia clínica e investigativa ha permitido observar que los efectos de la experiencia traumática varían en su forma e intensidad a medida que los niños pasan de una etapa del desarrollo a otra (Macksoud y Cols., 1993; Terr, 1991; Van der Kolk, 1987) y que la respuesta de los padres y de otros responsables de su cuidado probablemente explica más varianza en los patrones de adaptación de los niños que el factor de las características particulares del trauma (Benedek, 1985).

Aunque la respuesta general al trauma es similar en todas las edades, la manifestación de síntomas parece variar en función de la edad de desarrollo. El restablecer la confianza resulta muy difícil para la mayoría de las víctimas de trauma. Los niños parecen tener una vulnerabilidad especial a la pérdida de la confianza básica y también de su autonomía (Terr, 1990). Las

distorsiones cognitivas y perceptuales, tales como un recuerdo alterado de la secuencia de los eventos traumáticos, son mucho más frecuentes en niños que en adultos. Diferentes autores, incluyendo a Eth y Pynoos (1985), Lyons (1987) y Macksoud, Dyregrov y Raundalen (1993), han elaborado descripciones de las reacciones al estrés postraumático en infantes, niños preescolares, escolares y adolescentes. En su análisis de los estudios previos, Lyons encontró informes sobre síntomas postraumáticos en párvulos supervivientes de Hiroshima, en bebés víctimas de ataques por animales, en bebés en refugios para mujeres víctimas de abuso, y en niños que han sido tomados como rehenes. Las respuestas más comunes a estas situaciones fueron la irritabilidad, los trastornos del sueño, problemas de diarrea, y cuadros frecuentes de enfermedad.

Los niños muy pequeños son muy dependientes de los adultos para obtener seguridad y cuidados. Poseen una capacidad muy limitada para imaginar formas de prevenir o modificar un trauma, y esto aumenta en ellos sus sentimientos de desamparo y de dependencia. Pueden caer en el mutismo y el aislamiento, llegando a ser incapaces de comunicarse, comer o jugar, después de un trauma severo. Sus reacciones frecuentemente incluyen una conducta de apego muy pegajosa, ansiedad ante la separación y ante los extraños, temores a la hora de dormir, berrinches cuando se les deja solos, y otras conductas regresivas. Sus trastornos del sueño incluyen pesadillas, terrores nocturnos, sonambulismo y hablar dormidos. Es muy frecuente que ocurra una pérdida de habilidades que se han adquirido recientemente vinculadas con el desarrollo. Debido a que los niños pequeños tienen un límite en su tolerancia de tristeza, pueden necesitar el recurrir a un extenso uso de la negación. También pueden recrear situaciones traumáticas en sus juegos.

Los niños que se encuentran en la etapa de la pubertad han incrementado sus capacidades cognitivas, emocionales y conductuales, y esto les permite responder de manera diferente a los eventos traumáticos, en comparación con niños más pequeños. Sus recuerdos traumáticos y sus sentimientos abrumado-

res interfieren con su capacidad de concentrarse en la escuela, lo que trae como resultado que a menudo desarrollen problemas de aprendizaje y problemas conductuales. Estos niños pueden dedicar mucho tiempo, en sus fantasías, a diseñar planes secretos para alterar el desenlace que tuvo el trauma. Esto conlleva que los juegos y las recreaciones se vuelvan más complejos. También pueden empezar a manifestar un aumento en el número de síntomas que se asocian típicamente con el síndrome de estrés postraumático, tales como pesadillas, estados de hiperalerta y de excesiva activación vegetativa, anestesia emocional, conductas de evitación y una vacilación entre la adopción de conductas de retirada o de acercamiento a otros, y explosiones de agresividad. Pueden ser muy susceptibles de desarrollar sentimientos de culpa y de reproche por no haber prevenido el evento traumático. Las quejas psicosomáticas son comunes en los preescolares y en los niños de edad escolar.

Los adolescentes tienen la habilidad de comprender mucho mejor las ramificaciones de un evento traumático. De hecho, estos eventos y sus consecuencias obligan en muchos casos a estos jóvenes a asumir las funciones de un adulto antes de que tengan la capacidad de hacerlo, y pueden estimular una fijación prematura de identidad o una difusión de identidad. Macksoud y sus colegas (1993) señalan que, en algunos aspectos, los adolescentes son más vulnerables a los efectos del trauma que los niños escolares. Contando casi siempre con demasiados años como para recurrir a la fantasía como modo de negación, tampoco pueden utilizar el juego o el recrear el evento como estrategias de manejo o de enfrentamiento. Pueden volverse muy sumisos y retraídos, o agresivos, esforzándose por distanciarse de los recuerdos traumáticos a través del mecanismo de "acting-out" y de conductas auto-destructivas. Los adolescentes, igual que los adultos, pueden experimentar sentimientos fuertes de culpa por no haber prevenido o cambiado la situación que provocó el trauma, y tienden a anticipar, con pavor, que el evento volverá a ocurrir. Frecuentemente, sus supuestos básicos sobre sí mismos, el mundo, y el futuro son minados, y

reemplazados con una actitud pesimista o fatalista sobre la vida y el vivir.

C. *La respuesta de los padres y otros adultos*

La segunda conclusión que se puede extraer de los estudios clínicos y de investigación es la importancia que tiene la respuesta de los padres o los tutores en la determinación del grado de ajuste del niño a la experiencia traumática. Aunque las primeras investigaciones ya establecieron la importancia que tiene la presencia de un adulto responsable que es querido para la salud mental y emocional del niño (Freud y Burlingham, 1943), y confirmado en investigaciones mas recientes (por ejemplo, Melville y Lykes, 1992), a menudo se ha sobre enfatizado la idea de una correlación directa y absoluta entre el cuidado y la salud:

> La creencia de que si los padres permanecen calmados, controlados y tranquilos durante un trauma psíquico, no se producirá ningún contagio, ni pánico, ni temor, ni ninguna secuela psicológica en los niños coloca en los padres una responsabilidad imposible de cumplir, y perpetúa el mito de culpabilizar a los padres por sus reacciones naturales al estrés, y los señala como responsables de las reacciones de sus hijos (Benedek, 1985, pág. 5).

El apoyo de los adultos no puede inmunizar completamente a los niños contra el sufrimiento. El trauma puede producirse independientemente de las reacciones de los padres; ciertas situaciones resultan abrumadoras para quienes los experimentan, independientemente de su edad. En la siguiente sección, se analiza en más detalle el rol de los adultos en ayudar a niños a manejar el trauma.

El grado de sensibilidad de los niños a las respuestas de sus padres ante situaciones traumáticas es un aspecto que merece ser tomado en cuenta, y ha sido explorado por Yule y Williams

(1990) en su estudio sobre los efectos de un accidente de una nave transbordador ocurrido en Inglaterra. Se reportaron índices mucho más elevados de angustia cuando se entrevistó a los niños en forma separada de sus padres, que cuando se les entrevistó en su presencia. En el transbordador, los padres tuvieron que manejar la angustia de sus niños así como la propia. Los investigadores descubrieron que los niños estaban extremadamente pendientes de la angustia de sus padres, y eso los llevaba a no querer describir sus pensamientos más íntimos frente a ellos por miedo a perturbarlos aún más. Esto también propició que los padres subestimaran el nivel de alteración emocional que sufrían sus hijos.

La sensibilidad de los niños hacia las respuestas de sus padres puede ser indicativo además de su sensibilidad generalizada hacia su ambiente físico y social. De acuerdo a un estudio reciente de Robert Pynoos (mencionado en Gruber, 1995), la sintomatología depresiva que se presenta en niños y adolescentes expuestos a traumas está relacionada con los factores estresantes secundarios que aparecen como secuelas al trauma, más que al trauma en sí. Pynoos ha postulado que el impacto negativo que las experiencias traumáticas pueden provocar en las relaciones interpersonales, en la estabilidad interna, y en otras áreas, puede ser lo que conduzca realmente a la depresión. Aunque los hallazgos de Pynoos pueden ser válidos en forma general, se han encontrado excepciones a estos patrones. Debe de tomarse en cuenta la naturaleza de la experiencia traumática: la pérdida violenta de un padre representa un tipo muy diferente de pérdida que, por ejemplo, el estar en un terremoto en el cual no ocurran pérdidas humanas.

D. La pérdida de uno de los padres

La pérdida de un padre, de un tutor o de un familiar cercano debido a su muerte es un evento que, desafortunadamente, muchos niños enfrentan. Su efecto y su significado sobre la vida futura de los niños ha motivado muchas investigaciones y

especulaciones. El efecto de esta muerte sobre el ajuste y el desarrollo futuro del niño aparentemente varía dependiendo de varios factores existentes antes y después de la pérdida: las características organizativas, emocionales, culturales y económicas de la familia, y las variables del niño, como la edad, género, desarrollo físico, cognitivo, afectivo, académico y social, etc. Otros determinantes del ajuste del niño incluyen: la relación de la persona perdida con el niño; las circunstancias de la pérdida; la forma en que la pérdida es manejada en la familia; y los cambios ambientales, sociales y personales que se produjeron después de la pérdida (Berlinsky y Biller, 1982; Rosenblatt, 1967).

En relación a las respuestas iniciales del niño, los investigadores y teóricos han debatido si los niños han evolucionado la capacidad de sentir un verdadero duelo. Utilizando un modelo cognitivo-evolutivo, Lonetto (1980) esboza los cambios en las concepciones que el niño maneja sobre la muerte: empezando con una perspectiva mágica-cíclica que enfatiza el carácter intercambiable de la vida y la muerte, se pasa a la visión del preescolar sobre la muerte como vivir bajo circunstancias diferentes o separado de los demás, hasta visualizar a la muerte como un ente externo y personificado, que te puede atrapar y llevarte lejos. Por último, alrededor de la edad de nueve años, el niño empieza a conceptualizar la muerte de una manera similar a los adultos, como el fin de la vida. Esta comprensión más abstracta de la muerte incorpora los conceptos de irreversibilidad, del no funcionamiento corporal y de universalidad (Kooperkamp, 1992).

Aunque es posible que los niños no conceptualicen ni elaboren el duelo del mismo modo que los adultos, los estudios empíricos parecen indicar que los niños atraviesan un período de aflicción similar al que se ha encontrado en los adultos. Basado en un análisis extenso de los estudios ya realizados, Berlinsky y Biller (1982) llegaron a la conclusión que la conducta del niño después de la muerte de uno de los padres está determinado principalmente por la edad y el desarrollo evolu-

tivo, y que estos factores tienen mucha influencia sobre la capacidad del niño para comprender el concepto de la muerte. Los niños más pequeños parecen sufrir un efecto más negativo que los niños mayores. No se ha podido establecer si esto se deba a una menor capacidad para comprender la muerte, a su mayor necesidad de la presencia de los padres, a no haber gozado suficiente de los beneficios de tipo incorporativo que proporciona el ser parte de una familia con dos padres, o a una combinación de todas estas características. El género del niño no parece producir diferencias de importancia, pero este hallazgo puede reflejar las debilidades que implica el contar con muy pocas investigaciones que analicen la influencia de las variables del género y el sexo.

Furman (s.f.) plantea que la muerte de uno de los padres es, en ciertos aspectos, una situación claramente definida. Como contraste a las separaciones, el divorcio, el abandono (y las desapariciones), la finalidad de la muerte puede llegar a ser más manejable; es un hecho innegable. Esta autora también señala que la pérdida de uno de los padres tiene un carácter único, porque no solo es el padre un ser querido, sino también es un apoyo esencial en el desarrollo de la personalidad del niño:

Para que un niño supere su pérdida y su aflicción, requiere de la ayuda de sus padres, así como de su apoyo para muchas otras tareas de su vida diaria. Cuando fallece uno de los padres, ¿quién puede cumplir con este rol? La misma persona por quien se llora era aquella quien normalmente ayudaría al niño a elaborar el duelo, y esta circunstancia conlleva un problema especial (pág. 117).

Tal como Furman señala en la cita anterior, para poder tolerar la intensidad emocional del proceso de duelo, los niños requieren normalmente de la presencia física y emocional de un adulto que brinde su apoyo y que pueda reconfortarlos y explicarles estos eventos en una forma que les sea entendible de acuerdo a su edad. Los niños necesitan de este adulto para que les ayude a soportar sentimientos muy intensos de sufrimiento, desesperación, ansiedad, confusión e ira (Lyons, 1987; Terr,

1990). El efecto de la pérdida puede atenuarse por la fuerza del vínculo con el padre superviviente. Pero, como se mencionó anteriormente, una de las paradojas del proceso de recuperación al trauma es que el evento traumático puede trastornar las redes de apoyo que más se necesitan para enfrentar dicho trauma.

Bowlby (1969) y otros investigadores han planteado que las pérdidas tempranas conducen a la depresión y a problemas de aprendizaje, y que la muerte sensibiliza a los niños hacia experiencias posteriores de pérdida. Tomando en cuenta la incapacidad de los niños pequeños de comprender el carácter final de la muerte, tendrían menos habilidad para manejar lo real de su ocurrencia. Pynoos (1994) señala, sin embargo, que en ciertas circunstancias esto puede servir como un amortiguador de ciertos sentimientos abrumadores. Este autor sostiene que ciertas vulnerabilidades, tales como las limitaciones en las habilidades cognoscitivas debidas a la edad o a la genética, pueden resultar detrimentales, benéficas, o una combinación de ambos, dependiendo del contexto particular del trauma y de sus secuelas.

La muerte de un padre y otros eventos traumáticos a menudo trae consigo la pérdida de la integridad corporal, de autoestima, y del sentido de valía personal, así como sentimientos de desvalidez, vergüenza, un intenso sufrimiento, el desarrollo de fantasías sobre reunirse con el ser perdido, y, aunque en pocos casos se manifiesta completo, puede desencadenar un cuadro de depresión mayor (Eth y Pynoos, 1985; Sonnenberg, 1988).

Wortman y Silver (1989) cuestionan lo que ellos denominan "los mitos sobre el manejo de la pérdida", argumentando que los hallazgos de las investigaciones, en contraste con los supuestos tradicionales de la práctica clínica y las formulaciones teóricas, en realidad no apoyan los supuestos comunes de que la depresión es una consecuencia obligada a la pérdida, que la aflicción sea necesaria, y que el no experimentarlos es un indicador seguro de patología, así como que es necesario "elaborar el duelo" o procesar una pérdida, y que la recupera-

ción y la obtención de un fin a este proceso de duelo se logrará eventualmente. En contraste, sostienen que las respuestas a una pérdida serán muy variadas, y que la experiencia de la mayoría de las personas en esta situación no corresponde a los modelos actuales sobre recuperación y finalización del proceso. Muchos investigadores resaltan la importancia que tiene la intervención psicoterapéutica para ayudar a niños a movilizar sus recursos psicológicos de una manera más efectiva para enfrentar sus pérdidas y sus traumas (por ejemplo, Pynoos y Eth, 1985; Terr, 1990).

E. Las consecuencias para los niños de la represión política

Se ha investigado en diferentes regiones del mundo los efectos de la represión política, incluyendo sus efectos en los niños. Entre estos, pueden citarse los trabajos en Centroamérica de Arroyo y Eth (1985), Martín-Baró (1989 y 1992), y Tortorici Picado (1988); en América del Sur de Becker y colegas (1987, 1990, 1992, 1994), Kordon y colegas (1986, 1995) Lira y colegas (1984, 1988), el Movimiento Solidario de Salud Mental (1987), Weinstein y colegas (1987), y Suárez-Orozco (1987); en Africa del Sur por Dawes y colegas (1989, 1990); en Ruanda, por Lorch (1994); en el Oriente Medio, por Baker (1990), Bryce y colegas (1989), Macksoud y colegas (1993), Punamaki (1992), Punamaki y Suleiman (1990); y en el Sureste de Asia, por Kinzie y colegas (1986), Realmuto y colegas (1992), y Tsoi y colegas (1986). Todos han encontrado consistentemente que la exposición a la represión política pone a los niños en riesgo de desarrollar problemas de salud mental tanto agudos como crónicos, así como de conducta y de aprendizaje. Ya que los niños están creciendo y desarrollándose, los efectos de la represión política son especialmente nocivos en ellos. A la vez, es más fácil el poder identificar estos efectos en los niños, ya que se presentan menos variables intervinientes.

En su análisis de los estudios realizados sobre las experiencias vividas por niños durante situaciones de guerra o de

conflicto interno armado, Macksoud, Dyregrov y Raundalen (1993) identifican una serie de eventos que desencadenan reacciones traumáticas y del trastorno de estrés postraumático. Estos incluyen: la muerte violenta de un familiar, el ser testigo del arresto, tortura o asesinato de familiares cercanos (por ejemplo, los trabajos de Allodi (1980), Schirmer, (1986) y Tortorici (1988)), los desplazamientos y separaciones (por ejemplo, los trabajos de Freud y Burlingham (1943) y Kinzie y colegas (1986)), el observar las reacciones de miedo de los padres (por ejemplo, Terr (1989)), la emigración forzada y la vida como refugiado (por ejemplo, los trabajos de Kinzie y colegas (1986) y Tsoi y colegas (1986)), los ataques, secuestros y amenazas a muerte orientados a provocar el terror (por ejemplo, los trabajos de Terr (1990, 1991), los bombardeos y ataques de morteros (por ejemplo, el trabajo de Macksoud (en imprenta)), la participación en actos violentos (por ejemplo, Coles (1986), Dawes y colegas (1989) y Tortorici (1988)), y las lesiones físicas, los impedimentos y la pobreza extrema con las deprivaciones asociadas (por ejemplo, Coles (1986)).

El trauma producido por la guerra varía en función del tipo de conflicto bélico que se atraviesa, así como su magnitud, y el grado de exposición a sus aspectos destructivos; el conjunto de estos factores son críticos y determinantes en las reacciones psicológicas y el desarrollo psicosocial posterior de los niños. Macksoud, Dyregrov y Raundalen (1993), así como Arroyo y Eth (1985) señalan que la guerra y las guerras civiles son traumas que se tienden a experimentar no como un solo evento, sino en conjunto con muchas otras experiencias traumáticas, que se tienden a sufrir a través de un período muy prolongado de tiempo. Como ejemplo, Macksoud informa que encontró que los niños libaneses, en promedio, habían experimentado de cinco a seis experiencias traumáticas a través de sus vidas. La dinámica del trauma para los niños que crecen dentro de ambientes de guerra y de violencia política es de un proceso acumulativo de haber sido expuesto a situaciones muy perturbadores.

Se ha vinculado a cierto tipo de experiencias de guerra o de represión política con reacciones específicas. Las respuestas más típicas al ser testigo y a experimentar la violencia y la destrucción incluyen la náusea, el shock, el horror y la sensación de una desvalidez total. La muerte de personas queridas provoca sentimientos de pérdida y de aflicción severa. El desplazamiento del hogar y el exilio se acompañan frecuentemente por sentimientos de alienación y de angustia por la separación, así como por un resentimiento muy intenso. La desaparición forzada de uno o más de los miembros de la familia conduce al desarrollo de estados de "ambigüedad psicológica", o de confusión y de un proceso incompleto de elaboración de duelo. Sin embargo, como se especificó en los apartados anteriores, muchas de las características de las reacciones de los niños y de sus síntomas psicológicos acompañantes al trauma inducido por otras personas parecen ser universales.

La sintomatología psiquiátrica más destacada que se ha informado incluye: síntomas o un cuadro completo del trastorno de estrés postraumático, depresión, temores intensos, irritabilidad y agresividad, quejas somáticas, enuresis, trastornos del sueño y de la alimentación, aislamiento social, pérdida de habilidades adquiridas (tales como las destrezas en la lectura, la escritura y la comunicación verbal), un descenso en el rendimiento académico, y un cuadro de angustia de separación.

En muchos casos, los síntomas del trastorno de estrés postraumático persisten durante muchos años posteriores a los eventos traumáticos originales, sin disminución en su intensidad, según los informes de Allodi (1980) y Weinstein y colegas (1987). Los estudios de Arroyo y Eth (1985) sobre los hijos de refugiados salvadoreños que vivían en los Estados Unidos, y que habían sido remitidos para evaluación psiquiátrica, indicaron que un treinta por ciento de los sujetos de la muestra cumplían con los requisitos del DSM-III para el diagnóstico del trastorno de estrés postraumático. El estudio de Kinzie y sus colaboradores (1986) sobre adolescentes en los campos de refugiados camboyanos, quienes habían sido internados como niños en campos de trabajo forzado dirigidos por el Kmer Rouge, en Camboya, señaló que el cincuenta por ciento de los adolescentes que estudiaron sufrían del trastorno de estrés postraumático aún cuatro años después de abandonar Camboya. Estudios realizados en otras partes del mundo, como los de Dawes y sus colegas en Africa del Sur (1989), también han comprobado la alta frecuencia de este trastorno en niños y adolescentes que han sido expuestos a la violencia política, aunque los porcentajes reportados han sido menores a los hallazgos de Kinzie en Camboya.

Como contraste, el estudio de Melville y Lykes (1992), realizado con niños indígenas de Guatemala viviendo en su país y en campos de refugiados de México, informa de una frecuencia muy baja de este trastorno. Aunque estos niños habían sido testigos de la violencia y habían sufrido la pérdida de muchos familiares, viendo además como su familia perdía sus posesiones materiales, contaban con el apoyo de sus padres o guardianes quienes, aparentemente, lograban reducir el impacto traumático de estos eventos sobre los niños. En cambio, los niños camboyanos de los estudios de Kinzie y sus colegas experimentaron una separación muy prolongada de sus padres o de otros guardianes que les pudieran brindar este apoyo.

Los estudios que se han presentado se refieren, principalmente, a niños que han podido escapar de ambientes políticamente represivos. Para las personas que hoy en día viven bajo un régimen represivo, el término trastorno de estrés postraumático quizá sea un equívoco, ya que, en el contexto de una represión política continuada y vigente, el estrés no es parte de su historia clínica, sino un estado constante, según lo plantea Miller (1993). Schirmer (1986) afirma que la habilidad de los niños de regresar a una situación de normalidad está condicionada por la posibilidad de superar el temor de que estos traumas se vayan a repetir; bajo un clima de guerra o de represión está condición no se puede cumplir. Los hijos de personas encarceladas, desaparecidas o asesinadas pueden llegar a concluir que el pensamiento crítico es sinónimo de peligro,

ya que sus padres sufrieron por protestar contra las autoridades, según los planteamientos de Kordon y Edelman (1986) y Weinstein y colegas (1987).

La depresión es el cuadro que más se reporta en los estudios sobre niños que viven bajo un estado de represión política. Se ha reconocido generalmente que los niños quedan expuestos a un mayor riesgo de desarrollar cuadros de depresión posterior a la experiencia de una separación prolongada de, o una pérdida de, figuras importantes de apego. En su análisis de los estudios norteamericanos e israelitas sobre el cautiverio prolongado por motivo de guerra y su efecto en los hijos, Hunter (1988) encontró que, sin variación, eran las madres quienes jugaban un papel determinante en el logro o en el fracaso de los niños para enfrentar en forma positiva la ausencia prolongada de su padre. La capacidad de manejo psicológico de las madres se correlacionaba directamente con la capacidad de manejo psicológico de sus hijos. Freud y Burlingham concluyeron en su estudio sobre niños refugiados en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial, publicado en 1943, que los niños podían enfrentar esta situación con más éxito cuando permanecían con sus padres durante y también después de la ocurrencia de algún desastre, y que el sentido de bienestar de los niños se correlacionaba directamente con el de sus padres.

Las desapariciones forzadas, los asesinatos y otras formas de represión política son situaciones que conducen frecuentemente a una separación temporal o permanente de niños de sus padres y de otros familiares cercanos. Por lo tanto, no es sorprendente el hallazgo de las investigaciones sobre niños y la represión política de una alta incidencia de síntomas de depresión, según lo informan Allodi (1980), Dawes (1989, 1990), Kinzie (1986) y Schirmer (1986).

Las quejas somáticas más comunes que se han encontrado en los estudios realizados con estos niños, en América Latina, Camboya, Africa del Sur y otras regiones del mundo, incluyen dolores de cabeza, problemas gastrointestinales, enuresis, pesadillas y otros trastornos del sueño. Allodi y otros han detec-

tado regresiones en el desarrollo de niños de corta edad en estudios realizados después de un evento político traumático. Otros hallazgos frecuentes incluyen un aumento en la irritabilidad y la frecuencia de conductas agresivas, aunque estos niveles parecen estar condicionados por factores de género, la etapa evolutiva y la cultura, según lo informan los estudios de Allodi, Kinzie, Macksoud, y el Movimiento Solidario de Salud Mental.

Martín-Baró señala de que los efectos socialmente traumatizantes de la violencia institucionalizada y de la guerra psicológica en El Salvador (aunque este hallazgo puede repetirse en diferentes regiones) son particularmente severos en niños, ya que ellos deben de "construir sus identidades y desarrollar sus vidas dentro del contexto de estas relaciones sociales deshumanizantes":

> Socializarse en un contexto de guerra –la estrictamente militar y la psicológica– pone al niño en el dilema de construir una identidad interiorizando la violencia, la mentira institucionalizada y el tipo de relaciones sociales deshumanizadoras, o una identidad socialmente estigmatizada, con frecuencia no menos violenta, y que tiene que recurrir a la mentira social, al juego de la falsedad pública y la autenticidad clandestina, como requisito de supervivencia... El dilema no constituye una simple alternativa maniquea entre autenticidad deseable y alienación indeseable, ya que la identidad en contra del sistema social acarrea obvios costos objetivos y subjetivos y, por tanto, no puede considerarse como una opción ideal; más bien, el dilema muestra cómo la situación de guerra tiende a producir daños, trastornos psíquicos, es decir, lo que hemos llamado traumas psicosociales (Martín-Baró, 1992, págs. 244-245).

Las personas que viven en sociedades políticamente represivas también están expuestos a la violencia estructural de la pobreza, la desnutrición, un sistema de salud y educacional

muy deficiente, así como el desempleo y subempleo crónico. Estos factores estresantes cotidianos son parte integral de la represión política, y sin embargo constituyen un reto al estudio de los efectos de la represión política por sí misma. La desnutrición crónica, la pobreza, las deprivaciones educativas, materiales y sociales y otras formas de violencia estructural no solo constituyen una amenaza significativa para la salud mental del niño, como lo plantean Arroyo y Eth (1985) y Dommisse (1986), sino que también disminuyen su capacidad para un manejo psicológico efectivo de las experiencias potencialmente traumáticas de la violencia política y la represión (Miller, 1993). Los trabajos de Punamaki y Suleiman con niños palestinos, los de Bryce y sus colegas sobre la salud mental de niños libaneses y sus madres, y el trabajo de Becker y sus colegas en Chile y en diversas partes de América Latina, intentan todos hacer una distinción entre los efectos de la violencia estructural de los efectos producidos por actos específicos del terrorismo de Estado u otras formas de la violencia política.

F. La desconfianza, inseguridad y pérdida de confianza en el futuro

La represión política impacta también sobre el desarrollo psicosocial y cognoscitivo, como lo han comprobado las investigaciones del Macksoud, Martín-Baró, Weinstein, y otros. Es importante preguntar cómo logran los niños construir su identidad y esforzarse por alcanzar sus potencialidades intelectuales y creativas, viviendo en un ambiente de violencia crónica, lleno de pérdidas y de privaciones. Un desarrollo psicosocial saludable involucra el establecimiento de una confianza primaria y de un sentido de seguridad, de fortaleza y capacidad propia básica, de identidad, de significado y de un sentido de propósito en la vida. Cuando estos procesos son trastocados por la violencia política, aumenta la probabilidad de desarrollar un sentido de desconfianza básica y de inseguridad, de desvalidez, de incompetencia, así como una ausencia de identidad clara y establecida, y de propósito y significado de la vida.

Entrevistas realizadas con niños de Camboya, Uganda, Ruanda, Líbano e Israel revelan una gran desconfianza, inseguridad y pesimismo sobre el futuro, según lo informan Bryce (1989), Kinzie (1986), Lorch (1994), y Macksoud (1993). En las condiciones impredecibles de la guerra y de la represión política, es frecuente que los padres no puedan proteger a sus hijos de algún perjuicio. Para los niños, el darse cuenta que nadie puede salvaguardar sus vidas tiende a reforzar sus intensos sentimientos de temor y ansiedad. En adición, la exposición diaria a la represión política, y el miedo y la inseguridad acompañante, pueden llenar a muchos niños de inseguridades y contribuir a formar en ellos una visión pesimista o fatalista del futuro, según Macksoud y sus colegas (1993).

Desde una perspectiva evolutiva, es importante preguntarse si con el paso del tiempo, y careciendo de una intervención clínica, y viendo que la paz y el cese de la represión no llega, síntomas como la desconfianza, inseguridad, el desamparo y la rabia pueden dejar de ser un estado para convertirse en rasgos, en características definidas de las personalidades de estos niños (Arroyo y Eth, 1985; Miller, 1993).

G. Desarrollo moral y violencia

El desarrollo moral de los niños es influenciado por su ambiente social y político. En situaciones bélicas y de convulsiones internas, los niños son testigos de saqueos, violencia y abusos de poder. Cuando su exposición a estas conductas es frecuente, pueden llegar a concebirlas como permisibles o aún normales. Los niños pueden llegar a sentirse muy traicionados por las figuras de autoridad, incluyendo líderes políticos, las fuerzas armadas, los vecinos y aún familiares y amigos, en quienes se había depositado confianza, y quienes habían sido vistos como modelos a imitar, pero que con sus actos han violado las normas morales de conducta esperada, aún cuando la sociedad los condonara por razones políticas o ideológicas (Macksoud y Cols., 1993).

Los niños no están exentos de participar en la violencia política que los rodea. Muchos adolescentes, aún muy jóvenes, son reclutados con frecuencia como soldados o guerreros, y se les indoctrina para glorificar la violencia. Punamaki y Suleiman (1990) encontraron que niños y adolescentes tienden a exhibir mayores índices de conducta antisocial y de sentimientos hostiles y agresivos en tiempos de guerra.

Varios investigadores han encontrado que los valores culturales relacionados con el uso de la violencia como medio para resolver los asuntos políticos parecen influir decididamente en las actitudes de los niños, ya sea limitando o incrementando su apoyo hacia el uso de la violencia en contra de grupos represivos. Kinzie y sus colegas (1986) encontraron que los niños camboyanos de los campos de refugiados tendían a canalizar sus fantasías agresivas de venganza hacia sueños de éxitos en el futuro, dejando atrás el trauma al cual habían sido expuestos. En otros casos, la exposición a la violencia política parece conducir a una polarización de las actitudes de niños hacia el conflicto político (Martín-Baró, 1989; 1992), resultando en algunos casos en el apoyo al uso de la violencia contra aquellos vistos como "el enemigo" (Dawes, 1990; Punamaki (1992); Punamaki y Suleiman, 1990). Sus actitudes hacia la violencia también son influenciadas probablemente por el seguir viviendo o no en un ambiente represivo (Miller, 1993).

En contraste, Miller (1993) cuestiona los argumentos de varios investigadores que los niños que han sido expuestos a la represión política y la violencia tiendan a considerar a la violencia como un modo apropiado para resolver conflictos interpersonales. En su revisión de estudios previos sobre la violencia política y su efecto en niños, concluye que los resultados no son definitivos y que la mayoría de los estudios no analizan la relación entre las actitudes hacia el uso de la violencia y la conducta manifiesta.

Capítulo III

La investigación en Honduras

A fines de 1991, se establecieron los primeros contactos con algunos niños afiliados a COFADEH, debido al interés de esta organización en evaluar y prestar atención a las necesidades de sus afiliados en el campo de la salud mental. Ese mismo año, la Asociación Internacional Contra la Tortura (AICT, una organización no gubernamental afiliada a las Naciones Unidas) y COFADEH, habían llevado a cabo en forma conjunta un estudio de campo sobre los síntomas de estrés en los familiares de los desaparecidos. En nuestra investigación, cuya parte empírica se concluyó en 1993, se incluyó no solo a hijos de desaparecidos, sino también a hijos de asesinados políticos.

Inicialmente, se había planificado estudiar no solo a los hijos de personas desaparecidas y asesinadas, sino también a un grupo de control formado por niños que habían experimentado la pérdida de uno de sus padres por otro motivo que no fuera político. Se descartó esta idea de un grupo de control debido a numerosos factores, que incluían el tiempo que se requería para reclutar a los diferentes sujetos del estudio, lo difícil del acceso a los mismos, los problemas relacionados con el transporte y otros gastos, y principalmente, la dificultad en definir con claridad las características de un grupo de comparación. La investigación se limitó, por lo tanto, a un estudio de campo

exploratorio y comparativo sobre estos dos grupos de niños psicopolíticamente afectados.

A. Reclutamiento

Aunque se han documentado mas de ciento ochenta casos de personas desaparecidas en Honduras, solo un pequeño porcentaje de estas personas tenían hijos que vivían dentro del país. Esto se debió a diferentes factores: la mayoría de los desaparecidos eran personas muy jóvenes cuando fueron raptados y eran pocos los que tenían niños; un porcentaje muy alto eran extranjeros provenientes de países vecinos centroamericanos tales como El Salvador, Nicaragua y Guatemala, y sus familiares viven en sus países de origen; muchas de las familias hondureñas salieron al exilio después de la desaparición de su ser querido, y por último, el contacto con algunas de las familias afectadas se había perdido, imposibilitándose el contacto con las mismas.

Algunos de los factores que limitaban el número de niños del grupo de los desaparecidos también eran comunes al grupo de los asesinados. COFADEH tenía una estrecha relación con la mayoría de las familias de los desaparecidos que vivían en Honduras, por lo que el acceso a las mismas resultaba más fácil que el acceso a las familias de los asesinados. Otro factor fue el hecho que, desde la segunda mitad de la década de los ochenta, se dio un cambio significativo en el tipo de represión implementado en el país, reduciéndose grandemente el número de casos de desapariciones, y aumentando el número de asesinatos, tendencia que se había mantenido hasta el momento de la investigación. Esto facilitó el contacto con los familiares de los asesinados, por ser más recientes su pérdida, así como el hecho de que habían sido, en su mayoría, personas mayores ya casados y con hijos, y también hondureños, en su gran mayoría, por lo que el número de familias exiladas o extranjeras era mucho menor. Como resultado de estos factores, se logró establecer contacto con igual número de familias de cada grupo.

Las entrevistas iniciales realizadas con las madres de los niños indicaron que, en su opinión, la forma en que los niños habían respondido a la pérdida y a sus consecuencias posteriores dependía de su edad, sexo, personalidad, la relación que habían tenido con su padre, y a otros factores. De esta manera, resultó ser de importancia y de valor para la investigación entrevistar no solamente a un niño por familia, sino a más de uno, por lo que las dificultades que se enfrentaron posteriormente para contactar a un número muy grande de familias, pudieron ser superadas parcialmente. A esto debe de añadirse que no fue siempre posible entrevistar a todos los niños que se habían incluido en la muestra original, debido a su residencia temporal en otra ciudad, o, en algunos casos, debido a su negativa a ser entrevistado.

La mayor parte de las entrevistas se realizaron en las viviendas de los sujetos, con autorización verbal de la madre y del sujeto, explicándoseles el motivo de la investigación, y planteándoles que los resultados se publicarían, pero que se mantendría su anonimato. En algunos casos, las familias expresaron su deseo de que se especificara el nombre de su familiar, así como su caso y su victimización, para que fuera recordado, y que la sociedad tuviera conocimiento sobre las tribulaciones que su familia debía de enfrentar debido a su ausencia.

B. Descripción de los sujetos

Se entrevistó a un total de 27 niños, en los meses comprendidos entre julio de 1992 y mayo de 1993. Dieciséis provenían de nueve familias de los desaparecidos, y once de nueve familias de los asesinados. Se entrevistó además a dieciséis madres o guardianes, parientes de 22 de los 27 niños. De los niños, quince eran varones y doce eran niñas. El grupo de los desaparecidos consistió en diez varones y seis niñas; el grupo de los asesinados consistió en cinco varones y seis niñas. Veintiséis de los 27 sujetos habían perdido a su padre; solo un sujeto, una niña, había perdido a su madre, quien había sido asesinada.

Esto es indicativo de que muy pocas mujeres fueron escogidas para ser desaparecidas o asesinadas, y que la mayoría de estas mujeres no tenían niños. El Cuadro 1 presenta información detallada sobre la edad de los niños al ocurrir la pérdida, el tiempo que ha transcurrido desde este hecho, y las edades de los niños al ser entrevistados.

CUADRO 1

Edad de los Niños del Estudio y Tiempo Transcurrido desde la Pérdida

Edad en Meses	Desaparecido	Asesinado
En el momento de la pérdida		
Mínima	0*	84
Máxima	135	190
Media	65	137
DS	41	37
En el momento de la entrevista		
Mínima	123	127
Máxima	238	249
Media	175	186
DS	32	34
Tiempo transcurrido desde la pérdida		
Mínimo	42	10
Máximo	143	129
Media	112	49
DS	22	40

* La madre tenía seis meses de embarazo con el niño cuando desapareció su marido.

C. Procedimiento

Tres de los niños y dos de los guardianes (una madre y una abuela) fueron entrevistadas en la sede de COFADEH. Los restantes 22 niños y 14 restantes fueron entrevistados en sus propios hogares, en forma privada y aislada de los demás familiares. Cada niño fue entrevistado de una a seis veces y las entrevistas fueron grabadas. Las madres y otros familiares fueron entrevistadas de una a cuatro veces cada una.

Instrumentos psicológicos utilizados

Se utilizaron varios métodos y medidas para profundizar el conocimiento de los procesos conscientes e inconscientes, pensamientos, emociones, conflictos, preocupaciones y vidas de estos niños y jóvenes. Las entrevistas con los niños se realizaron utilizando las siguientes pruebas psicológicas: la prueba proyectiva de dibujos Test Casa-Arbol-Persona (HTP); las láminas I, II, III y VIII de la prueba de manchas de tinta de Rorschach; las láminas 13V, 2, 8VH, y 8NM de la Prueba de Apercepción Temática (TAT); una adaptación del Lista de Reacción al Estrés Postraumático (LREP), en su versión infantil en español; una adaptación del Inventario de Comportamiento del Niño (ICN), en su versión infantil en español, y una variedad de preguntas abiertas y semiestructuradas sobre las experiencias del niño en relación al evento y a sus secuelas, sus recuerdos y fantasías referentes al padre perdido, y preguntas de tipo general sobre las relaciones y la vida que el niño llevaba en la época de la entrevista.

La entrevista con los padres o guardianes consistió de tres partes: el Cuestionario para Padres consiste de una serie de preguntas estructuradas y semi-estructuradas sobre los factores demográficos, socioeconómicos, sociales y psicológicos pasados y presentes relacionados con la familia, el familiar ausente y el niño del estudio; versiones para adultos en español de la

escala LREP adaptada y también del ICN adaptado. El Cuestionario se encuentra en apéndice A.

La información obtenida fue seguidamente analizada,con un análisis estadístico para los datos cuantitativos, y un análisis cualitativo de otros datos. El análisis cuantitativo de los resultados de varias escalas y medidas fue realizado para intentar establecer patrones significativos en relación a los grupos estudiados. En el análisis cualitativo analizamos el contenido, proceso y contexto de las entrevistas y de varios aspectos de las respuestas a los tests proyectivos que no son fácilmente cuantificables. Las pruebas proyectivas generalmente se componen de estímulos ambiguos y de forma vaga, y le exigen al sujeto que responda a dichos estímulos construyendo su propia respuesta. Estas respuestas son un reflejo de las experiencias de vida del sujeto, y de su estructura de personalidad. El Rorschach es la prueba de personalidad más ambigua de las normalmente utilizadas; se compone de manchas de tinta simétricas, algunas utilizando los colores blanco, gris y blanco únicamente, y otros de naturaleza multicolor. Sus respuestas pueden ser altamente individualizadas. Los estímulos de la prueba Casa-Arbol-Persona y los del TAT son más concretos: en la primera se pide que dibuje cada uno de los estímulos de la prueba, y en el TAT se muestran dibujos elaborados con diferentes temas, tal como un niño sentado en la entrada de una casa. No obstante, la interpretación de estos estímulos puede ser altamente idiosincrático, y revelar por este medio los temas fundamentales que motivan a un individuo, y la dinámica de su personalidad. Utilizados en forma conjunta, los métodos cuantitativos y cualitativos pueden proporcionar un comprensión más completa y profunda sobre un fenómeno de lo que nos permite el uso de solo uno de los dos métodos.

Instrumentos utilizados en el análisis estadístico

Además del Cuestionario dirigido hacia madres y niños mayores, en el análisis estadístico se utilizaron los siguientes instrumentos:

A. Escala Rorschach de Autonomía Mutua (MOA)

La escala Rorschach de Autonomía Mutua (escala MOA) (Urist y Shill, 1982) evalúa la calidad de las relaciones de objeto y los niveles de psicopatología del sujeto en base a medidas sobre las interacciones expresas o implícitas que aparecen en los protocolos del Rorschach con respuestas de relaciones entre personas, animales, y/o objetos inanimados. La escala MOA es muy útil para evaluar respuestas de los niños, ya que los protocolos infantiles contienen menos respuestas humanas y un mayor número de interacciones no humanas que los protocolos de los adultos (Levitt y Truumaa, 1972). Esto se contrasta con la mayoría de las escalas de Rorschach sobre relaciones de objeto y de movimiento, que se limitan a tomar en cuenta únicamente las respuestas de contenido humano.

La MOA es una escala de siete puntos: las puntuaciones inferiores (1 y 2) se asignan a las relaciones más adaptables, recíprocas y empáticas; las puntuaciones medianas (3 y 4) indican un aumento en la pérdida de la autonomía y un concepto utilitario del "otro" como alguien en quien uno puede apoyarse (una puntuación de 3) o reflejarse en el otro (una puntuación de 4); y las puntuaciones más elevadas (5, 6 y 7) se asignan a las interacciones menos adaptables, más destructivas, malévolas y desiguales (Tuber, 1989). El Cuadro 2 describe los puntajes asignados a cada tipo de interacción, y brinda un ejemplo de cada puntuación de la escala.

En el presente estudio, los protocolos de Rorschach de los 27 sujetos se calificaron en forma independiente por dos jueces utilizando la escala MOA; es decir, por un juez ciego sobre los propósitos del estudio, y por la autora del presente estudio. El nivel de confiabilidad entre los dos jueces fue de 93 por ciento, con las discrepancias entre las calificaciones siendo decididas por un juez experto. Contando así con una única puntuación por respuesta, se procedió al análisis estadístico.

Cuadro No. 2

Escala MOA (para uso con el Rorschach)

Puntos	Descripción	Ejemplo*
1	reconocimiento recíproco	"Dos personas que están comiendo en una mesa muy elegante, y me imagino que están conversando de algo muy importante" (Lámina III)**
2	interacción benigna paralela	"Dos osos polares que estan subiendo sobre una montaña" (Lámina VIII)
3	relación dependiente	"Dos ositos pegados... que tienen el piquito pegado así" (Lámina II)
4	narcisista, autoreflejo	"Un chancho de monte parado en el agua, mirando su reflejo" (Lámina II)
5	influencia coercIva, dañina	"Dos esclavos con sus manos atadas atrás, con la cabeza caída, cansados de tanto sufrir" (Lámina III)
6	ataque violento o destrucción de uno por otro	"Este parece un murciélago...y estas son las alas, pero es como si estuviera herido, que le arrancaron estas dos partes (Lámina I)
7	evento catastrófico	"Debajo de la mesa hay una explosión nuclear" (Lámina III)**

* Todos los ejemplos fueron seleccionados de las respuestas obtenidas en este estudio.

** Las verbalizaciones usadas como ejemplos para los puntos 1 y 7 fueron las respuestas de un mismo sujeto a la lámina III.

B. Lista de Reacción al Estrés Postraumático (LREP)

El LREP (Macksoud y Cols., 1990a) fue desarrollado por el Proyecto sobre los Niños y la Guerra (Centro para el Estudio de los Derechos Humanos, Universidad de Columbia), y consiste en una entrevista estructurada que se administra en forma separada a niños y sus padres, y que mide los síntomas del Trastorno de Estrés Postraumático en niños, vinculado a un evento relacionado con una situación bélica que el niño investigado ha identificado como el "más perturbador". En el presente estudio se definió *a priori* el evento más perturbador como la desaparición/asesinato de un familiar. La versión en español de la lista se encuentra en el apéndice B.

El inventario está conformado por 13 ítems que se califican como presente o ausentes. Explora las tres áreas principales del trastorno de estrés postraumático: la reexperimentación del acontecimiento traumático, una reducción de la capacidad de respuesta frente al mundo exterior o una reducción de la implicación en él, y un estado aumentado de alerta. Dicha prueba fue adaptada para la población del estudio.

C. El Inventario del Comportamiento del Niño (ICN)

El ICN (Macksoud y Cols., 1990b) es otra escala desarrollada en el Proyecto sobre los Niños y la Guerra. Esta entrevista estructurada, que se aplica a niños y/o sus padres, explora cinco áreas o dominios sobre los síntomas y la conducta del niño: síntomas agresivos, depresivos y de ansiedad; y conductas favorecedoras de las relaciones sociales y la planificación de actividades. Cada área o subescala es medida a través de una serie de preguntas que se puntúan en un formato de cuatro alternativas (0=nunca, 1=pocas veces, 2=con frecuencia, 3=siempre). El ICN fue adaptado a partir de varios inventarios conductuales para niños, por un equipo de profesionales de la salud mental quienes seleccionaron ítems que pudieran ser

aplicables en países que atravesaran situaciones bélicas, incluyendo Mozambique, El Salvador, las Filipinas, y el Líbano. Debido a que en Honduras no se estaba experimentando un conflicto bélico, se realizaron algunas adaptaciones a los términos empleados, se sustituyó el concepto de "guerra" por el de "problemas en el país". La versión adaptada para niños de la escala ICN en español y una lista de los ítems de acuerdo a las cinco áreas pueden encontrarse en el Apéndice C.

Macksoud (1994) y Macksoud y Aber (s.f.) han utilizado las escalas LREP y ICN en forma conjunta para evaluar la forma en que las experiencias de los niños en la guerra provocan diferentes consecuencias en su desarrollo. Macksoud y sus colegas (1993) ya han aplicado estas escalas en diferentes países para analizar las experiencias de los niños en la guerra.

D. Tratamiento de los datos cuantitativos

Los datos fueron analizados de las formas siguientes: se determinaron las frecuencias, las medias y las desviaciones típicas para los ítems individuales en el LREP, el ICN y algunos de los ítems del Cuestionario; se determinaron además las medias y desviaciones típicas para la escala MOA, las subescalas del ICN y del LREP; se evaluaron las diferencias en las respuestas en función de la clasificación del padre perdido (desaparecido o asesinado) y el género del niño, a través de pruebas de diferencias de medias para muestras independientes. El Capítulo 5 detalla los resultados de los análisis cuantitativos.

Instrumentos utilizados en el análisis cualitativo

Los análisis cualitativos del bienestar psicológico de los niños se basaron en diferentes pruebas proyectivas, en las conversaciones con los niños, las madres y otros parientes, así como en las observaciones de la conducta y los patrones de relaciones sociales de los niños y otros familiares.

A. El Test Casa-Arbol-Persona (HTP)

El HTP se basa en pedirle al sujeto que dibuje una casa, un árbol y una persona, así como una segunda persona del sexo opuesto al dibujado, y que haga asociaciones verbales a sus dibujos. Es un método muy útil para lograr la cooperación de niños en el proceso de evaluación; en este estudio muchos de los niños manifestaron que les gustaba dibujar. El método empleado de administración del HTP fue el siguiente: se les pidió que realizaran unos dibujos específicos, pero que no era una prueba de habilidad, sino una forma de averiguar lo que estaban pensando. Se les dio un lápiz negro con borrador, un juego de lápices de colores, y cuatro hojas de papel sin rayas. Se dio cinco minutos por dibujo, y al finalizar el último, se les pidió que describieran sus dibujos en la forma más amplia posible, así como las asociaciones que tuvieran con los mismos, y por último se les hizo preguntas específicas sobre cada dibujo (por ejemplo, sobre las personas: sus nombres, quienes eran, qué estaban haciendo, pensando y sintiendo). Cuando los niños no podían describir o proporcionar asociaciones, se les pidió que inventaran un cuento sobre su dibujo.

B. La prueba del Rorschach

El Rorschach es la prueba proyectiva más conocida y respetada, y se basa en la presentación de diez láminas con manchas de tinta ya estandarizadas, pidiéndole al sujeto que en cada lámina exprese qué es lo que mira u observa. Es aplicable a niños y adultos, con diferentes normas, y su uso es clínico principalmente, explorando diferentes aspectos de la personalidad. Debido a las limitaciones de tiempo con cada sujeto, se presentaron únicamente cuatro láminas, siendo estas la lámina monocromática I y las cromáticas II, III y VIII.

C. El Test de Apercepción Temática (TAT)

En el TAT se le pide a los sujetos que inventen historias basados en dibujos que se les presentan, que contienen escenas de personas o lugares. Se seleccionaron cuatro láminas, considerándose que eran apropiadas para el contexto sociocultural del estudio, y por sus temas, relacionados con los temas de niñez, familia, soledad, deprivación, violencia, la pérdida y el futuro.

— La lámina 13V presenta un muchacho joven, que parece estar desamparado, sentado en el escalón de la puerta delantera de una cabaña de madera.
— La lámina 2 es una escena campestre mostrando un caballo, un hombre y dos mujeres, la más joven con libros, la mujer de edad embarazada.
— La lámina 8VH muestra un hombre herido en el fondo con hombres rodeándolo, operándolo o atacándolo, un rifle, y un adolescente en el primer plano.
— La lámina 8NM muestra a una joven sentada, apoyando su cara en sus manos, mirando al vacío, pensativa. Se le animó a los sujetos a crear historias detalladas sobre estos dibujos.

D. Preguntas sobre el evento y sobre sí mismo

Una sección importante de la entrevista consistió en una serie de preguntas semiestructuradas y abiertas sobre las experiencias del niño durante el evento y el impacto que tuvo sobre él o ella, y sobre los demás miembros de la familia, así como la comprensión que hubiera alcanzado sobre lo que realmente ocurrió, sus motivos, sus recuerdos, sueños y fantasías relacionadas con el padre ausente, y preguntas de tipo general sobre la vida y las relaciones del niño en la actualidad.

E. Tratamiento de los datos cualitativos

El capítulo 6 proporciona una revisión sobre los patrones de respuesta de los niños. Los temas que se exploran son aquellos más frecuentemente mencionados por los niños, las emociones vividas en relación con su experiencia de pérdida, las defensas o estrategias de manejo que emplearon, las alteraciones vividas en el desarrollo de un sentido coherente de sí mismo, algunos temas relacionados con la edad y el género, las diferencias entre los hijos de los padres desaparecidos y asesinados, y las actitudes que tienen hacia las acciones sociales y las organizaciones políticas.

Las hipótesis del estudio

Este estudio se concibió principalmente como una investigación exploratoria, y solo en forma secundaria como un proyecto de comprobación de hipótesis formales. Aunque puedan existir algunas diferencias entre los hijos de los desaparecidos y los asesinados políticos, es indudable que ambos grupos compartían la abrumadora experiencia de una pérdida violenta, causada por otras personas, de uno de sus padres, así como el tenebroso y solitario ambiente políticamente represivo que se vivió antes y después de la pérdida, combinado con trastornos a largo plazo de tipo familiar, social y económico. Por lo tanto, se podía conjeturar que ambos grupos experimentarían una variedad de síntomas postraumáticos de significancia y que los evidenciarían en la evaluación, formando así la hipótesis 1.

Sin embargo, los dos grupos diferían en aspectos muy significativos. El tiempo transcurrido desde la pérdida era en promedio de nueve años para los hijos de los desaparecidos; en cambio solo era de cuatro años en promedio para los hijos de los asesinados. Este mayor período de tiempo supuestamente le habría dado a los hijos de los desaparecidos una mejor oportunidad para reconstruir una vida "normal", con lo que evidenciarían menos trastornos y síntomas relacionados con pérdidas

en la evaluación que los hijos de los asesinados. Estos supuestos se convirtieron en la hipótesis 2.

A pesar de esto, los hijos de los asesinados contaban con la certeza de la muerte de su padre, lo que les permitía elaborar y completar un proceso de duelo y alcanzar supuestamente algún tipo de resolución o conclusión sobre su pérdida. Debido a que los hijos de los desaparecidos no contaban con esta oportunidad, se anticipaba que mostraran un mayor trastorno inconsciente en la evaluación que los hijos de los asesinados, convirtiéndose esta inferencia en la hipótesis 3.

Capítulo IV

Resultados cuantitativos

Se presenta a continuación el análisis cuantitativo de los resultados de la investigación, realizado para intentar establecer patrones significativos en relación a los grupos estudiados. Estos resultados se presentan por cada instrumento administrado, siendo estos: el **Cuestionario para Padres**, administrado a los padres o a los niños de mayor edad; la **Lista de Reacción de Estrés Postraumática (LREP)**, administrado a los niños y a sus familiares; el **Inventario del Comportamiento del Niño (ICN)**; y la **Escala Rorschach de la Mutualidad de la Autonomía (MOA)**, utilizada en las respuestas del Rorschach, y administrada solo a los niños.

Por distintas razones, no todos los niños o padres completaron todos los cuestionarios y escalas; esto provocó que el número de respuestas puntuables variaran en cada ítem, con un rango entre 17 y 27 para los niños, y entre 8 y 16 para los padres. Para los datos cuantitativos, el Rorschach fue el único instrumento que fue completado por todos los 27 sujetos menores de edad del estudio.

A. Cuestionario para padres

Los Cuadros 3, 4 y 5 resumen la mayor parte de las respuestas, con sus frecuencias respectivas, a los cuestionarios adminis-

trados a los familiares y a los niños mayores. Para mayor claridad, se presentan los ítems bajo tres aspectos: Demográficos (Cuadro 3); Aspectos sobre el Niño (Cuadro 4); y Pérdida del Padre (Cuadro 5). Se realizaron pruebas t de diferencias de medias para grupos independientes con todos los ítems del cuestionario, pero fueron pocos los análisis estadísticos que arrojaron diferencias significativas. Dos de los ítems sí presentaron diferencias muy significativas: Aunque los niños de ambos grupos tenían una edad similar, expresada en meses, al momento de las entrevistas (desaparecidos, Media=175, DS=32; asesinados, Media=186, DS=34), la edad de los niños expresada en meses al momento de la pérdida fue significativamente menor en el grupo de niños de los desaparecidos (Media=65, DS=41) que en el grupo de los niños de los asesinados (Media=137, DS=37, $p<.001$). Esto significó que el tiempo que había transcurrido desde la pérdida hasta el momento de la entrevista era mucho mayor para el grupo de los desaparecidos (Media=112 meses, DS=22), que para el grupo de los asesinados (Media=49, DS=40, $p<.001$).

Como se indica en el Cuadro 3, más de dos tercios de los niños entrevistados residían en la ciudad de Tegucigalpa, con el último tercio distribuido entre varias ciudades u otras comunidades. Solo uno de los niños residia en el momento de la entrevista en el área rural, lo que es interesante en un país con un alto porcentaje de habitantes residiendo en zonas rurales. Es importante analizar además la integración del hogar en que residían los niños. Mientras un 38% de los hijos de los desaparecidos no vivían con su familia inmediata, solo un 18% de los hijos de los asesinados vivían en forma separada de su madre. Las madres también se diferenciaban entre sí. El número de esposas o compañeras de personas desaparecidas que habían formado una nueva pareja era mucho mayor (38%) que el de las esposas o compañeras de los hombres asesinados (9%). Esta diferencia parece estar relacionado con el tiempo transcurrido desde la pérdida, que era mucho mayor para el primer grupo.

Cuadro No. 3
Cuestionario padres: datos demográficos-socioecónomicos

Datos Demográficos/Socioeconómicos:	Desaparecidos %*	Asesinados %*
comunidad donde vive el niño:		
Tegucigalpa	69	73
San Pedro Sula	13	18
El Progreso	13	0
La Ceiba	6	0
otro	0	9
niño vive con:		
propia familia/casa	63	82
otra familia/casa	38	18
responsable del niño:		
madre	50	82
madre y padrastro	38	9
abuela	0	9
hermanos	13	0
empleo del responsable del niño:		
area informal, trabajo de oficina**	69	46
supervisor, profesional	31	18
técnico, otro	0	36
escolaridad del responsable del niño:		
incompleta primaria o secundaria	50	64
completó secundaria o estudios superiores	50	36
empleo/actividad del padre desaparecido/asesinado:		
profesional, supervisor	25	10
técnico, otro	13	10
sindicalista, activista	63	80
escolaridad del padre desaparecido/asesinado:		
incompleta primaria o secundaria	43	27
completó secundaria o estudios superiores	57	73
situación económica antes del evento:		
casa-muy pobre y pobre	50	36
casa-clase media y muy buena	50	64
ingresos-muy pobre y pobre	13	27
ingresos-clase media y rica	88	73
situacion económica despues del evento:		
mejoró	0	9
empeoró un poco	31	9
empeoró mucho	69	82
situación económica actual:		
casa-muy pobre y pobre	44	64
casa-clase media y muy buena	56	36
ingresos-muy pobre y pobre	75	73
ingresos-clase media y rica	25	27

* En todos los cuadros, porcentajes de .5 o más se han redondeado a 1.0.

** Para el Cuestionario para Padres, muchas de las categorias se crearon en base a las respuestas de los entrevistados; algunas de estas categorías despues fueron agrupadas.

Los dos grupos de niños se diferenciaron entre sí considerablemente en los aspectos de educación, empleo, vivienda e ingresos. En el grupo de los desaparecidos, la calidad de vivienda había mejorado ligeramente desde la pérdida (el porcentaje con viviendas correspondientes a la clase media hondureña o de calidad superior en el medio había subido de un 50% a un 56%). En el grupo de los asesinados se informó, en cambio, de un deterioro muy sustancial en su calidad de vivienda (pasando de un 64% a solo un 36% con viviendas correspondientes a la clase media).

Ambos grupos informaron que habían sufrido una reducción muy significativa en sus ingresos desde la pérdida. En los familiares de los desaparecidos, el porcentaje de personas obteniendo ingresos correspondientes a la clase media o más alta disminuyó, pasando de un 88% a solo un 25% En el grupo de los asesinados, el cambio también fue muy significativo (con un descenso desde un 73% hasta un 27%). Esto nos indica que los desaparecidos y los asesinados provenían principalmente de la clase media, y que el cambio sufrido por sus familias fue muy dramático, significando una disminución en sus posibilidades de desarrollo y adaptación positiva.

El Cuadro 4 resume las respuestas principales a las preguntas formuladas a los padres sobre los niños, en los aspectos de salud, escolaridad, conducta, juegos y relaciones familiares y de amistad con niños de su misma edad. No se encontraron diferencias significativas entre las respuestas de los dos grupos en las diferentes áreas. El porcentaje de niños que asistían a la escuela o el colegio era elevado para Honduras (78%); el porcentaje de problemas de aprendizaje reportados fue relativamente alto, y se relacionaba con dificultades en la concentración y a una reducción en la dedicación a las tareas escolares (40% para el grupo de los desaparecidos, y un 45% para el grupo de los asesinados); sin embargo se reportaron muy pocos problemas de conducta en la escuela, y un número reducido o moderado de problemas de salud (14% del grupo de los desaparecidos, y 36% del grupo de los asesinados).

Cuadro No. 4

Cuestionario padres: datos acerca del niño

	Desaparecidos	Asesinados
Datos acerca del Niño:	%	%
asistencia escolar	75	82
problemas de aprendizaje:		
dificultades de concentración	20	9
no se aplica al estudio	20	36
problemas de comportamiento escolar	7	0
problemas de salud:		
problemas de corazón	7	9
epilepsia	0	18
otro o no especificado	7	9
juego/comportamiento:		
normal/apropiado para su edad	75	91
empobrecido	13	9
violento	13	0
relaciones con otros niños:		
aislado o sin amigos	0	9
amistades superficiales	13	27
unos pocos, buenos amigos	44	9
muchas amistades	25	27
amigos, no especificado	19	27
relaciones familiares del niño:		
pobre/conflictiva	19	0
regular	25	18
buena y muy buena	56	82

Las madres o guardianes informaron que la mayoría de los niños participaban en actividades de juego y conductas normales y apropiadas para su edad (75% para el grupo de los desaparecidos, y 91% para el grupo de los asesinados). Un 44% de los hijos de los desaparecidos fueron descritos como manteniendo relaciones familiares pobres/con conflicto o regulares, con solo un 18% del grupo de los asesinados siendo descritos de manera similar. Un 56% de las relaciones familiares del grupo con desaparecidos fueron consideradas como muy buenas, en contraste con un 82% del grupo con asesinados.

No se encontró un patrón definido en la cantidad y el tipo de amigos de su misma edad con que contaban los niños de ambos grupos (véase Cuadro 4, número 26, para todas las respuestas y frecuencias). Sin embargo, la exactitud de las respuestas a esta pregunta es cuestionable. Las personas encuestadas tenían dificultad con este ítem, y parecían tener dudas sobre como describir la calidad y la cantidad de las relaciones de sus hijos con otros muchachos.

En resumen, se puede plantear que según los informes de sus madres o guardianes, los niños de ambos grupos tenían una asistencia normal a la escuela, algunos problemas de aprendizaje, casi ningún problema de conducta en la escuela, pocos o moderados problemas de salud, y un nivel normal de participación en juegos, de relaciones con niños de su misma edad, y de conducta. Las relaciones familiares se reportaron como más empobrecidas para el grupo de los desaparecidos que para el grupo de los asesinados.

El Cuadro 5 resume las respuestas brindadas a diversos ítems contestados por los padres o guardianes en relación a la pérdida. En 1992 y 1993, cuando se realizaron las entrevistas, la gran mayoría de los padres o guardianes del grupo de los desaparecidos (13 de 14) tenían la creencia de que el padre o esposo desaparecido había fallecido. Solamente un 19% de los niños de este grupo compartían esta creencia; los demás planteaban que no estaban seguros (25%) o insistían en que sus padres estaban vivos (50%).

Cuadro No. 5

Cuestionario padres: datos acerca de la pérdida del padre

Datos acerca de la pérdida del padre:	Desaparecidos %	Asesinados %
responsable del niño piensa que el padre desaparecido está:		
muerto		93
no sabe si vivo o muerto	7	
niño piensa que el padre desaparecido está:		
vivo	50	
muerto		19
no sabe si vivo o muerto	25	
no se preguntó		6
frecuencia con que se menciona padre en la casa:		
raras veces y ocasiones especiales	56	11
con frecuencia, diario y siempre	44	89
frequencia con que niño habla /pregunta acerca del padre:		
raras veces y ocasiones especiales	54	22
con frecuencia, diario y siempre	46	78
rol de la religión/iglesia en superar la pérdida:		
no religioso	0	40
ayudó un poco	15	50
ayudó mucho	15	10
no ayudó	70	0

Es interesante notar, sin embargo, que los sujetos adultos y niños de las muestras se contradijeron varias veces durante el

proceso de las entrevistas: aquellos que manifestaron que sus esposos/padres estaban muertos se referían a ellos en ocasiones como si estuvieran vivos, y cuando se les señalaba esto, reconocían que no tenían seguridad en su creencia; asimismo, los sujetos que manifestaban su creencia en que su esposo/padre estaba vivo, daban indicios ocasionalmente de que pensaban que había muerto; algunos de los niños que reconocían el tener mucha incertidumbre se referían a su padre como estando vivo, muerto, o en términos ambiguos.

En el grupo de los desaparecidos se mencionaba al padre ausente con menor frecuencia en la casa (frecuentemente, a diario, y siempre: 44%) que en el grupo de los asesinados (89%). La diferencia resultó ser estadísticamente significativa (desaparecidos, Media=2.31, DS=1.01; asesinados: Media=3.73, DS=.91, $p<.001$). De manera similar, los hijos de los desaparecidos hablaban con menos frecuencia sobre su padre (frecuentemente, a diario y siempre: 56%) que los hijos de los asesinados (78%). Los niños y los guardianes del grupo de los desaparecidos indicaron que, en épocas anteriores, hablaban más sobre el padre desaparecido. Con el transcurso del tiempo, se menciona menos al padre ausente.

En este país muy religioso, solo un 15% del grupo de los desaparecidos y un 10% del grupo de los asesinados encontraron en la religión una ayuda importante para manejar su pérdida. Los dos grupos describieron el papel de la religión en forma diferente: el 70% de los sujetos del grupo de los desaparecidos dijeron que la religión no había sido de ayuda; el 40% de los sujetos del grupo de los asesinados dijeron que no eran religiosos. Muchos de los sujetos hicieron comentarios sobre la falta de apoyo que habían percibido por parte de la iglesia, en el contexto de sus referencias a la falta de apoyo social en general que habían percibido y experimentado.

Las respuestas brindadas a otros ítems relacionados con la pérdida del padre no pueden sintetizarse con claridad en un cuadro. Cuando se les preguntó, "de qué otra manera (además de lo económico) afectó la pérdida a la familia?", todos los

sujetos de ambos grupos dieron varias respuestas, incluyendo "psicológicamente", "moralmente", "lo extraño", y "me siento solo".

Los sujetos informaron de diferentes tipos de pérdidas ocurridas con posterioridad a la del padre; aproximadamente 1/3 de los niños en cada grupo habían sufrido la pérdida de varios miembros de su familia, un quinto adicional había sufrido la muerte de un abuelo, y muchas de las familias habían recibido amenazas directas de muerte o de sufrir algún daño (por lo menos cinco del grupo de los desaparecidos y dos del grupo de los asesinados). Tres miembros del grupo de los desaparecidos y cuatro del grupo de los asesinados informaron que no habían recibido ninguna amenaza ni pérdidas. Nueve de los dieciséis miembros del grupo de los desaparecidos y siete de los once miembros del grupo de los asesinados informaron que estaban muy afectados o traumatizados por estas pérdidas adicionales y las amenazas.

Cuando se les interrogó a mayor profundidad, los padres/guardianes y los niños del estudio plantearon que el perder a su padre había llevado a los niños a ser fácilmente afectados o más vulnerables ante cualquier pérdida posterior. De manera similar, los adultos informaron que los niños se mostraban muy cautelosos ante cualquier ausencia de la madre. Se informó que todos los niños de ambos grupos, excepto tres, respondían con una preocupación excesiva, con añoranzas, con tristeza y/o temores ante las ausencias normales del padre restante.

B. Lista sobre la Reacción de Estrés Postraumático (LREP)

El Cuadro 6 muestra el número y los porcentajes de sujetos por grupo de niños y de todos los padres agrupados que contestaron en forma afirmativa a la presencia de síntomas de estrés postraumático. En el grupo de los desaparecidos, once de los 13 ítems fueron contestados en forma afirmativa por casi el 50% o más de los niños. Cuatro de los ítems fueron contestados afirmativamente por 2/3 de los niños. El asustarse cuando

Cuadro No. 6

Lista de Reacciones de Estrés Postraumático (LREP)

#	Items	Des %**	Ases %**	Padres* %**
1	Piensa/habla seguido sobre lo que sucedió	62	91	80
2	Se asusta al pensar sobre lo que sucedió	92	91	80
3	Recuerda seguido lo que sucedió	54	55	60
4	Sueña con lo que sucedió	46	70	71
6	Pensamientos vuelven niño olvidadizo	50	73	64
7	Se siente más solo/no comprendido	83	64	87
8	Se preocupa que se morirá jovencito	54	46	83
9	Disfruta menos jugar con amigos, deportes	18	91	47
10	Le cuesta dormirse/mantenerse dormido	69	46	53
11	Se asusta más al escuchar ruidos fuertes	82	73	93
12	Dificultades de concentración	45	46	60
13	Se aleja de recuerdos del evento	50	27	67
14	Trata de olvidar lo que ocurrió	31	27	27

* Padres de los dos tipos de niños agrupados juntos.

** Porcentaje que contestó "sí" a la pregunta.

piensa sobre lo que sucedió (92%), el sentirse más solo, como si nadie comprendiera lo que siente (83%), y el asustarse mucho al escuchar algún ruido fuerte desde lo sucedido (82%), fueron los ítems con mayor acuerdo a nivel porcentual entre los hijos de los desaparecidos.

En el grupo de los asesinados, once de los 13 ítems también fueron contestados en forma afirmativa por un 50% o más de los niños. Seis de los ítems fueron contestados en forma afirmativa

por 2/3 o más de los niños. El pensar o hablar seguido sobre lo que sucedió (91%), el asustarse o afligirse cuando piensa o habla sobre lo que sucedió (91%), y desde lo sucedido, el no disfrutar tanto jugar con los amigos (91%), fueron los ítems con los mayores porcentajes de acuerdo entre los hijos de los asesinados.

En el grupo de los padres, 12 de los 13 ítems fueron contestados en forma afirmativa por 50% o más de los sujetos, y 7 fueron contestados en forma afirmativa por 2/3 o más de los guardianes. El ítem 14 (intenta olvidar lo que sucedió) fue contestado en forma afirmativa por un número muy reducido de sujetos. Algunos niños plantearon que no querían olvidar lo que sucedió porque significaría el tener que olvidar a su padre. Esto lleva a concluir que este ítem posiblemente no sería un buen indicador de una respuesta traumática para aquellas personas cuya experiencia traumática incluya el perder a un ser querido.

Los hallazgos que se han descrito anteriormente, sugieren, como se planteó en la hipótesis 1, que ambos grupos de niños, como resultado de su experiencia traumática, desarrollaron una variedad de síntomas típicos del trastorno postraumático.

C. Inventario del comportamiento del niño (ICN)

No se encontraron muchas diferencias estadísticamente significativas entre los dos grupos de niños en los ítems del Inventario del Comportamiento del Niño. Los Cuadros 7, 8, 9, 10 y 11 muestran las frecuencias y los porcentajes de las respuestas de "con frecuencia" o "siempre" brindadas a las diferentes subescalas del Inventario del Comportamiento del Niño (ICN), por los dos subgrupos de niños y por el grupo combinado de los padres/guardianes.

El Cuadro 7 presenta las respuestas brindadas a los ítems de la subescala de depresión del ICN. De ellas se puede destacar lo siguiente: aproximadamente la mitad de los niños de cada grupo informa que se siente triste o infeliz (54% en el grupo de

Cuadro No. 7

Inventario del comportamiento del niño (ICN): Subescala de depresión

#	Items	Desap n	Desap %**	Ases n	Ases %**	Padres* n	Padres* %**
1	Llora facilmente	4	31	6	55	9	64
6	Se siente triste/no feliz	9	54	5	46	11	79
11	Le preocupan muchas cosas	10	77	9	82	12	80
16	Siente que nadie lo quiere	5	42	3	27	5	53
21	Tiene miedo a perder su familia	10	92	10	91	14	93
26	Se siente cansado	2	17	5	46	7	50
31	Prefiere estar solo	1	9	2	18	3	25
35	Se siente solo	4	37	2	18	6	50
39	Siente que no vale nada	3	27	3	27	2	17
42	Siente no ser capaz	3	30	5	45	4	46

* Padres de ambos grupos de niños agrupados.

** Porcentaje de respuestas "con frecuencia" y "siempre" agrupados.

los desaparecidos, 46% en el grupo de los asesinados); un 77% del grupo de los desaparecidos y un 82% del grupo de los asesinados se preocupa sobre muchas cosas; el 42% del primer grupo y un 27% del segundo grupo piensa que nadie los quiere; y un 92% del primer grupo y un 91% del segundo grupo informa que tienen miedo de perder a su familia.

Solo un pequeño porcentaje de estos niños prefieren estar a solas que con sus familias o con sus amigos (9% del grupo de los desaparecidos, 18% del grupo de los asesinados). Esto parece estar relacionado con su temor de perder a sus familias, y también con el temor asociado de ser separado de ellos. Es

interesante observar que, al preguntarle a los padres si detectaban estos síntomas en sus hijos, en ocho de los diez ítems referidos a criterios de depresión ellos contestaron afirmativamente en un porcentaje mayor que el reportado por los propios niños.

En resumen, aunque las puntuaciones de los dos grupos de niños eran variadas ante los ítems de las diferentes subescalas, varios de los ítems recibieron un índice elevado de acuerdo con su presencia. Casi todos los niños admitieron tener preocupaciones frecuentes o constantes sobre perder a sus familias, y que se preocupaban por una gran variedad de cosas. Casi el 50% de los niños de ambos grupo planteó que frecuentemente o siempre se sentían tristes o infelices. La mitad de los niños, aproximadamente, del grupo de los asesinados contestó que frecuentemente o siempre lloraban con facilidad, se sentían cansados, y sin la capacidad de hacer las cosas. En el grupo de los hijos de los desaparecidos, especialmente, las puntuaciones relacionadas con los temores y la soledad fueron mucho mayores que las otorgadas a los ítems referentes a una baja autoestima. Las puntuaciones elevadas en varios de los ítems de la subescala de depresión son consistentes con la hipótesis de que ambos grupos de niños fueron traumatizados como resultado de la experiencia de pérdida y sus secuelas (hipótesis 1).

El Cuadro 8 refleja las respuestas a los ítems de la subescala de ansiedad del ICN. Los seis ítems de la subescala recibieron un mayor porcentaje de experimentación frecuente o siempre en el grupo de los asesinados, en comparación con las respuestas del grupo de los desaparecidos (con diferencias desde 1% hasta 39%). Esta diferencia entre los dos grupos posiblemente se debía a que la pérdida era más reciente en el grupo de los asesinados, y era particularmente notable en los ítems referentes al temor de hacer cosas que a otros no les asusta y a situaciones nuevas, así como en las dificultades de realizar las tareas escolares. En cambio, otros ítems recibieron respuestas de experimentarlo frecuentemente o siempre por parte de ambos grupos, así como por los padres: el 62% del grupo de los

Cuadro No. 8

Inventario del Comportamiento del Niño (ICN):

Subescala de Ansiedad

# Items	Desap n	Desap %**	Ases n	Ases %**	Padres* n	Padres* %**
3 Se asusta facilmente	4	31	4	36	6	43
8 Teme que le sucedan cosas malas	8	62	8	63	8	71
13 Miedo de cosas que no asustan otros	2	17	5	46	5	47
18 Miedo de situaciones nuevas	3	25	4	36	3	21
23 Cuesta concentrarse en tareas	3	25	7	64	3	21
28 Necesita adulto para sentirse seguro	8	67	8	73	10	77

* Padres de los dos tipos de niños agrupados.
** Porcentaje de respuestas "con frecuencia" y "siempre" agrupados.

desaparecidos, el 63% del grupo de los asesinados, y el 71% del grupo de los padres (combinando los dos grupos) aceptó que tienen temor de que algo malo les ocurra, y el 67% del primer grupo, el 73% del segundo grupo, y el 72% del grupo combinado de padres informó que tienen necesidad de estar con una persona adulta para sentirse seguros. Estos altos índices de acuerdo con los ítems relacionado con el temor y la seguridad son consistentes con los planteamientos de la hipótesis número 1.

El Cuadro 9 presenta las respuestas a la subescala de agresión del ICN. La mayoría de los nueve ítems recibieron índices muy bajos de acuerdo por parte de los tres grupos. Los ítems a los que se respondió con frecuentemente o siempre incluyeron: 92% del grupo de los desaparecidos, 73% del grupo de los asesinados y 86% del grupo combinado de padres estuvieron de acuerdo con el ítem que pregunta si se enojan fácilmente; cuando esta pregunta se presentó nuevamente en forma dife-

Cuadro No. 9

Inventario del Comportamiento del Niño (ICN):

Subescala de Agresividad

# Items	Desap n	Desap %**	Ases n	Ases %**	Padres* n	Padres* %**
2 Se enoja facilmente	12	92	8	73	12	86
7 Se molesta facilmente	6	46	6	55	11	79
12 Insulta, amenaza a otros	2	15	0	0	6	7
17 Empuja, golpea a otros	1	8	2	18	4	31
22 Arruina sus cosas o las de otros	4	33	1	10	12	14
27 Desobedece padres, maestros	2	18	0	0	3	21
32 Malgenio o enoja facilmente	6	55	9	82	9	69
36 No respeta normas de casa/comunidad	3	30	1	9	14	7
40 Culpa a otros en vez de si mismo	1	9	1	9	3	21

* Padres de los dos tipos de niños agrupados.
** Porcentaje de respuestas "con frecuencia" y "siempre" agrupados.

rente explorando si se molestaban fácilmente o perdían la calma, las respuestas de acuerdo fueron de 55% en el primer grupo, 82% en el segundo grupo, y 69% en el grupo combinado de padres; por último, el 46% del primer grupo. 55% del segundo grupo y 79% del grupo combinado de padres informaron que se irritaban con facilidad.

Sin embargo, estos índices de acuerdo tan elevados se refieren a estados afectivos generalizados. Los índices de acuerdo con ítems referidos a cometer actos verbales o físicos de agresión fueron bajos para ambos grupos. Aunque los niños admitían tener sentimientos muy intensos de enojo, puntuaron muy bajo (pocas veces) en relación a actuar agresivamente. Por lo tanto, la hipótesis de que estos niños estaban traumatizados

y que, por lo tanto, responderían en forma afirmativa a la subescala de agresión (hipótesis 1), solo se confirmó parcialmente.

Cuadro No. 10

Inventario del Comportamiento del Niño (ICN): Subescala de Sociabilidad Positiva

#	Items	Desap n	Desap %**	Ases n	Ases %**	Padres* n	Padres* %**
4	Ayuda a otros niños	6	46	6	55	10	71
9	Le gusta ayudar a adultos	5	54	8	63	11	79
14	Se preocupa por los demás	10	77	9	82	11	73
19	Triste al ver otros sufriendo	7	58	10	91	9	64
24	Da consuelo a otros cuando sufren	9	75	7	64	11	78
29	Se enoja al ver injusticias	11	92	8	73	12	92
33	Comparte sus cosas	7	64	6	55	11	85
36	Respeta las normas de casa/comunidad	7	70	10	91	14	93
37	Ayuda a quienes son amistosos con él	9	82	11	100	14	100
41	Proteje a otros niños	8	73	8	73	9	64

* Padres de los dos tipos de niños agrupados.
** Porcentaje de respuestas "con frecuencia" y "siempre" agrupados.

El Cuadro 10 presenta las respuestas brindadas a los ítems de la subescala de sociabilidad positiva. El porcentaje de respuestas de frecuentemente o siempre fue muy alto para los tres grupos. Solo un ítem recibió una valoración menor al 50% en las alternativas de frecuentemente o siempre en uno solo de los grupos (46% del grupo de los desaparecidos estuvo de acuerdo con ayudar a otros niños). En el grupo combinado de padres,

dos ítems recibieron un acuerdo de 64% y otros ocho ítems recibieron un acuerdo aún mayor. Estas respuestas son consistentes con la información proporcionada por los padres/ guardianes en el Cuestionario para Padres. Estos parecían ser, en su mayoría, niños socializados en forma muy positiva, con pocos problemas en la escuela o en el hogar, y pocos problemas evidentes en su relaciones sociales (los varones adolescentes fueron una excepción a este patrón, lo que se discutirá en el capítulo V).

Cuadro No. 11

Inventario del Comportamiento del Niño (ICN): Subescala de Planificación

#	Items	Desap n	Desap %**	Ases n	Ases %**	Padres* n	Padres* %**
5	Dirige juegos/actividades escolares	7	69	6	55	11	86
10	Piensa antes de actuar	9	69	10	91	12	93
15	Resuelve problemas facilmente	4	31	3	27	5	47
20	Seguro de si mismo	10	83	3	27	9	75
25	Enfrenta los obstáculos	9	82	6	55	12	85
30	Se recupera con facilidad	4	36	2	20	41	54
34	Optimista acerca del futuro	9	90	9	82	12	86
38	Calmado en momentos tensos	4	44	2	20	5	38
43	Interesado en problemas del país	8	80	7	64	7	50

* Padres de los dos tipos de niños agrupados.
** Porcentaje de respuestas "con frecuencia" y "siempre" agrupados.

El Cuadro 11 presenta la cantidad y los porcentajes de las respuestas a los ítems de la subescala de planificación del ICN. En 8 de los 9 ítems, los niños del grupo de los desaparecidos presentaron un porcentaje mayor de acuerdo que el grupo de los asesinados. Ambos grupos brindaron índices bajos de acuerdo con los ítems relacionados con la habilidad de resolver

problemas con facilidad, y de recuperarse rápidamente después de un incidente estresante. Aunque hubo mucha variabilidad en las respuestas que los miembros de ambos grupos brindaron a los diferentes ítems, un patrón que emergió con claridad fue una vulnerabilidad presente en todos los niños hacia el desorganizarse o inmovilizarse con facilidad ante situaciones estresantes.

Cuadro No. 12

Medias Prorrateadas y Desviaciones Standard de las Subescalas ICN y LREP

Escalas	Pruebas T para Grupos Independientes									
	Desap	DT	Ases	DT	p	DyA	DT	Padres	DT	p
ICN depresion pro	14.1	4.8	15.2	5.7	.31	15.0	5.1	17.9	5.7	.08
ICN ansiedad pro	7.9	3.9	9.6	3.1	.13	9.0	3.6	9.5	4.1	.38
ICN agresión pro	9.8	4.6	9.5	4.4	.44	8.9	4.7	10.1	5.0	.26
ICN sociabilidad pro	21.0	5.5	22.2	3.5	.28	22.2	4.7	24.4	5.2	.12
ICN planifación pro	18.0	4.4	14.8	3.9	.04	16.2	4.4	19.9	3.7	.01
LREP prorrateada	7.5	3.0	8.1	2.1	.32	7.9	2.4	8.6	2.4	.22

"DyA": hijos de desaparecidos y asesinados agrupados.
"Padres": padres de ambos grupos de niños agrupados.

El Cuadro 12 compara las medias y desviaciones típicas y los rangos promedios de las subescalas del ICN y de la escala LREP prorrateados para los dos grupos de niños y para todos los niños agrupados juntos, así como de todos los padres en forma agrupada. El grupo de los desaparecidos puntuó más alto en dos de las cinco subescala del ICN y el grupo de los asesinados puntuó más alto en las otras tres subescalas del ICN,

así como en la escala del LREP. Sin embargo, muchas de estas diferencias son pequeñas. Los padres, como grupo, otorgaron puntuaciones mayores sobre los niños de los que los niños mismos se asignaron.

Se realizaron pruebas de confiabilidad para las escalas del ICN y para la escala LREP para los niños de los dos grupos agrupados en uno solo, y para el grupo de los padres. Los coeficientes alfa fueron, en su mayoría, relativamente bajos: el alfa de los niños varió de .56 a .73 y el de los padres de .56 a .80.

Tomando en consideración el hecho del tiempo transcurrido desde la pérdida era muy diferente para los dos grupos de niños -nueve años para los desaparecidos y alrededor de cuatro años para los asesinados- se planteó que el mayor período de tiempo le habría brindado a los hijos de los desaparecidos mayores oportunidades para reconstruir una vida "normal". Por lo tanto, se formuló la hipótesis de que los hijos de los desaparecidos reportarían menos trastornos y síntomas que los hijos de los asesinados. Aunque las puntuaciones promedio prorrateadas del grupo de los desaparecidos fueron menores que los del grupo asesinado en la escala LREP y las subescalas de depresión y de ansiedad del ICN, las diferencias no fueron significativas, con lo que se rechazaron la hipótesis número 2.

D. Escala MOA

Los hijos de los desaparecidos, como grupo, presentaron imágenes de menor adaptación, y más malevolencia en las relaciones planteadas que los hijos del grupo de los asesinados, en la escala MOA del Rorschach. El grupo de los desaparecidos obtuvo puntuaciones significativamente mayores (Media=3.46, DS=1.09) a los del grupo de los asesinados (Media=2.73, DS=.80, p=.04) en la prueba t para grupos independientes. Se había hipotetizado que los hijos de los desaparecidos, debido a que no tenían un conocimiento claro sobre lo sucedido a su padre, mostrarían una mayor malevolencia en sus representaciones objetales en comparación con los hijos de los asesinados, lo que

se plasmaría en puntuaciones más elevadas en la escala MOA (hipótesis 3). Esta hipótesis fue confirmada.

Se realizaron pruebas estadísticas para analizar las diferencias en la escala MOA por género dentro del grupo de los desaparecidos, dentro del grupo de los asesinados, y entre todos los niños agrupados. Como subgrupo, las muchachas de cada uno de los grupos de niños y en el grupo total de niños tuvieron puntuaciones menores que los varones, pero estas diferencias no alcanzaron niveles significativos.

Capítulo V

Resultados cualitativos: patrones de respuesta

Se presenta a continuación un análisis cualitativo sobre los patrones de respuesta de los hijos de hondureños desaparecidos o asesinados. Estos niños comparten muchas respuestas al trauma de perder a uno de sus padres, pero manifiestan ciertas diferencias en función de la naturaleza de esta pérdida, y de otros factores. Estos factores incluyen:

1) las características culturales, socioeconómicas, estructurales y relacionales de la familia antes y después de la pérdida;
2) variables sobre los niños tales como edad, género, temperamento, personalidad y su desarrollo físico, social, afectivo, académico y cognoscitivo, así como su comprensión del concepto de la muerte y sus experiencias previas con pérdidas;
3) las características de la persona perdida y su relación con el niño;
4) la forma en que la familia ha enfrentado esta pérdida;
5) los cambios ambientales, sociales y personales que ocurrieron después de la pérdida; y

6) los cambios de lugar de residencia y de nivel de vida ocurridos después de la pérdida (Berlinsky y Biller, 1982; Rosenblatt, 1967).

Los sujetos del estudio eran muy heterogéneos en relación a los primeros cuatro factores mencionados anteriormente. Sin embargo, la experiencia común de la desaparición o el asesinato motivado políticamente condujo a la gran mayoría a sufrir grandes cambios ambientales, sociales, personales, de lugar residencia, y nivel de vida, cambios que fueron muy similares dentro de cada grupo. (El presente capítulo detalla muchas de estas diferencias y similitudes individuales, así como los patrones de respuesta intra e intergrupo).

Todos estos factores son de mucha importancia; sin embargo el enfoque principal de este análisis cualitativo consiste en explorar, desde una visión fenomenológica, la vivencia que los niños tenían de sí mismos y su medio. Este capítulo incluye citas directas de los niños, describiendo sus sentimientos y sus realidades, así como sus emociones, las defensas que emplean, y los trastornos que sienten en su desarrollo y crecimiento.

Temas más frecuentes

Los temas sobre los cuales los niños hablaban más eran la pérdida de su padre o madre (un tema que la investigación les obligaba a recordar), preocupaciones sobre la integridad de su familia, su situación económica, y su futuro en el plano educativo y profesional o laboral.

A. Temas económicos y sobre la pobreza

Esta muchacha está muy triste porqué no sabe ningún oficio ni nada, ni nada, entonces ella no sabe de donde comer. (¿Futuro?) No sé. (Inventa algo). Yo digo que así cómo está de grande que va a trabajar, a buscar un trabajo de barrero de que

sea pues, para ganarse la comida, o a pedir también (Felipe[1], papá desaparecido, respuesta a la lámina 8NM del TAT).

De noche duermen en petate, y cuando es invierno ellos sienten mucho frío porque duermen sobre el piso en petate y sólo con una cobija y la mamá hace un poco de tortillas para cuatro niños y compra un huevo y lo parte en rodajas y saca cinco, uno para cada uno y para ella y empiezan a comer. (¿Piensa y siente?). Que ellos no comen muy bien. Les duele el pie de caminar en pie y necesitan otro hogar para vivir mejor y más tranquilos (Leda, papá desaparecido, respuesta a la lámina 13V del TAT).

Siempre andaba preocupado, la oía a mi mamá decir, ¿donde voy a encontrar comida?... Nadie nos ayudó, y daba pena pedir comida o dinero (Julio, papá asesinado).

El tema de la inseguridad económica o de las privaciones era primordial para muchos de estos niños: incluía aspectos como la pobreza, miseria, pérdida de la seguridad económica, y las luchas por cubrir las necesidades básicas. Estas inseguridades y privaciones se evidenciaban en sus dibujos, en sus historias del TAT, y en los relatos que hacían sobre sus vidas, sus sueños y preocupaciones. Honduras es un país muy pobre, y casi todas las familias entrevistadas perdieron a su principal proveedor de ingresos. Además de esto, la búsqueda infructuosa de su ser querido acarreó muchos gastos económicos, y en el caso de los familiares de los asesinados, los costos del funeral y del entierro fueron una carga muy pesada. Sin embargo, casi ninguna de estas familias recibió algún tipo de ayuda económica, o algún beneficio o compensación, como el pago de un seguro de vida o pensión, que sirviera para cubrir estos gastos.

Los trastornos económicos han sido muy marcados en estas familias, y particularmente en aquellas en que la madre fue despedida de su trabajo debido a las implicaciones políticas de

1. Para mantener la confidencialidad de los informantes, a todos los niños se le han puesto seudónimos.

la desaparición o asesinato de su compañero. En algunos casos, las familias pasaron épocas en las que no tenían nada que comer, o en las que tuvieron que mendigar por la comida. Algunas familias que habían sido de clase media se reubicaron en barrios marginados, y las madres aceptaron trabajar como sirvientas o aseadoras. Con frecuencia, las madres que anteriormente habían sido amas de casa, o que habían trabajado a medio tiempo, se convirtieron en la única fuente de ingresos, debiendo aceptar trabajos con jornadas dobles. Una de las madres tuvo que irse al extranjero a trabajar, y ha estado separada de sus hijos desde entonces.

Por lo menos cuatro de los seis niños del estudio que en la actualidad no asisten a la escuela se retiraron por falta de dinero. Muchos de los niños que habían planificado el terminar la secundaria e inclusive asistir a la universidad han tenido que limitar sus expectativas y se han dedicado a capacitarse en carreras técnicas o en una habilidad manual, o están pensando en hacerlo. Son varias las familias que han logrado recuperar el status económico que tenían anterior a la pérdida, pero aún éstas no han logrado alcanzar la seguridad económica que podrían haber alcanzado a estas fechas si no hubieran sufrido esta ausencia. Son pocos los casos en que la familia se encuentra mejor económicamente, y en estos casos se debe a que la madre se ha vuelto a casar.

B. El futuro laboral o profesional

(¿Tres deseos?) "Mi deseo es seguir adelante"... "Terminar mis estudios"... "Tener más oportunidades de prepararme para un futuro mejor"... "Aprender un oficio y ayudar a mi mamá que trabaja tanto por nosotros"... "Ir al extranjero y tener la oportunidad de estudiar"... "Ir a los Estados, así puedo aprender un oficio y trabajar"... "Ser ingeniero eléctrico"... "Conseguir un trabajo"... "Terminar mis estudios y ser mecánico eléctrico" (respuestas de distintos niños a pregunta acerca de sus deseos).

Casi todos los niñes entrevistados tenían grandes preocupaciones sobre la obligación de estudiar, de crecer y de asumir la responsabilidad de trabajar o tener una profesión. Las citas presentadas anteriormente, así como las referencias repetidas a estos temas durante el resto de las entrevistas, son evidencia de estas preocupaciones. Esto se manifestó en los niños de todas las edades, desde los prepúberes hasta los adultos jóvenes.

Como resultado de la pérdida de su padre, y del principal proveedor económico, estos niños se enfrentaron repentinamente a preocupaciones y responsabilidades que no correspondían por mucho a sus capacidades evolutivas o maduracionales. Muchos de ellos, particularmente los mayores, asumieron un rol parental en sus familias. Esta conciencia sobre las responsabilidades del adulto, y sobre la presión que existe de crecer y convertirse en personas económicamente productivas aparece como elementos de una concepción sobre la vida como una lucha constante por sobrevivir en los planos económicos, físicos y emocionales. Esto es probablemente, también una preocupación de la mayoría de los hondureños, y de los demás centroamericanos, pero la pérdida sufrida por los hijos y las familias de los asesinados y de los desaparecidos indudablemente agudiza estas preocupaciones.

Temas emocionales

Algunas de las emociones más importantes con las que muchos de estos jóvenes batallan como resultado de su experiencia son una sensación muy poderosa de pérdida, un miedo constante y muy penetrante, sentimientos de impotencia, de desilusión y desmoralización sobre los demás y sobre el mundo en general, sentimientos de abandono y de autocondena, sentimientos muy fuertes y perturbadores de rencor (los cuales son negados en muchas ocasiones, para después ser expresados en formas pasivo- agresivas) y de amargura, con deseos profundos de venganza.

Acompañando a estas emociones negativas se encontraban el amor y la preocupación por sus familias, un intenso anhelo por el regreso de su familiar, y el deseo de ser protegido y de recibir cuidados.

A. El sentido de la pérdida

> (¿Tres deseos?) El de mi papá en primer lugar, segundo lugar quisiera ser feliz, y vivir bien. (¿Y ahora eres feliz?) No. (¿Qué hace que no seas feliz?) La falta de mi padre, es algo bien, bien grande lo que me hace falta. Yo a veces digo, si mi papá estuviera no pasara esto, no pasara lo otro o tal vez viviéramos mejor porque estaríamos con él. O cuando saco mal en algún examen digo, si mi papá estuviera mi papá hiciera algo por esto o me explicaría algo, algo así, pienso bastante en él. (¿Tristeza?) Me sale bastante del corazón y esa tristeza es que me hace falta mi papá bastante (Diana, papá desaparecido).
>
> Hay noches que sueño con él, que llega a la casa pero siempre es de luna llena, o sea, él llega a la casa alegre con unas maletas, se baja de un taxi y entra a la casa y yo a veces en el sueño, yo sé que mi papá está muerto en el sueño pero al verlo a él yo me emociono, al estar emocionado que él está vivo, a veces de repente se va, desaparece del sueño (¿Y cómo quedas tu?) A veces él se va y yo quedo dando vueltas a ver si lo encuentro, pero él ya se ha ido y otra vez quedo igual (Francisco, papá asesinado).

Fue común para casi todos los niños entrevistados un sentimiento muy profundo y doloroso de pérdida. La única excepción que se encontró fue el caso de un niño cuyo padre se había separado de la familia con anterioridad a su desaparición, y que había tenido muy poco contacto con ellos. Unos pocos niños utilizaron la estrategia defensiva de negar todos sus pensamientos y sentimientos de vulnerabilidad. (Esto se analiza más adelante en la sección sobre defensas o estilos de manejo).

Durante las entrevistas, los niños lloraban frecuentemente o se ponían muy tristes cuando se les preguntaba por su padre, y sobre el impacto que ésta pérdida había tenido en sus vidas. Varios de ellos evidenciaban un estado de tristeza ya incorporada a su personalidad y subyacente a todo, o hacían referencia a un "espacio vacío", a veces más y a veces menos percibido, pero siempre presente de alguna manera.

B. Preocupaciones sobre la desintegración de la familia

> "Ser una familia como éramos antes, unida"... "Nuestra familia toda junta de vuelta"... "Que mi familia viva para siempre"... "Que mi mamá y papá estén en casa todo el día, cuidándonos"... "Estar bien con mi familia y nunca estar separados"..."Siempre tener a mi mamá, mi papá, mi familia cerca" (deseos de distintos niños).
>
> Que mi familia aquí en mi casa jamás se vaya, jamás se murieran, que siempre estuvieran presentes (Francisco, papá asesinado).
>
> Que mi abuela viva para siempre o casi, que toda mi familia se mantenga junta y estén contentos (Carmela, mamá asesinada).
>
> Una niña... Se siente triste porque su familia está separada, su papá no está ahí (Ana, papá desaparecido, respuesta a la lámina 8NM del TAT).

La pérdida violenta y repentina de su padre o madre debilitó la integridad de estas familias: una de sus dos figuras centrales estaba ausente, y la madre tenía que ausentarse del hogar durante muchas horas para poder cubrir los gastos. La familia sufría tremendamente por la pérdida traumática, por los cambios subsiguientes, y por los sentimientos que surgían de rabia, dolor y miedo. Como consecuencia, estos niños manifestaban en las entrevistas un deseo muy poderoso de permanecer unidos a sus familias, así como una inseguridad muy grande sobre la posibilidad de que se les separara de ellos, y un temor

muy marcado de que otros miembros sufrieran el mismo destino que el de su padre o madre.

Adicionalmente, cada nueva pérdida, fuera real o potencial, era interpretable a través de la primera experiencia, y era agregada a una "montaña de pérdidas" y de dolor que crecía en tamaño. Una niña relató con una obsesión muy marcada por el detalle la pérdida de varios miembros de su familia: su padre, un tío, un primo que todavía era un bebé cuando falleció. En su descripción, todos estos eventos aparecían como interconectados y los hechos diarios de la vida se convertían en señales de una muerte o pérdida inminente: una ventana que se abría repentinamente, acompañado por el vuelo de una mariposa adentro de la casa; o una amistad cortada abruptamente, la tos de su abuela, los diseños de las nubes, el cambio a otro grado escolar, todos eran señales de que ocurriría alguna desgracia.

C. El sentido de pérdidas y de dificultades

Para la mayoría de estos niños, los sentimientos de pérdida relacionados con su padre o madre no se podían diferenciar totalmente de otras pérdidas, temores y dificultades que formaban parte de su vida: El padre de Roberto desapareció cuando él era muy pequeño, no tiene ningún recuerdo en su memoria sobre él. Sin embargo, creció en un ambiente totalmente influenciado por este hecho. Su familia buscó durante muchos años a su padre, y en el proceso, su madre y su abuela se convirtieron en activistas en el campo de los derechos humanos; su familia ha recibido amenazas de muerte en muchas ocasiones; su tío, influenciado por el hecho de la desaparición de su hermano, también se convirtió en un activista y, poco antes de la entrevista, había sido asesinado. Mientras Roberto relataba su vida, lloraba por su padre y su tío, planteaba su preocupación que su abuela, su madre y sus tías también fueran asesinadas, mostraba ansiedad en relación a temas económicos y sobre su futuro profesional, y admitía al final que añoraba y extrañaba a su

padre desconocido, y que un sentimiento de tristeza le embargaba.

Teniendo la certeza de que estaba en peligro, y queriendo ayudar por lo menos a algunos de sus hijos, el padre de Liliana hizo arreglos para que su hermana mayor y ella salieran al extranjero a estudiar. Liliana tenía diez años en esa época. Poco después de su partida, su padre desapareció. La familia quedó en terribles apuros económicos y aún en la actualidad se encuentra en una situación deplorable. Las niñas permanecieron fuera por ocho años, y regresaron recientemente. La familia, conformada por la madre, Liliana, y sus tres hermanos, se encuentra dispersa a través del país, y todavía sueña con poder reunificarse, algo que por los momentos no es económicamente posible. En contraste con el relato de Roberto, que está lleno de dolor, Liliana cuenta su vida sin mostrar emoción, y con un tono desconcertante de apatía.

Laura tenía doce años cuando enfrente de ella hombres vestidos con uniformes de policía se llevaron a su padre. Estaba sola en su casa, seis días después, cuidando a sus hermanas menores, cuando lo trajeron de vuelta todo golpeado y deformado, y evidenciando muchas huellas de tortura. Los hombres que estaban con él lo desfilaron dentro de la casa y después se lo llevaron rápidamente, arrastrándolo. De nuevo estaba sola cuando un periodista llegó al día siguiente con la noticia, y con una fotografía como prueba, de que su padre había recibido más torturas y que lo habían llevado después a un hospital, pero que esta mañana lo habían sacado del hospital a la fuerza y que su cuerpo asesinado se había encontrado poco después.

Pocos meses después, Laura empezó a sufrir de ataques epilépticos severos, muy difíciles de controlar, que ponían su vida en peligro, por lo que tuvo que ser hospitalizada varias veces. Una de sus dos hermanas menores había reprobado sus materias, y estaba repitiendo el primer grado por tercera vez. El taller de sastrería de su padre se cerró y su madre se vio obligada a trabajar como conserje. En su primer empleo, la madre fue violada por su jefe. Los raquíticos ingresos de la madre son

insuficientes para mantener a su familia, y las niñas han perdido clases en varias oportunidades porque no tenían dinero para el transporte, para zapatos o para los útiles escolares. Laura tenía quince años cuando se le entrevistó, y relató sus vivencias con mucha elocuencia. Esto se contrastó mucho con la descripción tan pueril e infantil que brindó sobre su vida actual y sobre sus intereses (ver Figuras 5 y 7, que son sus dibujos de la figura humana, en el que dibuja a un hombre, su padre, mostrándolo todo golpeado; la mujer, su madre de 35 años de edad, aparece como una muñeca pequeña). Estos tres ejemplos nos transmiten un sentido generalizado de pérdida y de las dificultades características de la mayoría de los relatos y de las vidas de estos niños, y nos señalan el costo psicológico de estas experiencias.

D. Miedo, desconfianza y rabia

> Esto de ser familiar de un desaparecido es lo más difícil que hay porque siempre hay cierto grado de temor a todas las personas, no se le confía todo, mientras ser un muchacho que no tiene ningún problema, uno anda tranquilo en la calle. Siendo hijo de un desaparecido uno piensa que en cualquier momento pasará un carro polarizado y se bajarán uno, dos, tres hombres y lo meten al carro y se lo llevan, ese es el miedo de un familiar de un desaparecido... En la colonia hay ciertos compañeros que son del DIN y no les demuestro miedo, porque si sí me andarían molestando, se llevan bien conmigo, pero no les doy toda la confianza porque sé que tipo de personas son... El temor es que van a decir, ese es un hijo de un desaparecido y que digan hay que desaparecerlo también (Carlos, papá desaparecido).
>
> Como escarabajo... Aquí tiene antena y acá tiene las cosas con que agarran, no más que lo habían golpeado [se ríe], estaba un poco golpeado porque le arruinaron las alas. (¿Quién?) No, como la lluvia o las hormigas, ya lo habían atacado aquí (Fernando, papá asesinado, respuesta a la lámina I del Rorschach).

> También como la piel de... Un ratón cuando esta muerto, cuando le pasa un bus... (?) Esta sería la sangre de la cabeza destripada (Juan, papá desaparecido, respuesta a la lámina II del Rorschach).
>
> Veo un hombre que va ahí en el medio... Dos ángeles del mal, que lo están llevando al cielo, la verdad es que él está peleando por no irse... Pienso que también podría ser una lucha entre dos aves, y como que sangran de su lucha, pienso que no sé, se puede ver de momento tantas, como una tormenta a punto de caer. (?) La forma de las nubes, se pone casi oscuro (Fabio, papá desaparecido, respuesta a la lámina I del Rorschach).

La mayoría, o muchos de los niños revelan temores constantes de que algún daño les ocurra a ellos o a sus familias, y presentan una visión del mundo como un lugar muy amenazante. Estas imágenes, pensamientos y sentimientos, que son particularmente evidentes en sus respuestas a las láminas del Rorschach, se entremezclan con sentimientos de desconfianza y rencor:

> "Me enojo demasiado rápido, sin razón, antes no era así"... "En seguida me enfogono, a veces cualquier cosa me molesta"... "Me da mucho coraje, la cara se me contorsiona toda" (respuestas de distintos niños).
>
> Hay algunas personas que me preguntan y se ponen a reír, como se desapareció tu papi, entonces mejor no sigo hablando de eso. (¿Hay gente que se ríe al saber que tu papa se desapareció?) No, ni una, pero me imagino que alguna... Me preocupo que van... (¿Entonces te preocupas que van a reaccionar así?) Sí (Leda, papá desaparecido).

La mayoría de los niños admiten que tienen dificultades en controlar sus impulsos de agresividad, y se culpan por enojarse con demasiada facilidad, por perder la cabeza, y por estar muy inclinados a interpretar equivocadamente los sentimientos y las

intenciones de las demás personas, en particular cuando se relacionan con la pérdida que han sufrido. Al mismo tiempo, muchos intentan negar su rencor, y lo expresan de forma pasivo agresiva:

Se llama Belkys, tiene 18, se acaba de salir de bañar [se ríe]... Que es bonita, nada, no, es solamente una amiga, la conozco del colegio... Está contenta, es tranquila (Bernardo, papá desaparecido, describiendo su dibujo femenino —Figura 1— mostrando una mujer de apariencia muy agresiva, pero físicamente incompleta, y nada atractiva).

E. Amargura, desilusión y venganza

Muchos de estos niños luchan también con sentimientos de amargura, desengaño, impotencia e infelicidad:

Soy bien encerrado en mi mismo, no me gusta, me pone molesto que me pregunten acerca de mi papá, lo siento como una imposición, como insincero, como una hipocresía... La vida es ingrata, la felicidad para mi es una palabra, el día que me gradúe será un buen día, lo celebraré, pero el día siguiente ya será igual... Tengo pocos amigos, soy resentido, solo, nervioso... (Fabio, papá desaparecido).

Y cuando el padre regresó a la casa regresó igual que siempre, que jamás haya conseguido trabajo, entonces la vida de ellos siguió siendo igual, no cambió para nada (respuesta a la lámina 13V del TAT)

...En el futuro siempre los ricos van a dominar a los pobres, los pobres sienten tristeza, sufren, sienten cansancio y piensan en el futuro de sus hijos que no quieren que sea igual al que tienen ellos (respuesta a la lámina 2 del TAT).

...Pueden ser grandes malvados... Que mandan a asesinar a otras personas, sin pensar, sin tocarse la conciencia en que va a hacer sus familias... Creo que ahí es alguien que le están metiendo un puñal y [él mira] con una risa sarcástica, ha

mandado a otras personas a hacer su trabajo... El que anda bien vestido sólo piensa en lo que va a hacer, que sólo a él le va a salir provecho (Francisco, papá asesinado, respuesta a la lámina 8VH del TAT).

Detesto a los soldados, los odio, no puedo estar cerca de ellos, los detesto (Andrea, papá desaparecido).

Le miro la expresión de dolor, la cara así como de dolor y no sé, por ahí él está recordando de eso, como que lo vio... (¿Siente?) Tal vez más o menos como rencor... Este muchacho va a convertirse en soldado, algo así y que siempre va a vivir con ese rencor (Julio, papá asesinado, respuesta a la lámina 8VH del TAT).

Los asesinatos y las desapariciones nunca fueron reconocidos totalmente por el gobierno de Honduras; para la fecha de las entrevistas nadie había sido enjuiciado por cometer estos actos criminales. La negativa del gobierno de aceptar su responsabilidad ha dado origen a deseos muy intensos de venganza y de castigo para los autores de estos crímenes:

En el futuro esta persona pueda pagarlo igual como él a mandado a hacer daño a otras personas, puede ser que él termine igual (Francisco, papá asesinado, respuesta a la lámina 8VH del TAT).

No es justo, mi papá murió de esta manera y el crimen sigue sin castigarse, eso es lo que duele más, nadie sabe quién lo hizo, y no es que dolería menos, pero el saber que quién lo hizo pague por su crimen, que el que lo hizo pague, que pague por lo que hizo, y entonces quizá se arrepienta... Si no siguen sin castigo, contentos, libres, nadie sabe quienes son, ahí en la calle, mientras los hijos sufren (Andrea, papá desaparecido).

"Deseo que las personas que son bien malas que paguen por lo que han hecho" (Francisco, papá asesinado). "Las familias quieren saber quienes son los culpables, que ellos paguen por lo que han hecho. (¿Piensas mucho en esto?) Sí, por supuesto, porque solamente viví con mi papá cuatro años, solamente cuatro años [llora]" (Carlos, papá desaparecido).

F. El sentido de la soledad, el abandono y el rechazo

Esta figura... Parece consumida por... Una soledad que la atrapa, de la cuál se quiere liberar, ese miedo. La siento sola sin nadie, ella quiere salir adelante y no quedarse en su tristeza y dolor. (¿Antes?) En su rostro uno siente desilusión, una tragedia... Lo peor que le puede pasar a una persona es ser ignorada, ser traicionada por sus amigos, porque a veces eso pasa (Andrea, papá desaparecido).

Esta persona está parada... Posiblemente mirando a los lados, creo que está pensando... Que no tiene dinero y está pensando cómo va a hacer para poder comer (Gabriela, papá desaparecido, describiendo Figura 2, con su figura masculina empobrecida y desolada, con brazos extendidos y sin manos).

Mi papá tenía muchos amigos cuando él estaba vivo, pero cuando murió después nadie nos venía a visitar, nadie se preocupaba por lo que les pasaba a los hijos de él, y nosotros necesitábamos muchas cosas y más que mi mamá perdió el trabajo y hasta a veces ni teníamos que comer, y nadie se preocupaba de eso (¿Porqué) Tal vez tenían miedo, vas a ver, yo creo que por una persona que me ha ayudado a mi, yo le tengo que responder... Y la gente no le ayuda a uno en nada, nadie le ayuda, todos lo abandonaron (Fernando, papá asesinado).

El sentido de abandono y de rechazo que es común a muchos de estos niños parece tener, en forma general, dos fuentes diferentes. Las fuentes externas incluyen las respuestas de rechazo y antagonismo del gobierno hondureño; la hostilidad, el miedo y la negación que les transmiten muchas de las instituciones sociales y culturales, así como posibles empleadores o contratadores de los familiares; y con demasiada frecuencia, la falta de un apoyo emocional o material de parte de los amigos, los demás familiares, los conocidos y los vecinos. La otra fuente es interna: incluye los sentimientos de soledad, abandono y rechazo que son el resultado de perder a un padre muy necesario y muy querido.

G. Anhelos

La mayoría de los niños expresan un anhelo muy profundo por (y una idealización de) su padre perdido:

Sí, yo siempre, siempre pienso en él. Siempre rezo por él, nunca pienso en que está muerto, siempre que él está vivo... Todas mis compañeras del colegio hablan de sus papás, siempre me hace falta la presencia de mi padre. Aunque mi mamá está con nosotros, siempre me hace falta su presencia (Ana, papá desaparecido).

Me imagino que él viene y yo salgo corriendo a abrazarlo... Me pongo a pensar, si él estuviera y me quedo así un rato y yo pienso que él viene y yo corro a él... Quisiera que mi papá estuviera vivo, quisiera que estuviera vivo (José, papá asesinado).

Al principio dolió tremendamente, o sea, perder a un papá no es como perder un gato o un perro, es tu papá que pierdes, una parte de tu vida, dentro de uno, que te deja así nomás porque alguien no lo quería, quería matarlo... Me hace falta, lo necesito tanto... Si podría tenerlo a mi papá de vuelta, sería como devolverme la vida (Andrea, papá desaparecido).

Yo siento envidia de mis amigos porque ellos tienen a su papá y a veces yo los veo que van los dos platicando y me hubiera gustado mucho eso (Francisco, padre asesinado).

Defensas o estilos de manejo

Los niños y los jóvenes del estudio utilizaron principalmente tres tipos de estrategias defensivas o de manejo. Para muchos, parece haberse producido una constricción o un cierre parcial de la personalidad, con una enorme cantidad de energía dedicada hacia no sentir. En otros, se notó lo que podría denominarse como una personalidad porosa, con una deficiencia en su habilidad para limitar la cantidad de estimulación recibida. Estos dos patrones son utilizados en forma intercambiable por

estos niños frecuentemente, en algún grado. Estas respuestas son consistentes con los patrones opuestos reportados por diferentes autores, incluyendo Lifton (1988) con patrones de "sentir y no sentir", Horowitz (1993), de negación e intrusión, y de Van der Kolk y Ducey (1989), sobre un procesamiento bifásico cognitivo de la experiencia traumática consistente en una insensibilidad afectiva rígidamente defendida versus un revivir la experiencia en forma abrumadora e intrusiva, el cual también está descrito en los estudios sobre el trauma y el Síndrome Postraumático (véase el Capítulo II). Por último, algunos de estos niños tienen un estilo defensivo más flexible; sin embargo, todos demuestran alguna tendencia hacia la negación, o una inhabilidad para distanciarse, o ambos. Esto se debe en parte, indudablemente, a la naturaleza abrumadora de su pérdida y a las circunstancias traumatizantes que rodearon y que se sucedieron después de dicha pérdida.

A. Constricción de la personalidad

Casi todos los niños presentaron indicios de alguna constricción en su personalidad. La mayoría eran muy cautelosos, distantes y desconfiados, con una capacidad fluctuante para ser mas abiertos y confiados en una manera muy selectiva. Esta constricción se puede evidenciar en todos los protocolos; sin embargo, es interesante el observarlo en sus dibujos, especialmente en los de casas. Figuras 8 hasta 15 muestran algunas de las casas dibujadas por los niños. Sin excepción, todos tienen puertas y ventanas cerradas, algunos no tienen ventanas, y la mayoría transmiten un ambiente de soledad. La mayoría no tienen un camino que llegue a la puerta; y la mayoría de los caminos dibujados tienen un tono amenazante o repelente. Un reducido número de las casas (en particular Figura 8) tienen la apariencia de ser rostros con ojos que están observando todo.

Las casas varían: algunas carecen totalmente de adornos; algunas tienen techos oscuros o remarcados; algunas tienen paredes de tamaño exagerado que quedan totalmente fuera de

proporción con el resto de la casa; algunas tienen una apariencia de mucha pobreza; y algunas tienen salientes puntiagudas y muy agresivas (por ejemplo, Figuras 12 y 13). Figura 9 tiene un cerco muy grueso de alambre de púas con una puerta de metal reforzado; este cerco, sin embargo, queda demasiado lejos de la casa como para ofrecerle protección. La mayoría comparte una cualidad de ser aisladas, frías y totalmente cerradas. Cuando las casas se dibujan como parte de una vista mas grande, con otros detalles, este ambiente que lo rodea usualmente tiene más vida que la misma casa. Figuras 3 y 4 son ejemplos de dibujos de la figura humana en que las personas son presentadas como cerradas al mundo exterior, y con una alta constricción.

Los niños utilizan estrategias muy variadas para distanciarse de sus mundos internos y externos. Aunque son muchos los protocolos del Rorschach que presentan imágenes violentas o llenas de conflicto, o una combinación de muchos tipos de percepciones, varios no presentan ninguna respuesta de estos tipos de imágenes, oponiéndose o resultando incapaz de involucrarse en la tarea, y respondiendo en cambio de forma banal, con respuestas muy concretas o simples. En contraste con esto, muchos de los demás niños intentaron mantener un sentido de distancia y de seguridad a través de historias relatadas con una atención obsesiva a los detalles, y con explicaciones o con respuestas al Rorschach de perceptos fragmentados. Algunos se consideran a sí mismos como observadores no involucrados, y no como participantes activos en su realidad:

> Pongámosle María, tiene unos 20 años, está como tomándole una foto... Se pone de lado (¿Siente y piensa?) Cómo va a salir (descripción de su dibujo de una mujer).
>
> ... Digamos que ella... mira alguna pintura, ya que sería esta y ella se queda viéndola ahí... sí, va pasando y la mira y se queda ahí viéndola ahí. (¿Cómo termina?) No, digamos ella se quedó ahí viéndola un rato y después ya se fue para la casa de ella. (¿Piensa y siente?) Cómo debería haber sido la vida de

ella siendo ella esas personas (respuesta a la lámina 2 del TAT).

... Digamos como algún abogado que investigaba alguna muerte (Carmen, padre asesinado, respuesta a la lámina 8VH del TAT).

Son unos pocos, no muchos, los que niegan totalmente el estar afectados por la pérdida de su padre:

Me considero como un niño normal, lo único que no tengo papá, hay personas que se les muere el padre y quedan así, como que no hablan, o sea, tengo amigos en el colegio que no tienen papá también, que [sus mamás] están divorciadas, lo único que es distinto es que mi papá no tiene tumba para ir a dejarle flores...

... Nunca me siento triste... O sea, cuando me gustan [muchachas] me gusta todo, y ya cuando no me gustan [muestra con las manos] corto, o sea las dejo (Bernardo, padre desaparecido; tenía ocho años en esa época, iba en el bus y vio por la ventana cuando los militares registraban el automóvil de su padre; esta fue lo último que se supo de él).

B. Forma intrusiva de revivir el evento y la inhabilidad para desprenderse

¿Cómo que están pensando?... Lo que pasó antes... Bueno, fue que mataron a mi padre. (Inventa un cuento) Aquí miro a un niño como que está en la puerta, lo miro triste... Le pasó algo. (Inventa) Que le mataron al papá o que murió...

O que está viendo que quedó solo, no sabe como pasar su vida... (respuesta a la lámina 13V del TAT).

... Están tristes, las dos mujeres, aquí las miro como que van, que van caminando y miro a este hombre en medio, como que está pensando que le va a pasar algo... Creo que le va a pasar mal... Lo miro triste como que lo van a, lo van a matar... (¿Futuro?) Bueno, que ellas van a quedar afligidas, pero ya después otros las van a ayudar (respuesta a la lámina 2 del TAT).

... Miro a este niño, un muchacho, lo miro triste, que vienen dos hombres a matarle al papá (respuesta a la lámina 8VH del TAT).

... Esta mujer está pensando como que le pasa algo al papá de ella, pues al hombre de ella o sería hijo... Un día que se golpeó o que lo mataron... (¿Futuro?) Que va a quedar sola ella, pues se fue el hombre de ella, que va a quedar así trabajando con los hijos (Nora, papá asesinado, respuesta a la lámina 8NM del TAT).

Digamos que ella tenía una familia, una familia con su esposo, sus hijos, entonces ella, bueno el esposo era como una persona que estaba así en la política entonces ella le decía a su esposo de que no siga en eso, verdad, entonces hubo un día, bueno era un poco así huelga, el esposo de ella era uno como uno de los jefes, entonces cuando él terminó como esa que era como huelga, él iba así camino a su casa y así de repente lo mataron, verdad, entonces digo yo, que ella al verse, al verse sola, al verse sola y triste que quedó con sus hijos, tal vez ella no halla que hacer y tal vez está pensando que será de ella después verdad, al ver que no tiene su esposo o como va a hacer para darle de comer a sus hijos, eso (Gabriela, papá asesinado, respuesta a la lámina 8NM del TAT; su historia es idéntica al asesinato de su padre).

Muchos de los niños luchan con imágenes intrusas y con una inhabilidad de distanciarse de sus recuerdos y sentimientos traumáticos. Esto se comprueba más en los niños que habían perdido recientemente a su padre, en la mayoría niños con un padre asesinado. Los niños cuyo padre o madre fue desaparecida o asesinada hacía ya varios años relataban que habían experimentado anteriormente estas imágenes y estos recuerdos tan traumatizantes, pero que en la actualidad esto les ocurría menos. A pesar de esto, la mayoría de los niños que se entrevistaron manifestaron pasar por épocas cambiantes de "a veces sentir demasiado, a veces no sentir nada" (Diana, con padre desaparecido).

C. Pérdida de espontaneidad

En combinación con un estilo defensivo rígido, muchos de estos niños carecen de espontaneidad: su postura es de aprehensión y de hipervigilancia. Varios de ellos carecen completamente de la espontaneidad de la niñez; nunca se sienten libres de preocupaciones. Se preocupan por las cosas pequeñas y las grandes. El vivir para ellos requiere el tener mucho cuidado donde pisan, siempre evitando tropezar con las menores inconveniencias o señales de peligro. La mayoría logra, sin embargo, escapar por ratos a este estado de preocupación y de agobio a través de los deportes, especialmente el fútbol, y a través de escuchar música o jugar con los amigos.

Sentido desestructurado del SELF

Horowitz (1993) describió las fases de completar y de superar los síndromes de respuesta al estrés. Pero, por lo menos en el caso de los niños o los jóvenes que experimentan estas pérdidas tan traumáticas en una etapa tan temprana de sus vidas, no puede darse una superación total al síndrome; sus personalidades sufren de distorsiones permanentes.

En adición a esto, muchos de estos jóvenes poseen una capacidad reducida para modular sus afectos, así como una estructura defensiva rígida. Carecen de un concepto bien integrado de sí mismos, así como una comprensión de los demás. Llevan dentro de sí mismos un sentido muy marcado y permanente de ser diferentes, y de estar dañados, así como de padecer de un dolor psíquico. Este sentido desestructurado y el deteriorado concepto de sí mismo incluye distintos y variados aspectos, que se presentan en los apartados siguientes.

A. El Self Privado o Secreto

Muchos de los niños describen un self privado o secreto en el que se ubican los pensamientos y los sentimientos más

difíciles relacionados con sus experiencias. Este es un self que no es compartido con nadie, y constituye un depósito de afectos negativos, devaluados, dolorosos y vergonzosos, al igual que el sitio en donde esconden aquellos anhelos por lo que no existe ya y nunca más se puede tener.

No le cuento a nadie de mi tristeza, de lo que siento... Si me hablan yo hablo, de lo contrario... En el colegio no son muchas las compañeras que yo tengo... Hay días que yo me puedo acostar, digamos, hoy que yo me acueste bien, el día siguiente yo me puedo levantar así como enojada, pero a mi no me gusta que nadie me hable entonces a veces sólo quiero estar yo sola y yo sola... Me voy a esconder en el baño para estar sola (Gabriela, papá asesinado).

Hay más desconfianza, en el colegio mucha gente me pregunta como me llamo y no le digo mi nombre verdadero, les digo que me llamo Enrique, Javier, nunca les doy mi nombre verdadero, ni mi apellido. (Desconfianza por miedo a que te hagan daño, ¿pero también por pensar que no te van a entender?) Sí claro, hay mucha gente que por eso de verlo indefenso a uno, le quieren pegar, existe en las fuerzas armadas de este país, solo porque andan con uniforme militar, andan armados, creen que los civiles le tienen miedo, pero a mi me han enseñado que un civil vale más que un militar, yo me baso en eso siempre (Carlos, papá desaparecido).

Le hablo solamente a un amigo acerca de mi papá y los problemas de la familia. (¿Porqué?) No me gusta hablar (Roberto, papá desaparecido y tío asesinado).

Yo sueño que está a mi lado [llora]. (¿Muy triste te sientes?) [indica que sí] (¿Lo hablas con alguien?) No. (¿Ni con tu mamá, hermanas?) No. (¿Porqué no? ¿Piensas que tu mamá se sentiría peor si le cuentas como te sientes?) [indica que sí] (¿Te sientes triste?) [indica que sí] (Carmen, padre asesinado).

Desde que mi papa murió yo fui el único en la casa, yo siempre he sido reservado, pero ahora más todavía, a veces

me encierro en el cuarto, me pongo a ver fotos de él, me pongo a recordar, me pongo a llorar a veces, a veces digo yo, porque con llorar no hago nada, pero no puedo evitarlo. (¿Hablas con tu familia acerca de tu papá?) No. (¿Hablas con alguien?) No. (¿Te lo guardas todo?) Sí. (¿Porqué no lo hablas con nadie?) Como lo pienso y no me nace decírselo a otra persona, ni a mi mamá (Francisco, papá asesinado).

Este self secreto y privado se nutre de muchas fuentes, incluyendo la necesidad de contener los sentimientos sobre el padre desaparecido y no expresarlos ante la madre todavía presente, pretendiendo proteger y preservar al progenitor superviviente. Muchos parecen temer que sus pensamientos y sentimientos dolorosos y agresivos son demasiado intensos como para ser contenidos por este familiar aún presente. Esto conduce a que el progenitor aún presente no pueda cumplir con su papel de proteger y cuidar al niño, lo que aumenta los sentimientos de soledad, inseguridad y peligro del niño. Los pensamientos y sentimientos que el niño tiene de ser vulnerable se ocultan en una región aislada del self, y se convierten en inaceptables y temidos, a la vez que todavía preservan el anhelo tan preciado que el padre ausente regrese, así como el anhelo de recuperar un self integrado, sin sufrimiento ni daño, un self formado en relación con sus dos padres.

B. Sentido de Daño a su Self

Estos niños sienten que su pérdida traumática los ha dañado. Este sentido de daño se hace evidente de muchas maneras, incluyendo sus dibujos del árbol, el cual es generalmente un buen indicador de su percepción de sí mismo. Figuras 16 hasta 22 son árboles dibujados por estos niños, y en los mismos impresiona la cantidad de huecos dibujados (Figuras 16 y 17), las cicatrices y cortes que se presentan en los troncos (Figura 18), la presencia de ramas truncadas (Figura 19), lo tupido de las copas (Figura 20), y la sensación de extrañeza que producen los

árboles (21 y 22). Los dibujos de la figura humana 1, 2, 5, y 6 son ejemplos de dibujos de personas que aparecen desfiguradas o incompletas.

C. *"La lucha por sentirse parte del mundo, y no estar dominado por el miedo y la oscuridad"*

Para muchos de estos niños, la vida implica una lucha continua y muy activa entre la depresión, la desmoralización, el miedo y el rencor por un lado, y por otro un deseo de vivir y de disfrutar de la vida:

... Dos hombres... sosteniendo esto como un regalo con chonguito y todo... esto podría ser el tallo de una flor, sus pétalos y su flor, también puede ser que esto sea un abismo y como que ellos se están deteniendo así... Esos están así mirando para abajo, parece que fuera como un abismo, un precipicio, algo largo, y como que ellos tienen miedo y... Eso parece como dos animalitos que caen del cielo, con su colita, caen libremente, sin sostenerse, deseando caer (respuesta a la lámina III del Rorschach).

...Dos osos que se están escapando de algún fuego. Esto también puede ser un abismo, tratan de subir, o sea, se mira como el empeño de vivir, de no morir, están tratando de salvarse, también puede ser que están escalando para encontrar algo mejor, no estar solamente ahí consumidos en algo, sino subir, superarse, como subir a otro mundo nuevo, como que están escalando para encontrar algo mejor... Y aquí, dado vuelta, parece como que ellos están corriendo y esto es un fantasma, como que ellos se están escapando de esto, no se quieren dejar vencer... (Andrea, papá desaparecido, respuesta a la lámina VIII del Rorschach).

Este parece como un castillo en medio de la noche y un jardín, las manchas rojas parecen flores... Parece como si fueran las flores del jardín... El castillo es este espacio blanco... Con una cúpula y como una bandera... Todo alrededor está

negro así que parece de noche... Que tiene aquí como una vereda para llegar al castillo y a ambos lados está el jardín (Carmela, madre asesinada, respuesta a la lámina II del Rorschach).

D. Realidad dual

Uno de los estados interiores contradictorios percibidos por estos niños es la vivencia de un sentido dual de sí mismos, coexistiendo un self normal y un self traumatizado. El trauma ya crónico de haber perdido a un padre por haber sido asesinado o desaparecido exige que se niegue y a la vez que se mantenga en la conciencia, tanto porque es una realidad siempre presente y por la necesidad de desarrollar estrategias apropiadas de manejo sobre ello. Este sentido dual del self produce una sensación de realidad y también de irrealidad; lo que resulta en una tensión constante entre estas dos realidades contradictorias. Esta percepción de la existencia de un self normal coexistiendo y alternando con un self traumatizado puede ser el resultado de un proceso de rechazo, más que de negación. Es decir, se origina en un rechazo activo a reconocer una experiencia que ha llegado al nivel consciente, más que el rechazo de reconocer la realidad de las percepciones traumáticas que están en el inconsciente (Turkel, 1933). Se incluye en este proceso un patrón de pensamiento doble, tipo "Orweliano", en el que las experiencias son reconocidas y desconocidas simultáneamente. La Figura 14 de una casa con secciones frontales y traseras claramente separadas, y la Figura 15 de una casa con un techo doble, reflejan este sentido disyuntivo o desunido del self.

E. La incoherencia y la no integración de la experiencia de si mismo

Una de las consecuencias principales de crear y mantener estas formas de organizar el self (secreto, privado, separado, normal vs. traumatizado, reconocido vs. desconocido) es el fortalecimiento de la incoherencia y de la no integración de la experiencia de sí mismo. El resultado de esto es un atentado contra la posibilidad de una salud mental.

EDAD

Yo soy más fuerte que mi hermano, porque a mi hermano no se le puede decir nada de mi papá porque él ya se pone a llorar porque, como él [siendo mayor] sí lo conoció, él sabe cómo es, entonces yo soy un poco más fuerte que él (Leda, papá desaparecido).

Sin importar su edad actual y la edad que tenían cuando sufrieron su pérdida, todos los niños de los dos grupos han sido impactados en forma negativa por la misma. A pesar de esto— y al contrario de la literatura sobre el impacto de las pérdidas en los niños más pequeños—, algunos de los niños que eran muy pequeños cuando sus padres desaparecieron o fueron asesinados parecen estar menos afectados por su pérdida que aquellos que poseen recuerdos mucho más claros sobre vivir con su padre o madre. Debido a que muchas de las madres de estos niños se han vuelto a casar, varios de ellos tienen ahora un padrastro, cuya presencia masculina tiende a suavizar su sentido de pérdida, pudiendo ser este el único padre del que pueden tener recuerdos nítidos.

Después de la pérdida, muchos de los niños mayores tuvieron que cumplir con la tarea de cuidar a sus hermanos menores mientras sus madres permanecían fuera por muchas horas trabajando en dos empleos o en jornadas dobles, para poder alimentar a sus familias. La combinación del impacto de una mayor responsabilidad y de pérdida de la libertad típica del niño, así como la ausencia de la madre y la deprivación del padre, resultó ser una carga muy severa para los niños mayores. Esto no ocurre siempre: algunos de los niños que parecen estar más impactados eran bebés o tenían muy poca edad cuando

perdieron a su padre o madre (por ejemplo, Roberto y Carlos, hijos ambos de padres desaparecidos).

GENERO

Aunque todo indica que tanto los niños como las niñas fueron muy afectados, el género, en combinación con la edad, influye en el desarrollo de una sintomatología. Al llegar a la adolescencia, muchos de los hijos varones de ambos grupos, en contraste con las muchachas, atraviesan un período sumamente difícil y denotan un aumento dramático en su enojo, el cual es dirigido tanto a sí mismos como a otros, así como un sentido de separación, de aislamiento, y una sensación general de sentirse "perdido". En esta etapa aparecen síntomas significativos de depresión, y en ocasiones, una ideación suicida de tipo pasivo. La ausencia del padre, y los conflictos internos relacionados con esta pérdida, resulta ser sumamente doloroso para estos varones adolescentes. Al hablar, plantean una necesidad muy específica que tienen en relación a su padre, faltándoles dirección, un control sobre su conducta agresiva, un modelo de identificación, y una fuente de seguridad, recordando que la gran mayoría de los desaparecidos o asesinados eran del género masculino.

> Me hace falta que él me ayude en las tareas del colegio, me ponga disciplina, porque soy muy relajero... Que vayamos a algunas partes, a fiestas o vayamos al estadio a ver juegos, por eso me hace falta, pero también me hace falta él, su compañía, el amor de él, todo eso de él y... ¡Ojalá que algún día lo hallen! (Juan, papá desaparecido).
>
> ¿Cómo voy a aprender a ser padre? ¿cómo sería con mis hijos? No sé... al no tenerlo a mi papá (Julio, papá asesinado).
>
> Si estuviera él ya me hubiera graduado, cuando estaba mi papá no me dejaba salir a cualquier lado, era más estricto y con mi mami yo salgo cuando quiero, él me macaneaba... El jugaba en un equipo, me gusta el fútbol, él era portero o sea, ahora jugaría con él en un equipo, no sé y estaríamos mejor todos de todo (Bernardo, papá desaparecido).
>
> Yo siento envidia de mis amigos porque ellos tienen a su papá y a veces yo los veo que van los dos platicando y me hubiera gustado mucho eso... Yo me llevaba bien con él, me llevaba al cine, al estadio, me compraba cosas, ¡lo quería tanto! (Francisco, papá asesinado).

Diferencias existentes entre los hijos de los desaparecidos y de los asesinados

El sentido de vivir en realidades duales y contradictorias es un problema aún mayor para los hijos de padres desaparecidos, debido a la propia ambigüedad de la condición de desaparecido y a la imposibilidad de una resolución o de poder elaborar el duelo sobre el desaparecido.

A. Indefinición y definición

Las familias de los asesinados enterraron a sus seres queridos; se despidieron de ellos, por lo menos en un sentido físico. Las familias de los desaparecidos no pudieron hacer esto. Los hijos de los desaparecidos todos lamentan el no saber donde, en qué lugar físico, están sus padres. Continuamente enfatizaron la necesidad de descubrir el sitio en que se encuentran sus cuerpos, y que sin esta información nunca tendrían una paz interior. Esta insistencia parecería indicar que su necesidad de una ubicación geográfica específica corresponde a una orientación interna emocional y a la vez espacial, y que ésta doble ausencia provoca y ayuda a mantener un estado de ansiedad y de inseguridad. Aunque la mayoría de los hijos de los desaparecidos insistían en las entrevistas que su padre estaba vivo, en "algún lugar", muchos de ellos parecieron envidiar a los hijos de los asesinados, por tener ellos la ventaja de saber dónde estaban sus padres y la oportunidad de visitarlos y de poner flores en sus tumbas:

Si estuviera muerto por causas naturales estuviera más tranquilo porque sé que está muerto y que está en algún lugar, pero porque está desaparecido no me doy cuenta si está muerto, si está vivo, si lo torturan o que le hicieron. Si está desaparecido, uno siempre tiene en la mente qué es lo que le han hecho, dónde está su familiar. Si ha muerto por causas naturales, uno no tiene porqué estar pensando en el familiar porque se sabe. También, saber si va a volver, si esta secuestrado... el vacío que uno siente siempre va a estar así, teniendo una mente negativa (Carlos, padre desaparecido).

El hecho de verlo muerto, estar en la tumba, dejarle flores, ir a rezar por él e ir a la tumba, todo eso.. En vez, no se sabe todavía si lo mataron, cuando lo mataron, si todavía esta vivo, dicen que lo mataron pero no se sabe, uno tiene esa preocupación (Bernardo, papá desaparecido).

Como en espera, está esperando, o está pensando en alguien... Estará esperando a alguien o pensando en alguien. (¿A quién?) Como su esposo, hijo o hermano. (¿Futuro?) Que va a seguir esperándolo o pensando en él (Juan, papá desaparecido, respuesta a la lámina 8NM del TAT; las respuestas a las otras tres láminas del TAT también fueron sobre el tema de desaparición).

B. La habilidad de fantasear

Los hijos de los desaparecidos, en contraste con los hijos de los asesinados, tenían una mayor capacidad de mantener la fantasía de que su padre estaba todavía vivo en algún lugar. En algunos momentos, ésta capacidad parece ser un tipo de consuelo y permite a los niños llamar a su padre ausente y distanciarse de su restante progenitor, aunque sea en la fantasía. Los hijos de los asesinados no pueden recurrir a este mecanismo de la fantasía para inventar la presencia de un padre ausente.

Pienso en él, y a veces le cuento mis problemas, en mi mente por supuesto, pero lo imagino pensando en mi (Ana, papá desaparecido).

O sea, se le murieron los padres de él y solo él quedó él con un tío... (¿Cómo se murieron los padres?) En un accidente automovilístico... Se siente solo y piensa que sus padres están vivos, pero no es cierto... Le hacen mucha falta (Hernán, papá asesinado, respuesta a la lámina 13V del TAT).

C. Padres desaparecidos: ¿vivos o muertos?

Yo pienso que él está vivo, que aún no lo han matado, que lo han detenido en alguna celda o que está en el ejército, no sé, pero en mi conciencia yo sé que él está vivo, aunque alguna gente me ha dicho que de tanto tiempo que él ha estado desaparecido y todo debe estar muerto. Pero yo sigo confiando que él está vivo (Juan, papá desaparecido).

Tiene que estar vivo, lo agarraron así nomás y se lo llevaron, no es correcto, así que tiene que estar vivo (Carlos, papá desaparecido).

Sí, creo que está vivo, algunas personas dicen que lo han visto en los Estados, o quizá que lo tienen en una cueva (Cecilia, papá desaparecido).

Y mi papá me dijo "Adiós, ya voy a regresar"... Y no regresó... Todavía lo espero, porque se despidió de mi también como que sabía que no iba a volver.... A veces cuando estoy así acostada en la hamaca, cuando estoy viendo las fotos yo le pregunto papá dónde está, pero no responde... Ya son once años y pienso de que no puede estar vivo, pero no hay que perder las esperanzas (Diana, papá desaparecido).

No, no pienso que está vivo porque si lo estuviera, sabríamos algo de él... Aunque pienso, ¿dónde está su cuerpo, porqué lo mataron? (Darío, padre desaparecido).

Los niños que manifestaron la creencia de que su padre había fallecido explicaron que ya había transcurrido demasiado tiempo desde su secuestro, y que los militares no hubieran continuado manteniendo encarcelados a su padre en forma clandestina durante tanto tiempo. La mayoría de los niños

insistieron, sin embargo, en que su padre estaba todavía estaba con vida. Otros no estaban seguros de si estaba vivo o muerto:

> Cuándo estaba [Gustavo Alvarez] Martínez [jefe de las Fuerzas Armadas] él mandó a desaparecer cantidades de hombres que trabajaban para darnos los alimentos. Entonces él lo mandó a matar con varias personas, y que lo habían metido como en un inmenso túnel, no como hoyo hondo y ahí echaron varios animales, culebras, ratones, cucarachas, gallinas, perros, ranas, un montón de cosas, pero nadie sabe donde están, si están vivos o están muertos, pero nada más que lo atraparon varios hombres para él sólo cuando el salía de trabajar (Leda, papá desaparecido).

La mayoría era renuente a reconocer que existía la sospecha de que su padre pudiera estar muerto. El deseo intenso que estuviera vivo, la incertidumbre que el estado de desaparecido implica en sí, el deseo de poder dejar de preocuparse sobre las condiciones inhumanas en que su padre estaría si estuviese vivo, encarcelado, y el deseo de poder elaborar un duelo y poder después continuar con sus vidas, son pensamientos y sentimientos muy conflictivos, y difíciles de reconocer y comprender. En particular, el aceptar la idea de que un padre pudiera haber muerto crea un conflicto, debido al deseo inconsciente de esa misma muerte: así podría terminar con su sufrimiento y reenfocarse en su propia vida. Sin embargo, esta identificación con el agresor crea culpa, y a menudo es rechazada en su totalidad.

La organización de las familias de los desaparecidos

Una de las diferencias más notables en las experiencias de estos dos grupos se refiere al tema de la organización. Mientras que las familias de las personas asesinadas se enfrentaron a un aislamiento social muy severo después de la muerte de su ser querido, las familias de los desaparecidos se vieron obligados a

conformar una organización, como producto de su propia desesperación por encontrar a sus seres queridos. El apoyo mutuo que esto proporcionó parece haber tenido consecuencias psicológicas muy significativas para los niños de estas familias.

Muchos de los niños de los asesinados revelaron un sentimiento de amargura y de abandono que no fue expresado con una intensidad similar por los niños de los desaparecidos. Adicionalmente, aunque ambos grupos tendían a idealizar a sus padres, muchos de los hijos de los asesinados expresaron una crítica a las decisiones políticas que su padre o madre realizaron en aquella época, e indicaron que ellos no seguirían sus pasos. A menudo compartían un sentimiento de haber sido engañados por la sociedad, y que las acciones de tipo social no tenían ningún efecto.

> Y la gente dice que debería participar en lo mismo que mi papá... Si él estuviera vivo, quizá yo tendría más interés en cuestiones sociales... No tengo miedo de que me maten por miedo a morir pero porque la participación de uno le trae problemas a la familia, mi papá ya no es afectado, pero su familia sigue siendo... Todo el mundo hoy día está solamente interesado en sí mismo... Después de ver todo lo que pasó, uno se siente decepcionado, mejor no... Uno lucha por nada y al fin los que sufren son los hijos (Julio, papá asesinado).

En contraste con esto, a pesar de las penalidades que también tuvieron que enfrentar, este nivel de pesimismo y de sentimientos de sentirse engañados no se reportó en los niños de los desaparecidos, excepto en raras ocasiones. Muchos de estos niños manifestaron que COFADEH, la organización de los familiares de los desaparecidos, ha sido una fuente muy importante de apoyo, de todo tipo, para ellos.

> Si no fuera por COFADEH no hubiésemos tenido a nadie, yo sé que ellas están ahí por cualquier cosa... que siempre puedo ir (Roberto, papá desaparecido).

> Aún cuando no podía hablar con nadie, sabía que estaba COFADEH y que ahí entendían mi dolor, mi pena (Andrea, papá desaparecido).
>
> A veces me encuentro con otros hijos [en la oficina de COFADEH] y hablamos. Ni mencionamos lo que compartimos, lo de nuestros papás, pero no nos sentimos tan solos (Carlos, papá desaparecido).
>
> Puedo ir ahí y hablar con Nohemí o Bertha, que me van a ayudar con cualquier problema (Leda, papá desaparecido).
>
> Les tengo mucho cariño... (Fabio, papá desaparecido).

La postura de estos jóvenes hacia las acciones de tipo social es, en general, mucho más positiva y optimista que la que presentaron los hijos de los asesinados. Sin embargo, algunos de ellos admitieron que, en las últimas épocas, se han alejado de COFADEH y de otras familias de desaparecidos y asesinados; ya no desean que se les recuerde a cada instante la experiencia que su familia ha sufrido, y tienen el deseo de enfocarse en otros aspectos de sus vidas:

> A veces, quiero ser normal, como las otras muchachas que no han vivido todo lo que mi familia ha vivido, sufrido. A veces solo quiero pensar en la música, en bailar, cantar, salir con mis amigas... Eso no quiere decir que no me preocupe por los problemas sociales... pero sí quisiera olvidar a veces mi situación... y después me siento un poco mal, como egoísta, infiel, aunque creo que mi papá hubiera querido vernos riendo, disfrutando la vida (Andrea, papá desaparecido).

Este anhelo de Andrea de vivir y de disfrutar la vida, libre de preocupaciones, y su empeño por no olvidar a su padre y lo que le hicieron es un conflicto que no puede reconciliar a cabalidad. Esto se debe a que los daños y las injusticias que se cometieron en la persona de su padre también han sido impuestas sobre ella y su familia; estos atropellos le han dejado cicatrices tanto internas como externas. Como una persona joven,

como una adolescente, Andrea se esfuerza por profundizar en su conocimiento de sí misma y sobre el medio. Sin embargo, estos poderosos impulsos sociales, emocionales, cognitivos, fisiológicos y evolutivos, son contrarrestados por un sentido de pérdida, de horror, de confusión, de injusticia, de dolor, y por la ausencia de un cierre o fin que no puede deshacer o apartar de sí misma. Aún cuando este estado se presenta en forma más pronunciada en los hijos de los desaparecidos que en los hijos de los asesinados, es el conflicto central que enfrentan casi todos los niños del presente estudio.

como una adolescente, Andrea se esfuerza por profundizar en su conocimiento de sí misma y sobre el medio. Sin embargo, estos poderosos impulsos sociales, emocionales, cognitivos, fisiológicos y evolutivos, son contrarrestados por un sentido de pérdida, de horror, de confusión, de injusticia, de dolor, y por la ausencia de un cierre o fin que no puede deshacer o apartar de sí misma. Aún cuando este estado se presenta en forma más pronunciada en los hijos de los desaparecidos que en los hijos de los asesinados, es el conflicto central que enfrentan casi todos los niños del presente estudio.

La postura de estos jóvenes hacia las acciones de tipo social es, en general, mucho más positiva y optimista que la que presentaron los hijos de los asesinados. Sin embargo, algunos de ellos admitieron que, en las últimas épocas, se han alejado de COFADEH y de otras familias de desaparecidos y asesinados; ya no desean que se les recuerde a cada instante la experiencia que su familia ha sufrido, y tienen el deseo de enfocarse en otros aspectos de sus vidas.

> A veces quiero ser normal, como los otros muchachos que no han vivido todo lo que mi familia ha vivido, sufrido. A veces solo quiero pensar en la música, en bailar, cantar, salir con mis amigos... Eso no quiere decir que no me preocupe por los problemas sociales... pero sí quisiera olvidar a veces mi situación... y después me siento un poco mal, como egoísta, infiel, aunque creo que mi papá hubiera querido vernos riendo, disfrutando la vida (Andrea, papá desaparecido).

Este anhelo de Andrea de vivir y de disfrutar la vida, libre de preocupaciones, y su empeño por no olvidar a su padre y lo que le hicieron es un conflicto que no puede reconciliar a cabalidad. Esto se debe a que los daños y las injusticias que se cometieron en la persona de su padre también han sido impuestas sobre ella y su familia; estos atropellos le han dejado cicatrices tanto internas como externas. Como una persona joven,

Capítulo VI

Conclusiones

La represión y la violencia política afectan a una proporción muy amplia de la población mundial. Los países centroamericanos, incluyendo Honduras, experimentaron esta violencia y represión durante muchos años, y en algunos casos, todavía sufren sus efectos. El presente estudio, de carácter exploratorio, se realizó en Honduras para lograr una mayor comprensión sobre el impacto psicológico que estos eventos produjeron en aquellos que fueron afectados más directamente.

Análisis de las hipótesis

Se había establecido la hipótesis de que los niños hondureños con padres que hubieran sido asesinados o desaparecidos en forma forzada habrían sido severamente afectados por esta experiencia, y que evidenciarían síntomas de estrés traumático, depresión, ansiedad y agresividad, pero que los niños cuya pérdida fuera más reciente -en este caso, los hijos de los asesinados- tendrían una mayor sintomatología. Se había predicho, además, que debido a la ausencia de una conclusión o un desenlace físico, emocional o legal en el caso de las desapariciones forzadas, los hijos de los desaparecidos evidenciarían un trastorno emocional inconsciente más profundo e intenso que el

que evidenciaran los hijos de los asesinados, ya que estos últimos tendrían una certeza sobre la muerte de su padre o madre, y por lo tanto tendrían más éxito en la elaboración del duelo sobre su pérdida.

Los hijos de los desaparecidos y los asesinados obtuvieron un índice elevado en la Lista de Reacción al Estrés Postraumático (LREP) y en la subescala de Depresión del Inventario de Comportamiento del Niño (ICN). También recibieron índices elevados en algunos de los ítems de miedos en la subescala de ansiedad del ICN y en los ítems de enojo e irritabilidad en la subescala de agresión del ICN. Los niños señalaron sufrir muchos síntomas, pero los más prominentes fueron: temores múltiples, preocupaciones sobre todos los aspectos de la vida, y un celo muy marcado y siempre presente de que el padre o la madre sobreviviente no se aleje. Aún cuando todas las personas traumatizadas se sienten temerosas, desvalidas y llenas de preocupaciones sobre su pérdida, estos aspectos se destacan particularmente en el caso de los niños, quienes carecen de los recursos físicos, emocionales y cognitivos para cuidarse a sí mismos. La violenta pérdida de un padre, promocionada por el gobierno del propio país, los trastornos en la familia, y las continuas amenazas a su seguridad física, incrementó en estos niños su sentido de desvalidez, de estar en peligro, y de dependencia hacia los adultos.

Los padres y los guardianes, como grupo, asignaron mayores puntuaciones a los niños en las escalas de estrés postraumático y del inventario de comportamiento, que las puntuaciones que los propios niños se asignaron a sí mismos, como grupo. Estas diferencias casi nunca alcanzaron un nivel significativo en su análisis estadístico, pero aún así parecen contradecir las observaciones de Lyons (1987), quien postuló en su análisis de estudios sobre el Trastorno de Estrés Postraumático, que los padres y otros adultos tienden a negar o a minimizar el impacto emocional que los eventos angustiantes producen en los niños. La mayor parte de los padres y guardianes de estos niños hondureños estaban muy preocupados sobre su bienestar psi-

cológico y físico, así como su rendimiento académico y su integración dentro de la familia.

Los resultados que se describieron anteriormente confirman la hipótesis que ambos grupos de niños traumatizados por eventos políticos exhibirían una variedad de síntomas postraumáticos. Este hallazgo es consistente con los resultados de estudios previos sobre la psicología social de la represión política, sobre los efectos de la represión política en las familias y los niños, y las consecuencias psicológicas provocadas por traumas violentos inducidas por seres humanos.

Los dos grupos de niños se diferenciaban en dos dimensiones importantes: el tipo de pérdida parental –desaparición o asesinato– y el período de tiempo transcurrido desde la pérdida –aproximadamente nueve años para los desaparecidos y alrededor de cuatro años para los asesinados en el momento de las entrevistas–. Se había propuesto la hipótesis de que el mayor tiempo transcurrido desde la pérdida le proporcionaría al grupo de los desaparecidos una mayor oportunidad para rehacer sus vidas, y que estos niños reportarían menores trastornos y síntomas en comparación con los hijos de los asesinados. Aunque las puntuaciones promedio prorrateadas del grupo de los desaparecidos eran menores que los del grupo de los asesinados en la escala de estrés postraumático, y en las subescalas de depresión y ansiedad del inventario de conductas, estas diferencias no fueron significativas.

Estos resultados son sorprendentes. Aunque es ya conocido que los síntomas postraumáticos tienden a persistir por períodos prolongados de tiempo, se esperaba sin embargo una reducción en su intensidad, ya que el proceso de crecimiento y maduración proporciona a los niños mayores oportunidades para cambios, en comparación con lo que se podría predecir para adultos víctimas de trauma. La ausencia de diferencias significativas entre los dos grupos puede deberse a algunos o a todos los motivos siguientes: en consonancia con la literatura psicológica sobre los efectos de la desaparición forzada, los integrantes de la familia quedan paralizados en un estado de

"limbo", y se vuelven incapaces de avanzar psicológicamente en sus vidas; el mantenimiento de las condiciones represivas y las penurias que enfrentan asociados a las mismas impiden el retorno a preocupaciones e intereses más normales y correspondientes a su edad, y; el reducido número de sujetos imposibilitó el poder establecer diferencias estadísticas significativas.

Los hijos de los asesinados tienen el conocimiento certero de que su padre ha muerto; pueden elaborar un duelo y llorar su pérdida, y supuestamente pueden llegar a una conclusión o cierre sobre esta pérdida. Los hijos de los desaparecidos no tienen esta posibilidad; quedan forzados a funcionar en una "zona de ambigüedad cuasipsicótica", y enfrentan una "eterna pregunta que no tiene respuesta" (Kordon y Edelman, 1986). Se había establecido la hipótesis, por lo tanto, que los hijos de los desaparecidos evidenciarían un trastorno inconsciente mayor del que revelarían los hijos de los asesinados, detectado a través de respuestas en el Rorschach con imágenes de relaciones más desadaptadas y más malévolas, medidas a través de la escala MOA. Esta hipótesis se comprobó.

La escala MOA, aplicada a la técnica proyectiva del Rorschach, parece ser mucho más eficaz que las escalas sobre síntomas y conductas/actitudes en la exploración de los efectos profundos de la experiencia. El grupo de los desaparecidos, en particular, informó experimentar en la actualidad un número menor de síntomas relacionados con el trauma, en comparación con épocas en que la pérdida era todavía reciente. Sin embargo, tanto los resultados de la escala MOA del Rorschach y los análisis cualitativos de la información revelan mundos internos deteriorados, con niveles muy altos de conflictos emocionales y de sufrimiento.

Las diferencias de género en relación a la sintomatología también fueron muy interesantes. Varios estudios han indicado que jóvenes varones que subsisten en ambientes de guerra o de represión exhiben mayores niveles de irritabilidad y conductas agresivas, en comparación con las niñas. En el presente estudio, no se encontraron diferencias significativas entre géneros en

ninguna de las medidas cuantitativas. Sin embargo, en la escala MOA del Rorschach, las puntuaciones intra- e intergrupos de las niñas fueron menores que las de los varones.

Análisis de los hallazgos cuantitativos y cualitativos

Los hallazgos cuantitativos y cualitativos de este estudio son en general consistentes entre sí y con los estudios psicológicos publicados sobre la represión política y el trauma. En forma cuantitativa y cualitativa, estos niños han sufrido un impacto profundo e irrevocable debido a la pérdida de su familiar, por las circunstancias que rodean esa pérdida, por la hostilidad, la persecución, las penurias económicas y el aislamiento social que experimentaron posteriormente la pérdida, y la ausencia de una respuesta social, política o legal hacia, y un intento de reparación o compensación por las injusticias que han sufrido.

Los hallazgos cuantitativos incluyen niveles elevados de temor a la separación de o a la pérdida de los familiares restantes, el temor de que cosas negativas les van a ocurrir, sentimientos muy enraizados de tristeza y de infelicidad en un porcentaje muy alto de los niños, una preocupación excesiva, sentimientos muy intensos de rabia, y una vulnerabilidad hacia caer en la desorganización o la inmovilización al enfrentar situaciones estresantes (lo que se evidenció claramente en la subescala de planificación). Esta sensación de desorganización es el inicio de una reactivación de la respuesta traumática original, y se refuerza cada vez que se reexperimenta el temor, la pérdida y la confusión. Tanto los padres como los niños informan que estos últimos se han vuelto extremadamente sensibles ante nuevas experiencias de pérdida.

Los análisis cualitativos confirman y amplían sobre los resultados cuantitativos, dotándolos de cuerpo y forma en los relatos y las respuestas espontáneas de los niños, así como en sus sueños y fantasías. Lo que se percibe en el análisis cualitativo, y que no puede vislumbrarse con tanta claridad en la mayor parte de los análisis cuantitativos, son los conflictos y las

ambivalencias involucradas en estos tipos de experiencias, y su prolongado impacto sobre el proceso evolutivo del niño en sus esfuerzos por desarrollar un sentido sobre sí mismo y sobre el medio. Un aspecto que se exploró fue la forma como estas pérdidas son mantenidas en la privacidad y convertidas en un secreto tanto ante los demás como ante sí mismo. Este enfoque también permite el discernir cómo estas experiencias conducen al desarrollo de un concepto de sí mismo trastornado o pobremente integrado, incluyendo un sentido de una realidad/irrealidad dual, un self traumatizado/normal, un modo de ser vinculado/aislado, una experiencia reconocida/negada, y un sentido general de estar dañado o lastimado psicológicamente.

Los intensos esfuerzos que los niños realizan por manejar su rabia, y sus poderosas y perturbadoras imágenes de violencia refuerzan el argumento de Becker y sus colegas (1987) de que la rabia tiende a persistir en estas situaciones. Tal como se planteó en el Capítulo II, estos investigadores sostienen que, en el caso de asesinatos por motivos políticos (y presumiblemente también en el caso de desapariciones forzadas), la rabia es una de las emociones más intensas y duraderas que se presentan, debido al sentido de impotencia y de injusticia que surge por las circunstancias de la pérdida y la negativa del gobierno de reconocer su responsabilidad en estos hechos.

Los hallazgos del presente estudio también apoyan el planteamiento de Miller (1993) de que los niños que son expuestos a la represión y la violencia política no necesariamente (como otros investigadores han argumentado) vislumbran a la violencia como una forma apropiada de resolver los conflictos interpersonales. Aunque los hijos hondureños de los desaparecidos y los asesinados puedan poseer estos sentimientos e ideas, no basan sus actuaciones sobre ellas con frecuencia. Tienen más probabilidad de internalizarlas, intentando aislarlas, proyectarlas, o negarlas. Muchos de ellos demuestran cierta habilidad para verbalizar estas emociones e imágenes.

Estos niños se han visto forzados a manejar aspectos muy cruentos de la realidad, algo para lo que no estaban preparados.

La violenta sustracción de su padre o madre, así como sus consecuencias, con frecuencia destruían sus supuestos básicos de confianza básica en el medio, su fe en el futuro, y su creencia sobre su propia invulnerabilidad. En su lugar, muchos expresan un sentido profundo de haber sido traicionados, y una visión del medio como amenazante. Otros han mantenido las esperanzas y las energías de la juventud, expresando simultáneamente un sentido de traición, de horror y de inseguridad con un tono de aislamiento y de disociación.

Los hijos de los padres asesinados aparentemente son menos capaces de concentrarse y de elaborar planes, lo que es consistente con el hecho de que su pérdida es reciente. Sin embargo, se presentaron similitudes inesperadamente marcados entre los hijos de los desaparecidos y los asesinados, especialmente tomando en consideración las diferencias muy significativas en el tiempo transcurrido desde la pérdida y las diferencias de las edades en el momento de su pérdida. Estudios previos sobre los efectos psicológicos de la desaparición forzada en los demás miembros de la familia han enfatizado la gravedad y la persistencia de los trastornos psicológicos. Los hallazgos, tanto cuantitativos como cualitativos del presente estudio tienden a confirmar estas advertencias. Más aún, los hijos de los desaparecidos se presentan como sufriendo un mayor trastorno en ciertos aspectos: evidencian poseer imágenes inconscientes sobre relaciones que son menos adaptativas y más malévolas, en comparación con los niños del grupo de los asesinados.

La observación de Spiegel (1988) de que una característica común de los trastornos de respuesta al estrés lo constituye una fragmentación espacial y temporal, es compatible con el lamento muy repetitivo de los niños hondureños que desean saber con mucha precisión cuándo, dónde, cómo y porqué le pasó esto a su padre. Si en realidad fue asesinado, quieren saber dónde está enterrado para poder visitar su tumba. Este sentido fragmentado sobre su padre desaparecido refuerza el propio sentido del

niño de estar fragmentado, y de no poder avanzar emocionalmente.

Los datos cuantitativos, en especial el Cuestionario de los Padres, nos indican que estos niños exhiben pocos problemas de aprendizaje, de conducta o problemas sociales severos. Las entrevistas cualitativas refuerzan este hallazgo. De hecho, mucho de estos niños tienen un rendimiento académico excelente, y su conducta en el hogar y en su grupo social es muy positiva. A pesar de esto, sufren psicológicamente, y demasiadas veces en silencio y aislamiento. El Capítulo V describió estos sentimientos y sus procesos psíquicos en detalle. Aunque pocos de los niños cumplen con los criterios para un diagnóstico de Trastorno de Estrés Postraumático, la mayoría evidencian algún grado de la respuesta bifásica de hiperactivación versus la constricción y el entumecimiento psíquico. Todos los niños evidenciaron cierta inhabilidad para integrar sus experiencias traumáticas en la globalidad de sus experiencias de vida.

El foco principal de este análisis se ha concentrado en los problemas psicosociales y otros problemas que los hijos de los desaparecidos y los asesinados, así como sus familias, han enfrentado desde sufrir su pérdida. Se ha prestado mucho menor atención hasta ahora en sus fortalezas y resistencias, así como su capacidad de adaptación. Es indudable que éste énfasis sobre lo negativo tiende a presentar un cuadro muy limitado sobre estos niños y sus vidas.

Los adultos miembros de las familias de los desaparecidos y los asesinados

Este estudio se ha concentrado en los vástagos de los desaparecidos y los asesinados; sin embargo, nuestra preocupación está dirigida hacia todos los que sufrieron el impacto de estas experiencias. En COFADEH hemos entrevistado, evaluado, realizado talleres e intervenciones terapéuticas de tipo breve con los miembros adultos y niños de las familias de personas detenidas, desaparecidas o asesinadas. También hemos evaluado y dado tratamiento a personas que han sido ellos mismos detenidos, encarcelados. torturados o perseguidos. Muchas de las respuestas y las sintomatologías de los miembros adultos de las familias de los detenidos y los asesinados han sido muy similares a las presentadas por los niños del estudio. Tal como se encontró en el estudio de Quirk y Casco (1992;1994) realizado con las familias de los desaparecidos en Honduras, la mayoría de los adultos con que se trabajó en el presente estudio evidenciaron varios signos de estrés y de angustia. Los más frecuentemente mencionados fueron síntomas de depresión, de ansiedad, y de somatización. Las personas se quejaban de sentir tristeza, una pérdida de la capacidad de sentir placer o encontrar un sentido a la vida, falta de energía, pérdida de la esperanza y el sentirse desvalidos, dificultades en la concentración y en el poder recordar, y excesivas preocupaciones. Las alteraciones emocionales y ansiógenas que hemos observado incluían preocupaciones constantes, problemas de concentración y de memoria, estados de agitación o problemas para relajarse, insomnio o trastornos del sueño, dolores crónicos de cabeza, tensión muscular en la espalda y el cuello, problemas gastrointestinales, y otras quejas psicosomáticas. Se vieron más casos de somatización en los niños pequeños y los adultos; en contraste, los niños mayores y los adolescentes informaron sufrir menos problemas somáticos.

En forma similar a los niños, los adultos conversaron a profundidad sobre sus carencias y sus problemas económicos y sociales. Los temas emocionales más abordados incluían sentimientos de tristeza y penas; aislamiento y soledad, la impresión de no ser comprendidos por los demás; el temor, la desconfianza, amargura, confusión y la incredulidad; y por parte de algunos, una resignación, mientras que otros se rehusaban a aceptar el silencio y las negativas del gobierno a responder a sus interrogantes sobre sus seres queridos. Las preocupaciones de los niños sobre el bienestar emocional y la seguridad de sus madres y demás familiares se equiparaba a la preocupación de sus guardianes sobre la salud física y emocional de los niños.

Nuestra experiencia confirma los planteamientos de Quirk y Casco (1994), que el incremento de los niveles de estrés y angustia experimentados por los familiares de los desaparecidos era un producto de la atmósfera de temor y de aislamiento que enfrentaban. Esto se confirmó a través del análisis de los datos cuantitativos y cualitativos sobre los grupos de los familiares de ambos los desaparecidos y los asesinados, que revelaron que los temores y las sensaciones de aislamiento -impuestas desde adentro y desde afuera- eran unas de las emociones más angustiantes experimentadas por estas familias.

Aunque tanto los niños como los adultos reflejaban el resquebrajamiento de sus premisas sobre la vida, y una convicción que la vida nunca sería igual para ellos, por la pérdida violenta de su familiar, ya fuera por desaparición o por asesinato, los adultos tendían a hablar sobre sus pesares con mayor elocuencia y en forma más extensa que los niños. Una mayor experiencia de vida previo a su pérdida les permitía contar con un punto de contraste mayor. Como adultos, han tenido que asumir la mayor porción de la carga por la pérdida y sus consecuencias. Por otro lado, para los niños la pérdida violenta de su padre y madre y las consecuencias multifacéticas que enfrentaron se convirtieron en experiencias formativas de mucho peso, moldeando su visión sobre el mundo y sobre sí mismos, e impactando grandemente en su desarrollo psicosocial.

De hecho, se presentó mucha variabilidad dentro y entre los grupos de niños y de adultos en relación a su estabilidad emocional, sus actitudes hacia sus experiencias de vida, su personalidad, y las relaciones sociales y familiares. Un patrón de esquema de vida que los adultos nunca expresaron fue el optimismo que algunos de los niños mayores y los adolescentes sí plantearon. En verdad, esta energía irreprimible y este empuje hacia la vida, a pesar de las pérdidas y las penurias, parecen ser un sello inconfundible de la juventud. Otro fenómeno propio de cierta edad, y de carácter opuesto, fue evidenciado en varios niños y adolescentes. Estos niños revelaban poseer un

sentido que algo estaba muerto dentro de ellos, que algo había sido estrangulado antes de poder nacer o desarrollarse plenamente en su interior. Por aparte, otros niños evidenciaban poseer ambas de estas actitudes existenciales mutuamente excluyentes. Aunque los adultos también luchaban con estos debacles, su mayor experiencia de vida por lo general les permitía estar más capacitados para ubicar la pérdida y sus secuelas en un contexto más amplio sobre la vida.

Se detalló en el Capítulo V como muchos de los niños del presente estudio se vieron forzados prematuramente a asumir el papel de guardianes físicos y emocionales de otros, un papel para el cual no estaban preparados. Los adultos de este estudio también luchaban con las difíciles funciones de ser las compañeras, esposas o padres de los desaparecidos o asesinados, así como con sus responsabilidades previas de padres o abuelos de los hijos de éstas víctimas. En su relato autobiográfico, la señora Liduvina Hernández, presidenta de COFADEH, describe sus anhelos por el retorno de Enrique López, su hijo desaparecido:

> Me decía para mis adentros: no importa cómo, no importa que venga golpeado; no importa si está tunco; no importa; lo arrullaré en mis brazos como a un niño tierno; le daré el resto de mis días, hasta curarlo. La segunda que me dijeran los mismos uniformados: aquí tiene los huesos, entiérrelos y cállese; con tal de que tuviera un pedazo de tierra donde descansar, un sepulcro donde ponerle una flor y decirle oraciones; una tumba para indicarle a su hijo; - Allí, abajo está tu padre -. Sí de repente pude haber aceptado esto último... pero no: sólo silencio bestial; condena a un sufrimiento ilimitado; tormento infinito... O, crueles, o sádicos los que inventaron el procedimiento de desaparecer personas; (1993, págs. 69-70).

Los adultos con miembros de la familia desaparecidos relataban el terror, el pánico y las sensaciones de inestabilidad

que habían experimentado —particularmente durante el primer año desde la pérdida— sin saber lo que le había ocurrido a su ser querido. En este "no saber" las fronteras entre la realidad y la fantasía se podían percibir como difusas,inciertas o casi irreales (Tully, 1995). Las esposas, madres y hermanos de los desaparecidos se lamentaban de, al igual que sus hijos, la ausencia de una tumba, de una lápida, de un lugar en el cementerio para visitar y colocar flores. En su libro, Liduvina Hernández escribe sobre este sentido de inestabilidad mientras recuerda su conversación con la madre de una persona asesinada: "No llore, doña Priscila, que usted tiene el consuelo de una tumba y yo no tengo ese consuelo." Sin embargo, al verse confrontada con la pérdida de su segundo hijo, que fue asesinado, se dio cuenta de que había subestimado la angustia de tener a un hijo arrancado del hogar en forma violenta, fuera ya por desaparición o por asesinato:

> Al verme frente al cadáver de Marco Tulio, entendí que para una madre, una tumba no puede ser un consuelo. A las mujeres nos duele dar hijos para la muerte, cuando soñamos darlos para la vida, para la alegría. No parimos para poblar los cementerios; parimos para poblar los campos, las aulas, los talleres (1993, pág. 79).

Implicaciones terapéuticas

Aún cuando se presentan muchas diferencias individuales y grupales, queda claro el hecho que los hijos y las familias de los desaparecidos y los asesinados, en su totalidad, han sido profundamente e irrevocablemente afectados por la pérdida de su ser querido, por la necesidad de mantener en secreto las circunstancias que rodean a su pérdida, la sensación palpable de peligro que produce la continuada persecución de sus familias, y el temor de perder a otros miembros de la familia, con la devastación psicológica y económica que esto implica.

El temor y el aislamiento se refuerzan mutuamente. Los niños y los adultos que experimentan el trauma de la represión y la violencia política pueden beneficiarse grandemente de intervenciones terapéuticas que les ayuden a manejar más adaptativamente estas circunstancias. Una consecuencia no anticipada de llevar a cabo estas entrevistas diagnósticas para la investigación fue los comentarios de muchos de los entrevistados de que este proceso resultó ser terapéutico y afirmativo. Por lo general era la primera oportunidad que habían tenido de discutir sus dolorosos y conflictivos sentimientos, así como sus pensamientos y experiencias, con un profesional interesado.

Aunque no sea un sustituto para una terapia de larga duración, nuestra experiencia con las familias de los desaparecidos y los asesinados y con otras víctimas de abusos de sus derechos humanos en Honduras, nos ha indicado que las intervenciones terapéuticas breves, dentro del contexto de un vínculo terapéutico comprometido, pueden tener un efecto sustancial y positivo sobre la vida emocional de estas personas. Un "vínculo comprometido" se refiere a un proceso terapéutico basado en una actitud explícita no neutral frente a los trastornos del paciente y la comprensión que la traumatización es producto de un hecho social y político, infligido deliberadamente, que se ha convertido en un proceso de daño psicológico (Becker y Lira, 1990; Becker y Cols., 1992). Esta postura posibilita el desarrollo de una alianza terapéutica: le permite al paciente a sentir suficiente confianza y una validación de su percepción de la realidad como para poder involucrarse en un tratamiento.

Egendoorf (1995) plantea que "las personas que sufren desean ser escuchadas". Como hemos discutido en esta obra, las personas que han sufrido las diferentes formas de abusos de sus derechos humanos y traumas, tienen pocas oportunidades para hablar sobre lo que han tenido que soportar, o para ser escuchados, y para lograr que sus experiencias sean reafirmadas y validadas por otros. Como elementos comunes entre ellos están una vivencia traumática prolongada no elaborada, años de aislamiento social, un tremendo sentido de soledad, y el man-

tener guardados los pensamientos y los sentimientos aún dentro del ambiente familiar.

Sin embargo, aún cuando las personas que sufren pueden anhelar el que otros oigan su relato y su dolor, también desean olvidar su sufrimiento o no sentirse tan afectados por ello. Como añadidura, la misma naturaleza del origen de su sufrimiento los vuelve renuentes a compartir su vulnerabilidad con los demás. Esta ambivalencia dificulta el proceso terapéutico, aún uno que esté basado en un vínculo comprometido: las personas traumatizadas desean y a la vez rechazan el sentir, hablar, y el compartir sus pensamientos y sentimientos, llenos de dolor, y desean y a la vez rechazan la promesa de una relación de confianza y de ayuda terapéutica. La angustia masiva ante lo que han experimentado, las vivencias primitivas abandono, de desamparo y pérdida, tanto como la agresión masiva de la cual fueron objeto desde lo social, obligó a la implementación de defensas psicológicas muy poderosas tales como la negación, la disociación y la proyección. En un enfoque de terapia breve, estas defensas o estrategias de manejo sólo pueden ser abordadas en una forma muy somera. Como consecuencia, nuestro trabajo terapéutico se orientó principalmente a una psico-educación y a una combinación ecléctica de enfoques psico-dinámicos, cognitivos- conductistas, y de apoyo, así como a ejercicios de relajación y de intervención en crisis, cuando se requerían. Las metas principales con estas personas eran el validar sus ideas y sentimientos, el lograr que tomaran conciencia que estas son respuestas normales y esperadas a experiencias tan anómalas, y el fomentar su mayor crecimiento y desarrollo emocional a través de la búsqueda de medios o ambientes en que pudieran continuar con un proceso de expresar y compartir en una forma segura sus sentimientos y experiencias.

Aparte de la terapia breve individual y familiar que se brindó, se implementaron varios talleres en COFADEH para los hijos y los familiares adultos en los últimos años. Estos talleres utilizaron varias técnicas de expresión corporal, psicodramas,

ejercicios de respiración y relajación muscular, masajes, juegos, dibujos individuales y grupales, música, y la expresión verbal y discusión sobre diferentes temas. La intención fue crear un ámbito donde empezar a deshacer la deshumanización, el aislamiento, y el silencio impuesto, así como fomentar la comunicación y el desahogo (Becker, Morales y Aguilar, 1994; Richman, 1993).

La acción colectiva

La acción colectiva a través de la participación en COFADEH ha sido por sí misma muy terapéutica para muchos de los adultos y niños del estudio. Después del asesinato o la desaparición de su ser querido, muchas mujeres salieron del ámbito familiar y privado para incursionar en el ámbito público del mundo del trabajo, del gobierno, de las fuerzas armadas, y de los medios de comunicación, buscando información sobre el paradero de su familiar. Con frecuencia se enfrentaron a la hostilidad y a malos tratos. Al irse encontrando con otras personas enfrentando circunstancias similares y al crear COFADEH, establecieron para sí mismos y para otros un refugio en el cual podían intercambiar información, encontrar apoyo, y romper con su aislamiento.

Las organizaciones como COFADEH y otros similares que han surgido en América Latina y en otras regiones del mundo desafían los silencios colectivos, y confrontan a la opinión pública por olvidar lo que ha sucedido en su medio. Al mostrar fotografías, y al alzar la voz públicamente sobre lo que ha sucedido con sus familiares, estas familias desafían el anonimato inherente a las desapariciones, "remplazándolos con un rostro, una identidad y una historia" (Tully, 1995). Estas organizaciones se han apropiado además de los papeles e imágenes femeninas tradicionales que identifican a la maternidad con la crianza de los hijos y con el sacrificio personal a favor de los hijos, apoyándose en su papel para confrontar en forma persistente a las autoridades militares y de gobierno (Stephen, 1995).

En este proceso, han redefinido la femineidad, permitiendo descubrir la fuerza y el poder que reside dentro de lo que a menudo se ha considerado como debilidad, vulnerabilidad y sumisión.

Como se señaló en el Capítulo V, muchos de los hijos de los desaparecidos nos expresaron que COFADEH ha sido una fuente muy importante de apoyo. Escuchamos comentarios similares de parte de muchos de los adultos, especialmente de los que participaban activamente en esta organización. Aunque luchaban con la tristeza, rabia, desesperación, frustración y el aislamiento, estos sentimientos se atemperaban por la comprensión que habían otros que comprendían, se preocupaban, compartían sus angustias, y hablaban en un lenguaje común.

En ocasiones esta constante atención a su pérdida y a su lucha trae consigo un costo emocional. Esto se comprobaba en los adolescentes que se han distanciado de esta lucha. El constantemente remembrar al desaparecido o al asesinado hijo, esposo, hermano o padre puede hacer que sea muy difícil para los familiares el avanzar emocionalmente en sus vidas. Con la apertura democrática de los últimos años, y con el incremento de la búsqueda de las fosas clandestinas, las familias han tenido que revivir la pesadilla de los momentos más oscuros. Cavallo señala que:

> cada nuevo hallazgo de tumbas clandestinas... activa de nuevo la contradictoria cadena de esperanzas y terrores con que esa gente ha vivido durante años... la muerte no ha sido el hecho irreversible que es <normalmente>,... sino una muerte múltiple, inacabable, fragmentaria, no sólo misteriosa, no sólo incomprensible: sobre todo, interminable (en Becker, Morales y Aguilar, 1994, pág. 90).

Sin embargo, si el recordar tiene un costo, también lo tiene el intentar olvidar, ya que implica el negar la propia historia y entrar en complicidad con las fuerzas que cegaron la vida del ser querido.

Las desapariciones y los asesinatos son una violación de las leyes hondureñas y de los tratados internacionales sobre derechos humanos. Constituyen violaciones muy claras de los derechos fundamentales: el Artículo 3 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos establece que "Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona"; el Artículo 6 del Pacto Internacional establece que "Nadie podrá ser privado de la vida arbitrariamente". La práctica sistemática de las desapariciones y las ejecuciones extrajudiciales constituyen crímenes contra la humanidad.

Las medidas recientes adoptadas por el gobierno hondureño ofrecen la perspectiva que estos derechos serán más respetados en el futuro de lo que han sido en el pasado. El gobierno ha empezado a reforzar a las instituciones democráticas, a imponer controles sobre los militares, investigar las violaciones de los derechos humanos del pasado y los que ocurren en la actualidad, desenterrar fosas clandestinas, y a llevar la justicia a aquellos que ordenaron e implementaron las violaciones a los derechos humanos.

Conclusión final

Los motivos para realizar esta investigación fueron el documentar los efectos de las violaciones a los derechos humanos y evaluar las necesidades de salud mental de las víctimas de dichas violaciones. Tanto la represión política y la represión psicológica enmudecen a las personas. Es importante el no entrar en colusión con esta represión, sino en cambio romper el silencio y la negación llevando a la luz pública estos abusos de derechos humanos y sus consecuencias multifacéticas. La psicoterapia es sólo un aspecto del proceso de curación. La reparación es otro aspecto, y es aún más fundamental en este proceso. Se tiene la esperanza que el proceso de la democratización y de las reparaciones sociales continuará y que llegará a ser más

abarcador y que se consolidará. Esto permitiría que finalmente se logre desarrollar un duelo colectivo por los abusos del pasado, y ayudaría a prevenir una repetición de estos abusos en el futuro. Por último, esperamos que este estudio contribuya a la lucha que realizan los sobrevivientes/víctimas de los abusos de derechos humanos para recibir la atención social, política y psicosocial que requieren y merecen.

Bibliografía

Adorno, T.W. (Comp.). (1950). *The Authoritarian Personality*. New York: Harper & Row.

Adorno, T.W. (1951). Freudian Theory and the Pattern of Fascist Propaganda. En *The Essential Frankfurt School Reader*. New York: Continuum, 1985.

Adorno, T.W. (1968). Sociology and Psychology II. *New Left Review, 47*, 79-97.

Allen, P. y R. Solari. (1994). The women of Calamá. *Common Boundary*, Mayo/Junio, 25-29.

Allodi, F. (1980). The psychiatric effects in children and families of victims of political persecution and torture. *Danish Medical Bulletin*, 27, 229-232.

Almendares, J. (1991, 6 de diciembre). Desaparecido! No eres vida y no eres muerte. *Tiempo*, 23.

Amati, S. (1990). Aportes psicoanalíticos al conocimiento de los efectos de la violencia institucionalizada. En H. Riquelme (Comp.), *Era de nieblas: Derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial en América Latina* (17-30). Caracas: Nueva Sociedad.

American Psychiatric Association. (1994). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: Fourth Edition (DSM-IV)* [Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales]. Washington, D.C.: American Psychiatric Association.

Amnistía Internacional. (1994). *Desapariciones forzadas y homicidios políticos. La crisis de los derechos humanos en los*

noventa. Manual para la acción. Madrid: Amnistia Internacional.

Antelman, S. (1988). Time dependent sensitization as the cornerstone for a new approach to pharmacotherapy: Drugs as foreign or stressful stimuli. *Drug Development Research, 14*, 1-30.

Arendt, H. (1966). *The Origins of Totalitarianism*. New York: Harcourt, Brace & World.

Arroyo, M. y S. Eth. (1985). Children traumatized by Central American warfare. En S. Eth y R. Pynoos (Comps.), *Post-traumatic Stress Disorder in Children*, (101-120). Washington, D.C.: American Psychiatric Press.

Baker, A. (1990). The psychological impact of the Intifada on Palestinian children in the Occupied West Bank and Gaza: An exploratory study. *American Journal of Orthopsychiatry, 60*, 496-505.

Becker, D., Castillo, M.I., Gomez, E., Kovalskys, J., y E. Lira. (1992). Psicopatología y proceso psicoterapéutico de situaciones políticas traumáticas. En I. Martín-Baró (comp.), *Psicología social de la guerra* (286-300). San Salvador: UCA Editores.

Becker, D., Castillo, M.I., Gomez, E. y S. Salamovich. (1987). Muerte y duelo. En E. Weinstein, E. Lira y M.E. Rojas (Comps.), *Trauma, duelo y reparación* (195-232). Santiago: Editorial Interamericana.

Becker, D. y E. Lira (Comps.). (1990). *Derechos humanos: Todo es según el dolor con que se mira*. Santiago: Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos.

Becker, D., Morales, G. y M.I. Aguilar. (Comps.). (1994). *Trauma psicosocial y adolescentes Latinoamericanos: Formas de acción grupal*. Santiago: Ediciones ChileAmérica.

Benedek, E.P. (1985). Children and psychic trauma: A brief review of contemporary thinking. En S. Eth y R. Pynoos (Comps.), *Post-traumatic Stress Disorder in Children* (1-16). Washington, D.C.: American Psychiatric Press.

Berlinsky, E.B. y H.B. Biller. (1982). *Parental Death and Psychological Development*. Lexington, Mass.: Lexington Books.

Berren, M.R., Beigel, A. y S. Ghertner. (1986). A typology for the classification of disasters. En R.H. Moos (Comp.), *Coping with Life Crises: An Integrated Approach* (295-306). New York: Plenum Press.

Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss, Volume 1: Attachment*. New York: Basic Books.

Boss, P. (1977). A clarification of the concept of psychological father presence in families experiencing ambiguity of boundary. *Journal of Marriage and the Family, 35*, 141-151.

Bracken, P., Giller, J. y D. Summerfield. (1995). Psychological responses to war and atrocity: The limitations of current concepts. En *Social Science and Medicine, 40*, 1073-1082.

Bryce, J., Walker, N., Ghorayeb F. y M. Kanj. (1989). Life experiences, response styles and mental health among mothers and children in Beirut, Lebanon. *Social Science and Medicine, 28*, 685-695.

Cecchi de Ianowski, V. y N. Sakalik de Montagna. (1986). Perturbaciones en la tarea de un equipo terapéutico ante la sospecha de estar trabajando con un hijo de desaparecidos. En Grupo de Investigación Psicoanalítica sobre los Efectos de la Represión Política (Comps.), *Argentina, psicoanálisis, represión política* (79-88). Buenos Aires: Ediciones Kargieman.

CEDOH (Centro de Documentación de Honduras) (1994). Corrupción: Noviembre 16-diciembre 15 de 1994. *Boletín Informativo Honduras, 164*, December, 3-4.

CEDOH (Centro de Documentación de Honduras) (1995a). La corrupción impide formar hombres y mujeres capaces de ejercer la responsabilidad social. *Boletín Informativo Honduras, 165*, January, 8-9, 15.

CEDOH (Centro de Documentación de Honduras) (1995b). Acontecer político y social: Diciembre 16 de 1994-

enero 15 de 1995. *Boletín Informativo Honduras, 165,* January, 12-15.
Centre for the Victims of Torture/Nepal. (1993). Disappeared persons: A search in vain. *Voice Against Organized Violence, 5,* 5-7.
Chodoff, P. (1986). Survivors of the Nazi holocaust. En R.H. Moos (Comp.), *Coping with Life Crises: An Integrated Approach* (407-414). New York: Plenum Press.
COFADEH (Comité de Familiares de Detenidos-Desaparecidos en Honduras). (1991). *Desaparecidos, 1* (8), 3.
Cohen, R. (1994, 31 de diciembre). One Bosnian family, torn apart and scattered. *The New York Times,* 1, 4, 5.
Coles, R. (1986). *The Political Life of Children.* Boston: The Atlantic Monthly Press.
Comas-Díaz, L. y A.M. Padilla. (1990). Countertransference in working with victims of political repression. *American Journal of Orthopsychiatry, 60,* 125-134.
Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas. (1984). *Nunca más.* Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
Comisionado Nacional de Protección de los Derechos Humanos. (1994). *Los hechos hablan por sí mismos: Informe preliminar sobre los desaparecidos en Honduras 1980-1993.* Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.
Corradi, J.E., Fagen, P.W. y M.A. Garretón (Comps.). (1992). *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America.* Berkeley: University of California Press.
CRIES (Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales) (1994). *Centroamérica: Anuario CRIES 1994.* Managua: Latino Editores.
Davidson, W.V. (1994). Honduras. *Compton's Interactive Encyclopedia.*
Dawes, A. (1990). Effects of political violence on children: A consideration of South African and related studies. *International Journal of Psychology, 25,* 13-31.
Dawes, A., Tredoux, C. y A. Feinstein. (1989). Political violence in South Africa: Some effects on children of the violent destruction of their community. *International Journal of Mental Health, 18,* 16-43.
Dommisse, J. (1986). The psychological effects of apartheid psychoanalysis: Social, moral and political influences. *International Journal of Social Psychiatry, 32,* 51-63.
Dreman, S. y E. Cohen. (1990). Children of victims of terrorism revisited: Integrating individual and family treatment approaches. *American Journal of Orthopsychiatry, 60,* 205-209.
DuBois, L. (1990). Torture and the construction of an enemy: The example of Argentina 1976-1983. *Dialectical Anthropology, 15,* 317-328.
Dunayevich, M. (1986). Algunas consideraciones sobre la agresión del estado y sus consecuencias sociales y mentales. En Grupo de Investigación Psicoanalítica sobre los Efectos de la Represión Política (Comps.), *Argentina, psicoanálisis, represión política* (41-48). Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
Egendoorf, A. (1995). Hearing people through their pain. *Journal of Traumatic Stress,*
Epstein, R. (1989). Posttraumatic Stress Disorder: A review of diagnostic and treatment issues. *Psychiatric Annals, 19* (10), 556-563.
Eth, S. y R. Pynoos. (1985). Interaction of Trauma and Grief in Childhood. En S. Eth y R. Pynoos (Comps.), *Post-Traumatic Stress Disorder in Children* (171-186). Washington, D.C.: American Psychiatric Press.
Fanon, F. (1952). *Black Skin, White Masks.* New York: Grove Press, 1967.
Fanon, F. (1961). *Los condenados de la tierra.* México: fondo de Cultura Económica, 1963.
Fariña, J.J. (1987). El terrorismo de estado como fantasma. En Movimiento Solidario de Salud Mental (Comps.), *Terrorismo de estado: Efectos psicológicos en los niños* (153-159). Buenos Aires: Editorial Paidos.
Faúndez, H. (1990). El lenguaje del miedo: dinámicas colectivas de la comunicacion bajo el terror en Chile. En H.

Riquelme (Comp.), *Era de nieblas: Derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial en América Latina* (87-95). Caracas: Nueva Sociedad.
Figley, C.H. (1986). Traumatic stress: The role of the family and social support system. En C.H. Figley (Comp.), *Trauma and Its Wake, Volume II: Traumatic Stress Theory, Research and Intervention* (39-54). New York: Brunner/Mazel.
Figley, C.H. (1988). Toward a field of traumatic stress. *Journal of Traumatic Stress, 1*, 3-16.
Flannery, R.B. (1990). Social support and psychological trauma: A methodological review. *Journal of Traumatic Stress, 3*, 595-611.
Frankl, V. (1959). *Man's Search for Meaning*. New York: Simon and Schuster.
Frankl, V. (1967). *Psychotherapy and Existentialism*. New York: Simon and Schuster.
Freud, A. y D. Burlingham. (1943). *War and Children*. New York: International Universities Press.
Furman, E. (1986). On trauma: When is the death of a parent traumatic? *Psychoanalytic Study of the Child, 41*, 191-208.
Furman, E. (sin fecha). Bereavement in Childhood. Manuscrito. 1983 Studies in Childhood Bereavement...
Galli, V.A. (1986). Agresión, psicoanálisis, historia actual. In Grupo de Investigación Psicoanalítica sobre los Efectos de la Represión Política (Comps.), *Argentina, psicoanálisis, represión política* (31-40). Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
Garmezy, N. (1986). Children under severe stress: Critique and commentary. *American Journal of Child Psychiatry*, 384-392.
Garretón, M.A. (1992). Fear in military regimes: An overview. En J.E. Corradi, P.W. Fagen and M.A. Garretón (Comps.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (13-25). Berkeley: University of California Press.
Graziano, F. (1992). *Divine Violence: Spectacle, Psychosexuality & Radical Christianity in the Argentine "Dirty War"*.

Boulder, Colo.: Westview Press. Gruber, K.L. (1995). Psychological effects on Salvadoran Children: A controlled, quantitative study. Ponencia, Eleventh Annual Meeting of the International Society for Traumatic Stress Studies, Boston, Massachussetts, 4 de noviembre.
Grupo de Investigación Psicoanalítica sobre los Efectos de la Represión Política, eds. (1986). *Argentina, psicoanálisis, represión política*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
Herman, J.L. (1992a). Complex PTSD: A syndrome in survivors of prolonged and repeated trauma. *Journal of Traumatic Stress, 5*, 377-391.
Herman, J.L. (1992b). *Trauma and Recovery*. New York: BasicBooks.
Hernández, L. y O.A. Puerto. (1993). *Mujeres contra la muerte*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.
Hiley-Young, B. (1992). Trauma reactivation assessment and treatment: Integrative case examples. *Journal of Traumatic Stress, 5*, 545-555.
Hollander, N.C. (1992). Psychoanalysis and state terror in Argentina. *American Journal of Psychoanalysis, 52*, 273-289.
Holoday, M., Armsworth, M.W., Swank, P.R., y K.R. Vincent. (1992). Rorschach responding in traumatized children and adolescents. *Journal of Traumatic Stress, 5*, 119-129.
Hunter, E. J. (1988). Long-term effects of parental wartime captivity on children: Children of POW and MIA servicemen. *Journal of Contemporary Psychotherapy, 18*, 312-328.
Jacoby, R. (1975). *Social amnesia: A critique of conformist psychology from Adler to Laing*. Sussex: The Harvester Press.
Jauregui, M. y M. de Peña. (1993). Globalizando una experiencia traumática. Ponencia, Sexto Simposio Internacional, La Tortura: Un Desafío para los Médicos y Otros Profesionales de la Salud. Buenos Aires, Argentina, octubre 20-22.

Kinzie, J.D., Sack, W., Angell, R., Manson, S. y B. Rath. (1986). The psychiatric effects of massive trauma on Cambodian children: I. The children. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry, 25*, 370-376.
Kolb, L. (1993). The psychobiology of PTSD: Perspectives and reflections of the past, present and future. *Journal of Traumatic Stress, 6*, 293-304.
Kooperkamp, E. (1992). An examination of Post-Traumatic Stress Disorder in urban African-American children. Tesis de doctorado. City University of New York.
Kordon, D., y L. Edelman. (1986). *Efectos psicológicos de la represión política*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta.
Kordon, D., Edelman, L., Lagos, D. y D. Kersner. (1995). *La impunidad: Una perspectiva psicosocial y clínica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
Krystal, H. (1988). *Integration and Self-healing: Affect, Trauma, Alexithymia*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
Krystal, H. (1993). Beyond the DSM-III-R: Therapeutic considerations in Posttraumatic Stress Disorder. En J. Wilson y B. Raphael (Comps.), *International Handbook of Traumatic Stress Syndromes* (841-854). New York: Plenum Press.
Lantz, J. (1992). Using Frankl's concepts with PTSD clients. *Journal of Traumatic Stress, 5*, 485-490.
Lechner, N. (1992). Some people die of fear: Fear as a political problem. En J.E. Corradi, P.W. Fagen y M.A. Garretón (Comps.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (26-35). Berkeley: University of California Press.
Levitt, A.A. y A. Truumaa. (1972). *The Rorschach Technique with Children and Adolescents: Application and Norms*. New York: Grune & Stratton.
Lifton, R.J. (1988). Understanding the traumatized self: Imagery, symbolization, and transformation. En J. Wilson, Z. Havel y B. Kahana (Comps.), *Human Adaptation to Extreme Stress* (7-31). New York: Plenum.

Lira, E. (1988). Consecuencias psicosociales de la represión en Chile. *Revista de Psicologia de El Salvador*, 28, 143-159.
Lira, E., Weinstein, E., Dominguez, R., Kovalskys, J., Maggi, A., Morales, E. y F. Pollarolo. (1984). *Psicoterapia y represión política*. Mexico, D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
Lonetto, R. (1980). *Children's Conceptions of Death*. New York: Springer Publishing Company.
Lorch, D. (1994, 16 de septiembre). Children's drawings tell horror of Rwanda in colors of crayons. *The New York Times*, 1, 3.
Lyons, J. (1987). Posttraumatic stress disorder in children and adolescents: A review of the literature. *Developmental and Behavioral Pediatrics, 8*, 349-356.
Lyons, J. (1991). Strategies for assessing the potential for positive adjustment following trauma. *Journal of Traumatic Stress, 4*, 93-111. Macksoud, M. (1994). Assessing war trauma in children: A case study of Lebanese children. *Journal of Refugee Studies*.
Macksoud, M. y L. Aber. (sin fecha). *The War Experiences and Psychosocial Development of Children in Lebanon*. Center for the Study of Human Rights, Project on Children and War. New York: Columbia University.
Macksoud, M., Aber, L., Dyregrov, A. y M. Raundalen. (1990a). *Post-Traumatic Stress Reaction Checklist*. Center for the Study of Human Rights, Project on Children and War. New York: Columbia University.
Macksoud, M., Aber, L., Dyregrov, A. y M. Raundalen. (1990b). *Child Behavior Inventory*. (Center for the Study of Human Rights, Project on Children and War. New York: Columbia University.
Macksoud, M., Dyregrov, A. y M. Raundalen. (1993). Traumatic war experiences and their effects on children. En J. Wilson y B. Raphael (Comps.), *International Handbook of Traumatic Stress Syndromes* (625-634). New York: Plenum Press.
Martín-Baró, I. (1989). The psychological consequences of political terrorism. Presentado en el Symposium on

The Psychological Consequences of Political Terrorism, Berkeley, 17 de enero.

Martín-Baró, I. (Comp.). (1992). *Psicología social de la guerra.* San Salvador: UCA Editores.

McCubbin, H.I., Hunter, E.J. y B.B. Dahl. (1975). Residuals of war: Families of prisoners of war and servicemen missing in action. *Journal of Social Issues, 4,* 95-109.

Medvedev, R.A. (1989). *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism.* New York: Columbia University Press.

Melville, M. y B. Lykes. (1992). Guatemalan Indian children and the sociocultural effects of government-sponsored terrorism. *Social Science and Medicine, 34,* 533-548.

Memmi, A. (1965). *The Colonizer and the Colonized.* New York: Orlon Press.

Miller, K.E. (1993). The Psychological Effects of Political Repression on Children: An Integrative Review of the Literature. Manuscrito.

Moos, R.H. y J.A. Schaefer. (1986). Life transitions and crises: A conceptual overview. En R.H. Moos (Comp.), *Coping with Life Crises: An Integrated Approach* (3-28). New York: Plenum Press.

Moreira Alves, M.H. (1992). Cultures of fear, cultures of resistance: The new labor movement in Brazil. En J.E. Corradi, P.W. Fagen y M.A. Garretón (Comps.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (184-211). Berkeley: University of California Press.

Movimiento Solidario de Salud Mental. (1987). *Terrorismo de estado: efectos psicológicos en los niños.* Buenos Aires: Editorial Paidos.

Neuman, E., Monreal, E. y C. Macchiavello. (1990). Violación de los derechos fundamentales: reparación individual y social. En H. Riquelme (Comp.), *Era de nieblas: derechos humanos, terrorismo de estado y salud psicosocial en América Latina* (147-152). Caracas: Nueva Sociedad.

Oakley, P. y M.C. Salazar. (1993). *Niños y violencia: El caso de América Latina.* Bogotá: Tercer Mundo Editores/Save the Children Fund UK.

Punamaki, R.L. (1992). Una infancia aa la sombra de la guerra. Estudio psicológico de las actitudes y vida emocional de los niños israelíes y palestinos. En I. Martín-Baró (Comp.), *Psicología social de la guerra* (252-268). San Salvador: UCA Editores.

Punamaki, R.L. y R. Suleiman. (1990). Predictors and effectiveness of coping with political violence among Palestinian children. *British Journal of Social Psychology, 29,* 67-77.

Pynoos, R. (1994).

Quirk, G. (1992). Symptoms that do not disappear. *Links Health and Development Report, 9,* 4-5.

Quirk, G. y L. Casco. (1994). Stress disorders of families of the disappeared: A controlled study in Honduras. *Social Science and Medicine,* 39, 1675-1679.

Realmuto, G.M., Masten, A., Flies Carole, L., Hubbard, J., Groteluschen, A. y B. Chhun. (1992). Adolescent survivors of massive childhood trauma in Cambodia: Life events and current symptoms. *Journal of Traumatic Stress,* 5, 589-599.

Reich, W. (1933). *The Mass Psychology of Fascism.* New York: Farrar, Straus & Giroux, 1970.

Rial, J. (1992). Makers and guardians of fear: Controlled terror in Uruguay. En J.E. Corradi, P.W. Fagen y M.A. Garretón (Comps.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (90-103). Berkeley: University of California Press.

Richman, Naomi. (1993). *Comunicándose con los niños: Como ayudar a niños en situaciones de conflicto.* Bogotá: Save the Children U.K.

Riquelme, H. (1990). Lo real espantoso: efectos psicoculturales del terrorismo de estado en América del Sur. En H. Riquelme (Comp.), *Era de nieblas: derechos humanos,*

terrorismo de estado y salud psicosocial en América Latina (125-140). Caracas: Nueva Sociedad.
Riquelme, H. (Comp.). (1990). *Era de nieblas: derechos humanos, terrorismo de estado y salud psicosocial en América Latina.* Caracas: Nueva Sociedad.
Ritterman, M. (1987). Torture: The counter-therapy of the State. *Networker*, enero-febrero, 43-47.
Rosenberg, M.B. and Colburn, F.D. (1989). Le gouvernement des casernes: 1963-1986. *Les Temps Modernes, 44*, 226-50.
Salimovich, S., Lira, E. y E. Weinstein. (1992). Victims of fear: The social psychology of repression. En J.E. Corradi, P.W. Fagen y M.A. Garretón (Comps.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (72-89). Berkeley: University of California Press.
Samayoa, J. (1987). Guerra y deshumanización: Una perspectiva psicosocial. *Estudios Centroamericanos, 461*, 213-225.
Schirmer, J. (1986). Chile: The loss of childhood. *Cultural Survival Quarterly, 10*, 40-42.
Seminario Internacional Sobre la Tortura en América Latina (1986). Seminario Internacional Sobre la Tortura en América Latina. *Territorios*, 2, 18-21.
Shepherd, P.L. (1986). Honduras. In M.J. Blachman, W.M. LeoGrande, and K. Sharpe (Eds.), *Confronting Revolution: Security Through Diplomacy in Central America* (pp. 125-155). New York:
Simms, C. (1995a, 13 de marzo). Argentine tells of dumping 'Dirty War' captives into sea. *The New York Times*, A1, A8.
Simms, C. (1995b, 25 de marzo). Argentina to issue new list of missing in "Dirty War." *The New York Times, 4*.
Sonnenberg, S. (1988). Victims of violence and Post-Traumatic Stress Disorder. *Psychiatric Clinics of North America, 11*, 581-590.
Southwick, S., Krystal J., Johnson, D. y D. Charney. (1995). Neurobiology of Post-Traumatic Stress Disorder. En

G. Everly y J. Lating (Comps.), *Psychotraumatology* (49-72). New York: Plenum Press.
Spear, W.E. y A. Sugarman. (1984). Dimensions of internalized object relations in borderline and schizophrenic patients. *Psychoanalytic Psychology, 1*, 113-129.
Spiegel, D. (1988). Dissociation and hypnosis in Post-traumatic Stress Disorders. *Journal of Traumatic Stress, 1*, 17-33.
Stephen, L. (1995). Women's rights are human rights: The merging of feminine and feminist interests among El Salvador's mothers of the disappeared (CO-MADRES). *American Ethnologist*, 22, 807-827.
Suárez-Orozco, M. (1987). The treatment of children in the "Dirty War": Ideology, state terrorism and the abuse of children in Argentina. En N. Scheper-Hughes (Comp.), *Child Survival* (227-246). Dordrecht: D. Reidel.
Taussig, M. (1984). Culture of terror— space of death. Roger Casement's Putumayo Report and the explanation of torture. *Comparative Studies in Society and History, 26*, 467-497.
Terr, L.C. (1990). *Too Scared to Cry*. New York: Harper & Row.
Terr, L.C. (1991). Childhood traumas: An outline and overview. *American Journal of Psychiatry, 148*, 10-20.
Tortorici Picado, J. (1988). The war in El Salvador: The child as witness, participant, casualty, survivor: A Phenomenological study. Tesis de doctorado, University of Southern California.
Tsoi, M., Yu, G. y F. Lieh-Mak. (1986). Vietnamese refugee children in camps in Hong Kong. *Social Science and Medicine*, 23, 1147-1150.
Tuber, S.B. (1989). Assessment of children's object-representations with the Rorschach. *Bulletin of the Menninger Foundation, 53*, 432-441.
Tuber, S.B. y S. Coates. (1989). Indices of psychopathology in the Rorschachs of boys with severe gender identity disorder: A comparison with normal control subjects. *Journal of Personality Assessment, 53*, 100-112.

Tully, S.R. (1995). A painful purgatory: Grief and the Nicaraguan mothers of the disappeared. *Social Science and Medicine, 40*, 1597-1610.

Ulman, R. y D. Brothers. (1988). *The Shattered Self: A Psychoanalytic Study of Trauma*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.

United Nations Development Programme. (1995). Human Development Report 1995. Nueva York: Oxford University Press.

Urist, J. y M. Shill. (1982). Validity of Rorschach Mutuality of Autonomy scale: A replication using excerpted responses. *Journal of Personality Assessment, 46*, 450-454.

van der Kolk, B.A. (1987). *Psychological Trauma*. Washington, D.C.: American Psychiatric Press.

van der Kolk, B.A. (1994). Trauma and the Rorschach: Integration and elaboration of research and clinical practice. Taller, Tenth Annual Meeting of the International Society for Traumatic Stress Studies, Chicago, Illinois, noviembre.

van der Kolk, B.A. y C.P. Ducey. (1989). The psychological processing of traumatic experience: Rorschach patterns in PTSD. *Journal of Traumatic Stress, 2*, 259-274.

van der Kolk, B.A., Greenberg, M. y S. Orr. (1989). Endogenous opioids, stress-induced analgesia and post-traumatic stress disorder. *Psychopharmacology Bulletin, 25*, 417-421.

Weinstein, E., Lira, E. y M.E. Rojas (Comps.). (1987). *Trauma, duelo y reparación*. Santiago: Editorial Interamericana.

Weisaeth, L. and Eitinger, L. (1993). Posttraumatic stress phenomena: Common themes across wars, disasters, and traumatic events. In J.P. Wilson and B. Raphael (Comps.), *International Handbook of Traumatic Stress Syndromes* (pp. 69-77). New York: Plenum Press.

Wortman, C.B. y R.C. Silver. (1989). The myths of coping with loss. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 57* (3), 349-357.

Yule, W. y R.M. Williams. (1990). Post-traumatic stress reactions in children. *Journal of Traumatic Stress, 3*, 279-295.

Zukerfeld, R. (1986). Agresión e idealización: Argentina 1976-1983. En Grupo de Investigación Psicoanalítica sobre los Efectos de la Represión Política (Comps.), *Argentina, psicoanálisis, represión política* (49-56). Buenos Aires: Ediciones Kargieman.

Apéndice A

Cuestionario para los padres

1. NIÑO: M F
2. COMUNIDAD DONDE RESIDE:
3. ¿DONDE NACIO?:
4. EDAD: FECHA DE NACIMIENTO:
5. EDAD DEL NIÑO CUANDO DESAPARECIO/FUE ASESINADO EL PADRE:
6. EDAD DEL PADRE EN AQUEL ENTONCES:
7. AÑO ESCOLAR: A. ¿Lee y escribe?

   B. Problemas escolares: conducta bajo rendimiento
8. PROBLEMAS DE SALUD:
9. NIÑO VIVE CON: 1. propia familia/casa 2. otra familia/casa
10. ACTUALMENTE, EL RESPONSABLE DEL CUIDADO DEL NIÑO:

    1. madre 2. hermanos 3. otros familiares- especifique
11. EMPLEO DE LOS RESPONSABLES DEL NIÑO:

    persona empleo

    1.

    2.
12. EMPLEO DEL PADRE DESAPARECIDO/ASESINADO:
13. NIVEL DE ESCOLARIDAD DE LOS RESPONSABLES DEL NIÑO:

    persona grado

    1.

    2.
14. ESCOLARIDAD DE PADRE DESAPARECIDO/ASESINADO:

    A. otros estudios/entrenamiento:

15. ACTUALMENTE, ¿CUAL ES LA SITUACION ECONOMICA DE LA FAMILIA?

	muy pobre	pobre	clase media	rica
A. casa				
B. ingresos				
C. no. de personas viviendo en casa				

16. ANTES DE LA DES/ASES, LA SITUACION ECONOMICA DE LA FAMILIA ERA:

	muy pobre	pobre	clase media	rica
A. casa				
B. ingresos				

17. ¿LA DES/ASES AFECTO LA SITUACION ECONOMICA FAMILIAR? ¿Cómo?
17a. ¿DE QUE OTRAS MANERAS AFECTO A LA FAMILIA?
18. INFORMACION SOBRE LA DESAPARICION/ASESINATO: ¿Qué sucedió?
¿Cuándo y cómo supieron?
¿Qué le contaron al niño? ¿Cuándo y cómo?
19. PADRE DESAPARECIDO: ¿Piensa Ud. que él está vivo o muerto? ¿Qué piensa el niñó?
20. PADRE ASESINADO: ¿Cómo se despidieron (funeral, novena)? DESAPARECIDO: ¿Algún acto en su honor u otra cosa?
21. ¿CON QUE FRECUENCIA SE HABLA DEL PADRE EN LA CASA?
22. ¿HABLA EL NIÑO DEL PADRE? ¿QUE DICE?
23. ¿OTRAS PERDIDAS/EXPERIENCIAS TRAUMATICAS DESPUES DE LA DEL PADRE? ¿Cómo respondió el niño?
24. REACCION DEL NIÑO A SU AUSENCIA:
25. RELIGION: Si la religión/iglesia han sido una ayuda, y ¿cómo?
26. ¿A QUE JUEGA Y QUE LE GUSTA HACER AL NIÑO? ¿Nota algo en su conducta fuera de lo común (repetitiva, violenta, extraña)?
27. ¿COMO SE LLEVA EL NIÑO CON OTROS JOVENES? ¿Tiene amigos?
28. ¿COMO SE LLEVA CON EL RESTO DE LA FAMILIA/CON SUS HERMANOS?

Apéndice B

Lista sobre la reacción de estres postraumático para niños. Versión para niños[1]

AHORA VOY A PREGUNTARTE SOBRE LAS EXPERIENCIAS QUE MAS RECUERDAS DURANTE Y DESPUES DE LA DESAPARICION/ASESINATO DE TU PAPA.

A) DESCRIBE LO QUE SUCEDIO:

B) ¿HACE CUANTO TIEMPO QUE SUCEDIO ESO, Y CUANTOS AÑOS TENIAS?
FECHA DE LA DESAPARICION/ASESINATO:
EDAD (DEL NIÑO):

C) RESPONDE A LAS PREGUNTAS QUE VOY A HACERTE, SEGUN COMO TE COMPORTAS, SIENTES O PIENSAS.

	No sé	Sí	No
1) ¿Piensas (hablas) seguido sobre lo que sucedió?			
2) ¿Te asustas o te aflijes cuando piensas o hablas sobre lo que sucedió?			

1 En la versión para padres, se emplea "el niño" en vez de "tu".

3) ¿Recuerdas seguido lo que pasó, y te imaginas que pasa nuevamente lo sucedido?
4) ¿Sueñas con lo que sucedió?
5) ¿Algunas veces sientes como si lo que sucedió estuviera ocurriendo de nuevo?
6) ¿El estar pensando acerca de lo que sucedio, hace que se te olviden facilmente las cosas? (ejemplo: lo que habías aprendido en el salón de clase)?
7) ¿Desde lo sucedido, te sientes más solo, como si nadie comprendiera lo que sientes?
8) ¿Desde lo sucedido, te preocupas que morirás jovencito?
9) ¿Desde lo sucedido, crees no disfrutar jugar con tus amigos, hacer deportes, u otras actividades tanto como antes?
10) ¿Desde lo sucedido, te cuesta dormir o quedarte dormido/a durante la noche?
11) ¿Desde lo sucedido, te asustas mucho más que antes cuando escuchas algun ruido fuerte, o cuando pasa cualquier cosa?
12) ¿Desde lo sucedido, te cuesta más que antes prestar atención a las cosas?
13) ¿Te alejas de ciertas cosas que te hacen recordar lo que sucedió?
14) ¿Tratas de olvidar lo que sucedió?

Apendice C

Inventario del comportamiento del niño. Versión para niños[2]

	No Sé	Nunca	Pocas Veces	Con Frecuencia	Siempre
1. ¿Lloras facilmente?					
2. ¿Te enojas fácilmente?					
3. ¿Te asustas fácilmente?					
4. ¿Ayudas a otros niños/jovenes?					
5. ¿Te ofreces a dirigir juegos o tareas de la escuela/colegio?					
6. ¿Te sientes triste o no feliz?					
7. ¿Te pones molesto fácilmente?					
8. ¿Tienes miedo de que algo malo te vaya a pasar?					
9. ¿Te gusta ayudar a los adultos (ej. padres, maestros)?					
10. ¿Piensas antes de hacer las cosas?					
11. ¿Te preocupan muchas cosas?					

2 En la versión para padres, se emplea "el niño" en vez de "tú".

No Sé	Nunca	Pocas Veces	Con Frecuencia	Siempre

12. ¿Insultas o amenazas a otros?
13. ¿Te dan miedo cosas que por lo general no asustan a otros niños?
14. ¿Te preocupas por los demás?
15. ¿Resuelves los problemas facilmente?
16. ¿Sientes que nadie te quiere?
17. ¿Empujas o golpeas a otros niños/jóvenes?
18. ¿Te dan miedo las situaciones nuevas o el conocer personas nuevas? 19. ¿Te pones triste cuando ves a otra gente sufriendo?
20. ¿Te sientes seguro de ti mismo?
21. ¿Tienes miedo de perder a tu familia?
22. ¿Arruinás tus cosas o las de otras personas?
23. ¿Te cuesta prestar atención a las tareas de la escuela/colegio?
24. ¿Tratas de dar consuelo y apoyo a otros cuando sufren?
25. ¿Cuándo te encuentras con obstáculos, los enfrentas, o te echas para atrás?
26. ¿Te sientes cansado?
27. ¿Desobedeces a tus padres o maestros/profesores?

No Sé	Nunca	Pocas Veces	Con Frecuencia	Siempre

28. ¿Necesitas una persona mayor presente para sentirte seguro?
29. ¿Te enojas cuando alguna injusticia es cometida hacia otros?
30. ¿Después que ha sucedido algo que te produce tension, te recuperas con facilidad, o te cuesta?
31. ¿Prefieres estar solo, en vez de con la familia o amigos?
32. ¿Tienes malgenio o te enojas facilmente?
33. ¿Compartes tus cosas (ejem. comida, ropa, jugetes) con otros?
34. ¿Tienes esperanza acerca del futuro?
35. ¿Te sientes sólo?
36. ¿Respetas las normas importantes de tu casa y la comunidad?
37. ¿Ayudas o eres amistoso con personas que han sido amistosos contigo?
38. ¿Te mantienes calmado en momentos tensos?
39. ¿Sientes que no vales nada?
40. ¿Le echas la culpa a los demás por cosas que son culpa tuya?
41. ¿Protejes a otros niños/jóvenes?

Apendice D
FIGURAS

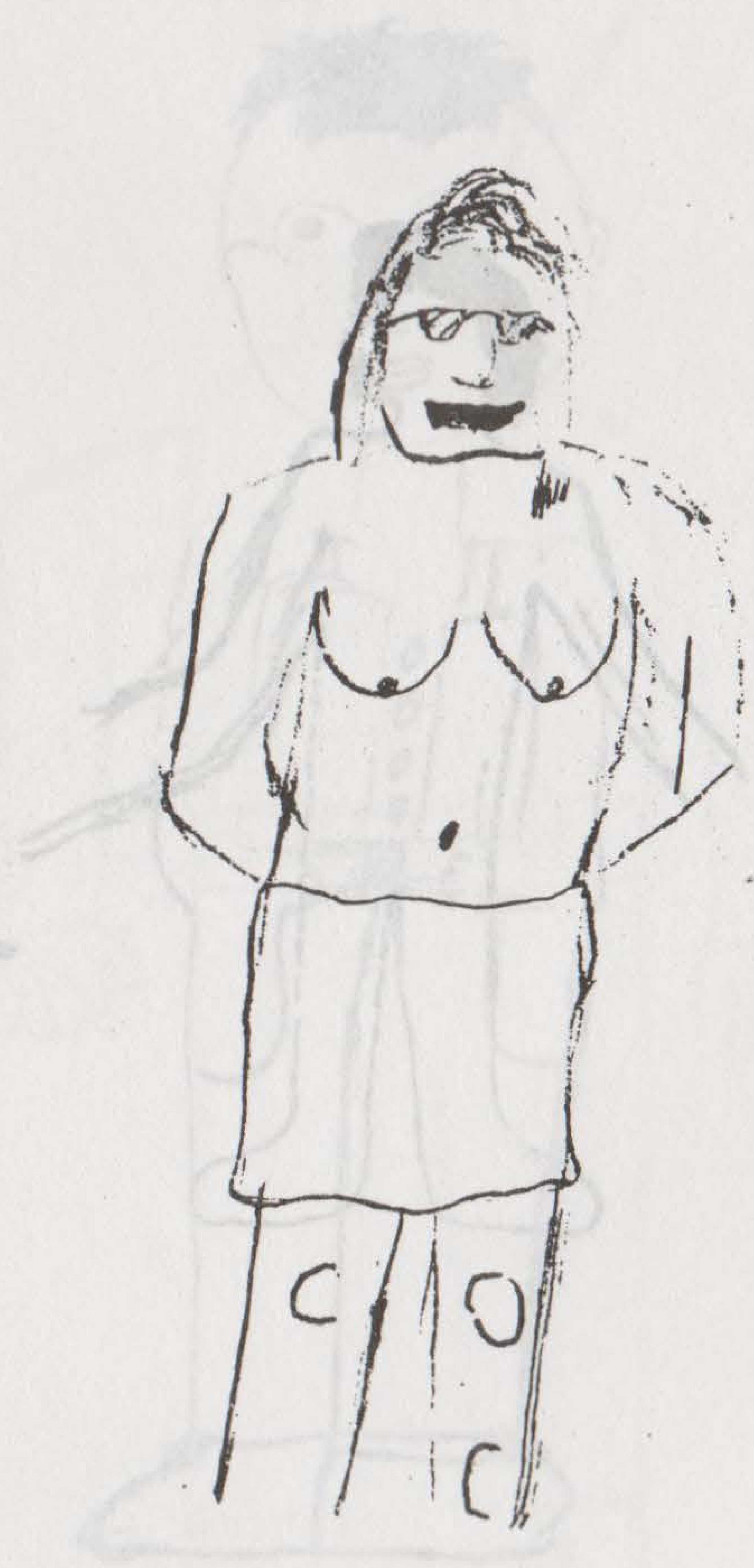


Figura 1
Dibujo de persona, mujer (Bernardo, edad 16, 8, padre desaparecido).



Figura 2

Dibujo de persona, hombre (Gabriela, edad 17, 7, padre asesinado).

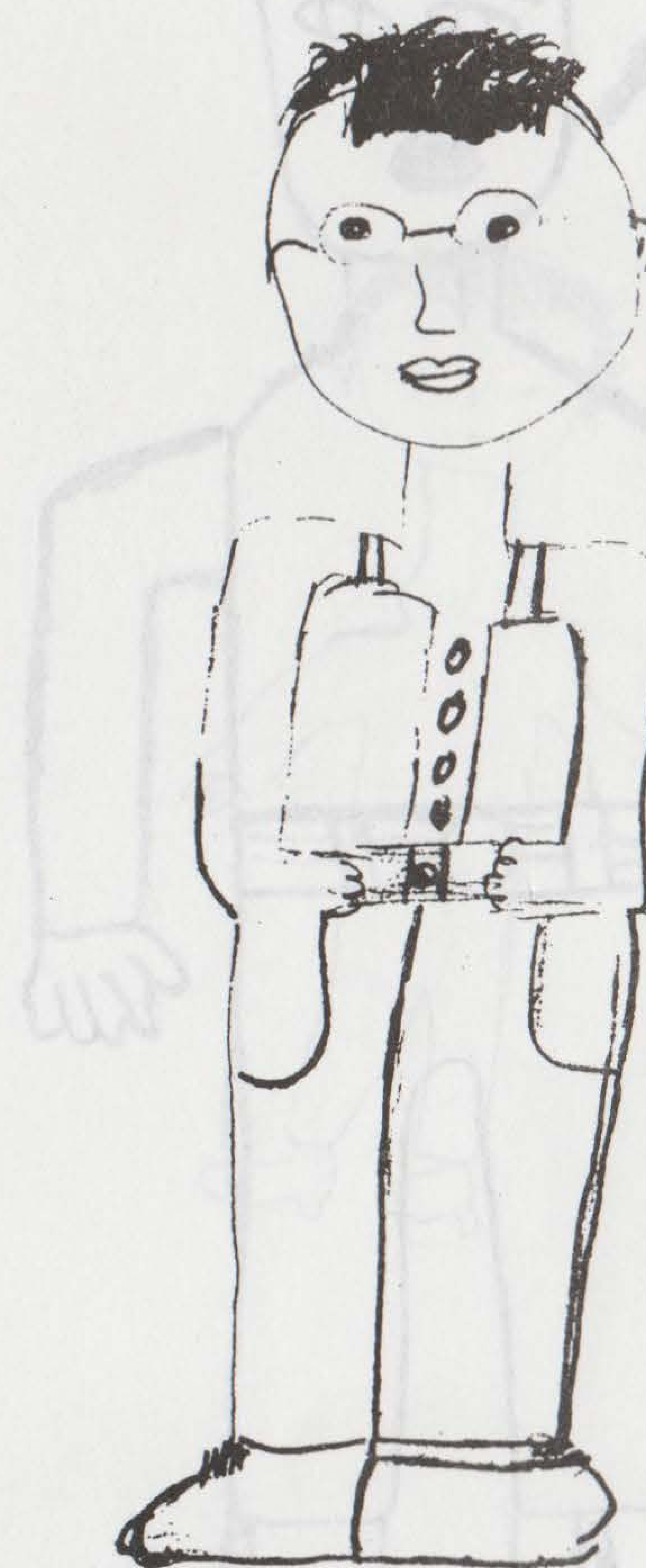


Figura 3

Dibujo de persona, hombre (Andrea, edad 15, 1, padre desaparecido).

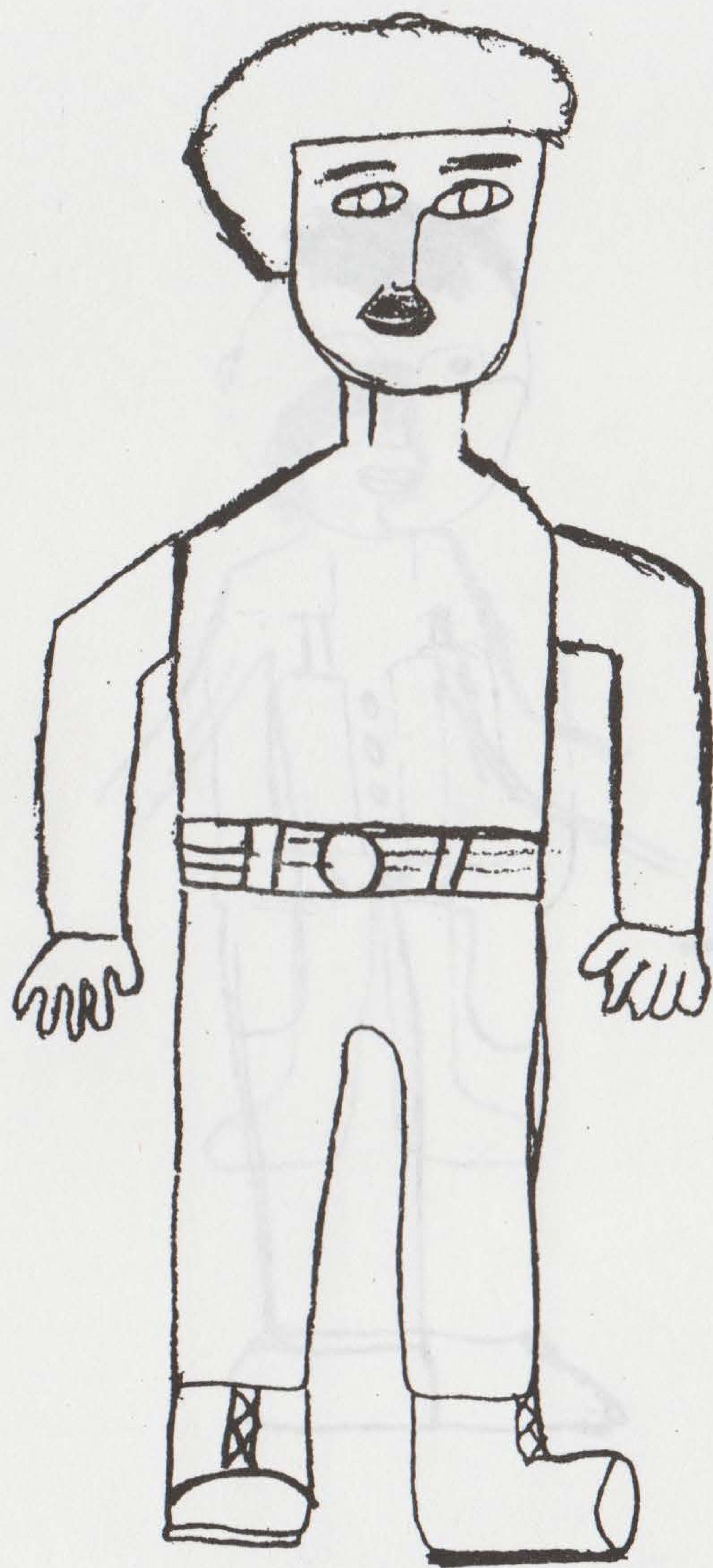


Figura 4
Dibujo de persona, mujer (Hernán, edad 11, 8, padre asesinado).



Figura 5
Dibujo de persona, hombre (Laura, edad 15, 6, padre asesinado).



Figura 6
Dibujo de persona, hombre (Carlos, edad 14, 3, padre desaparecido).



Figura 7
Dibujo de persona, mujer (Laura, edad 15, 6, padre asesinado).

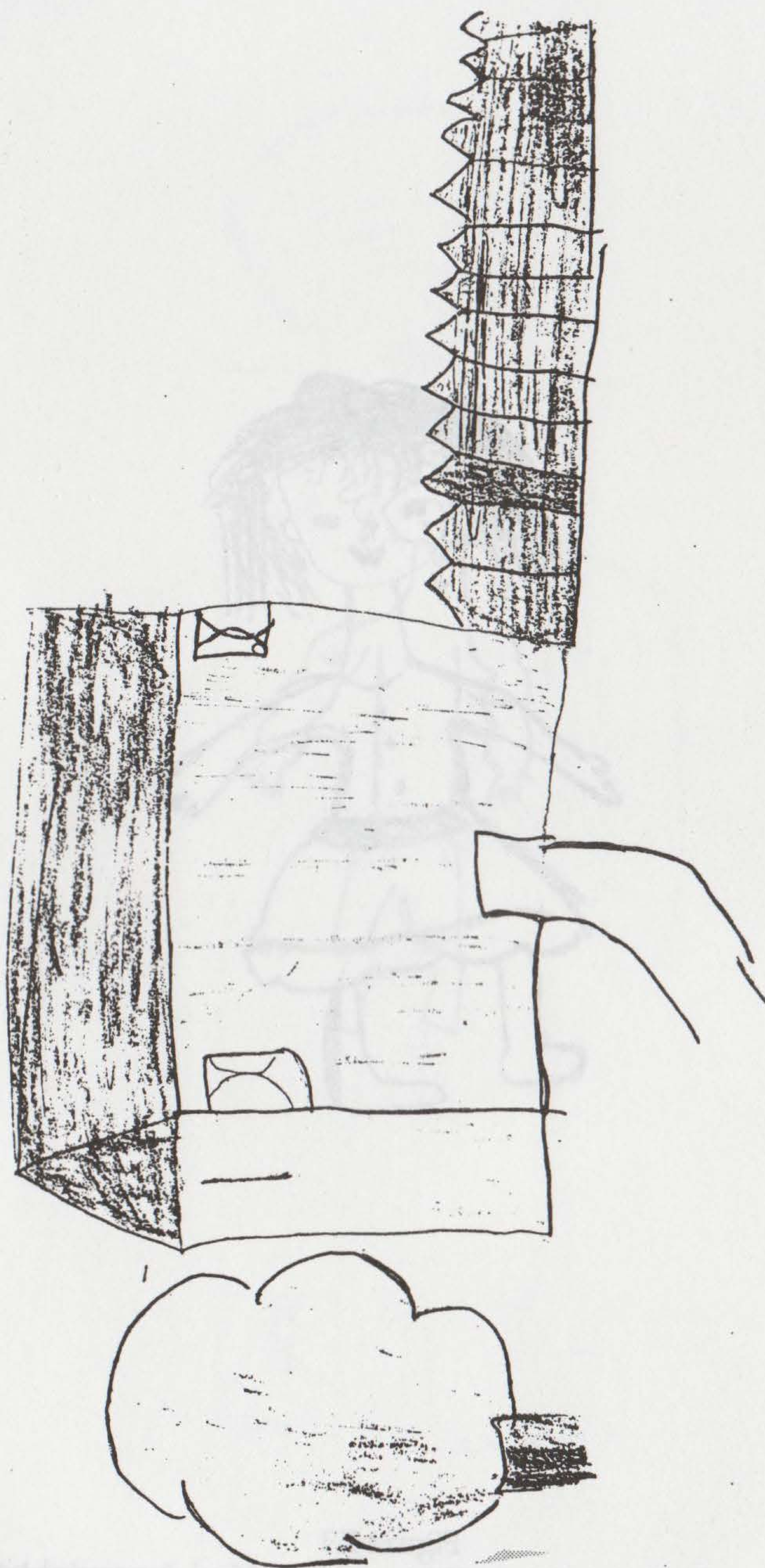
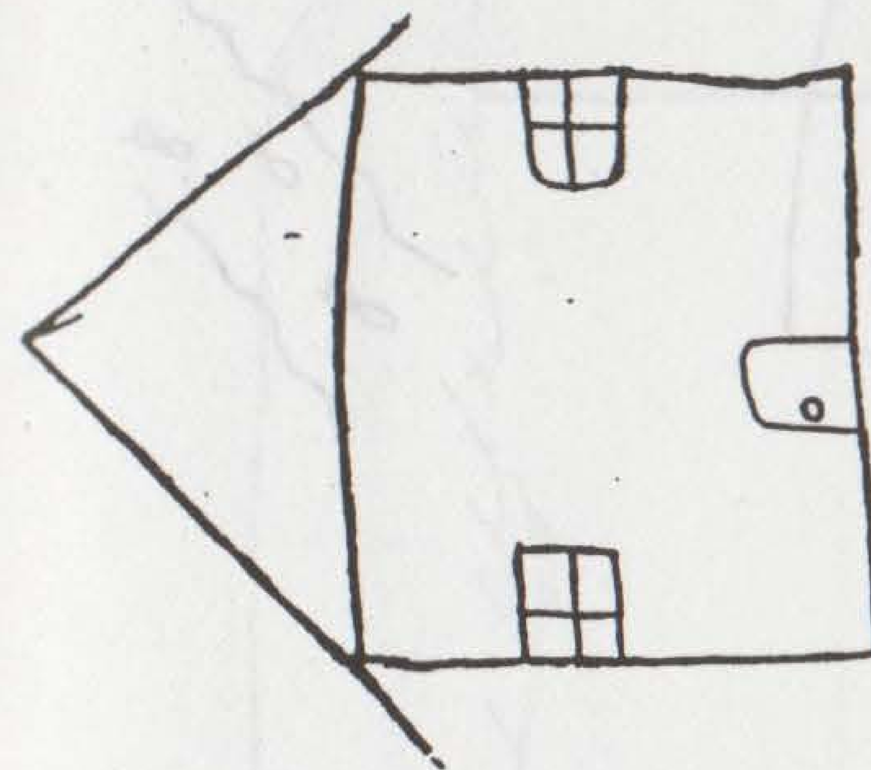


Figura 8
Dibujo de casa (Juan, edad 13, 11, padre desaparecido).



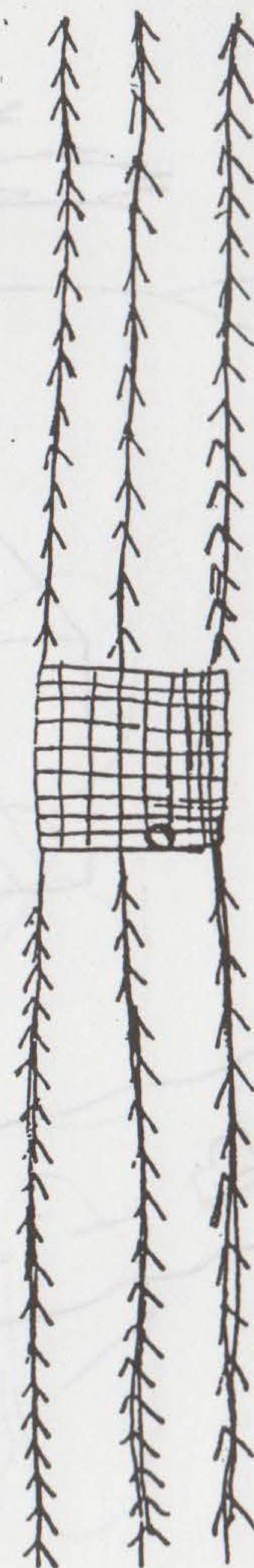


Figura 9
Dibujo de casa (Herrián, edad 11, 8, padre asesinado).

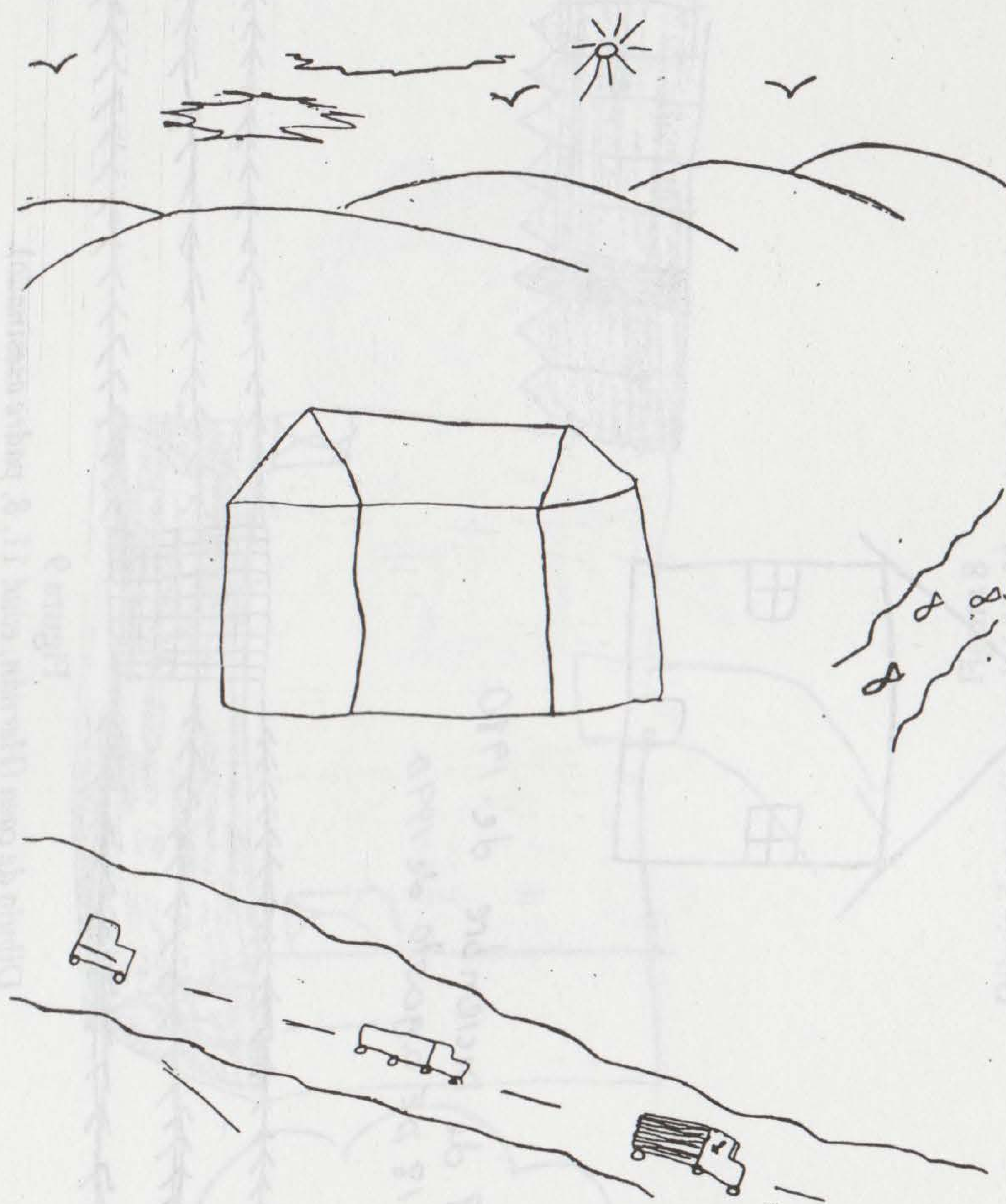


Figura 10
Dibujo de casa (Leda, edad 11, 4, padre desaparecido).

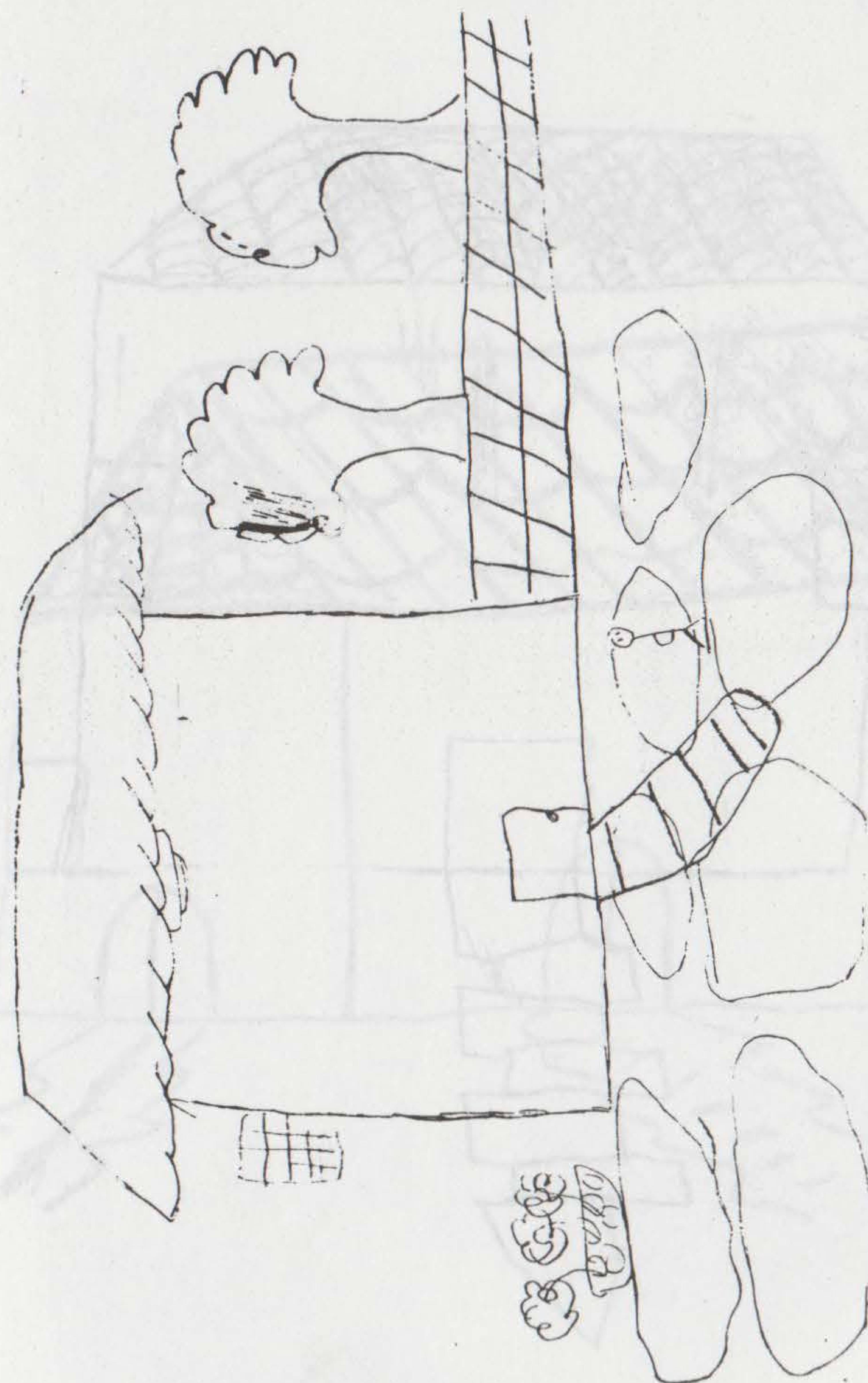


Figura 11
Dibujo de casa (Felipe, edad 14, 8, padre desaparecido).

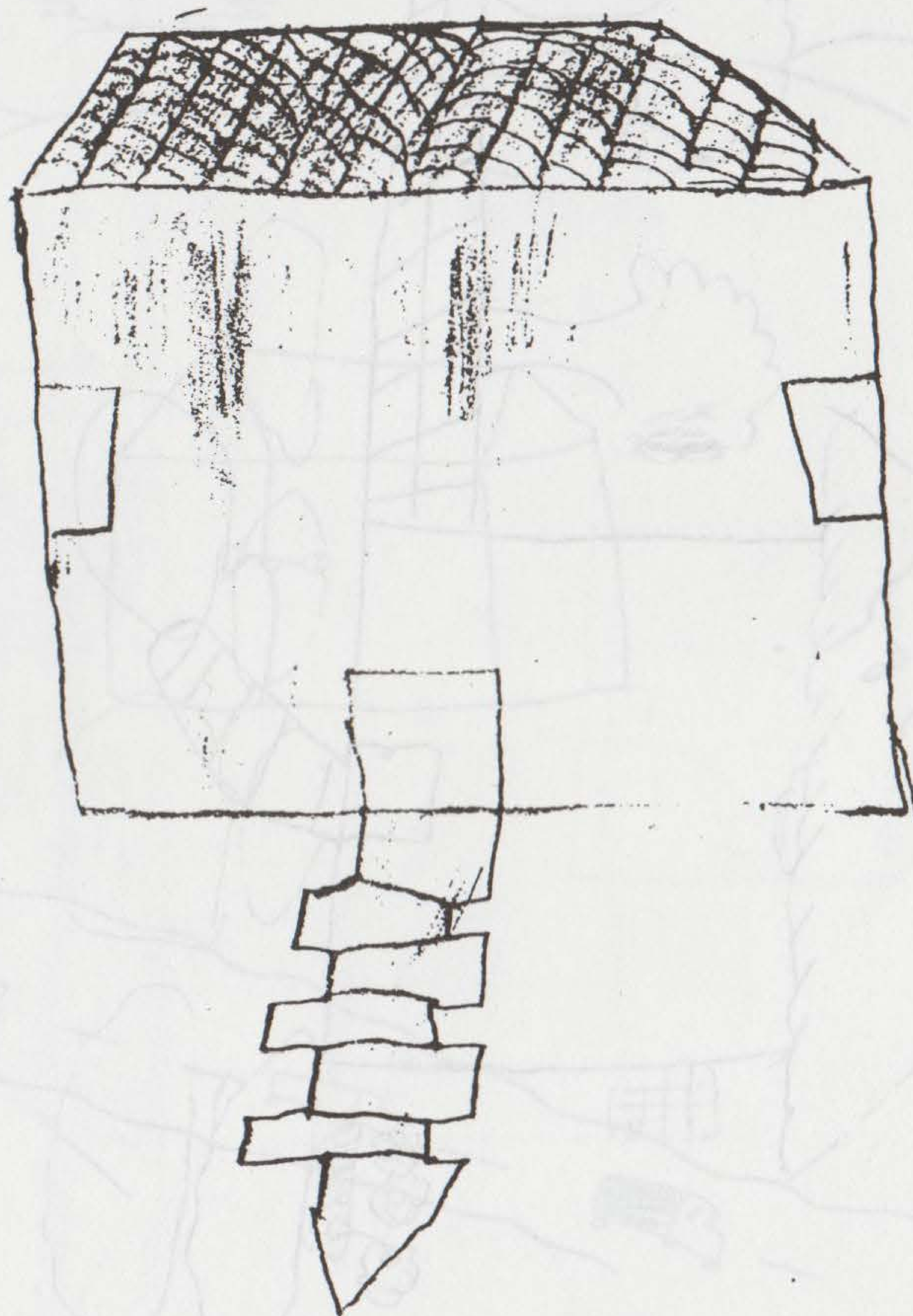


Figura 12
Dibujo de casa (Carmen, edad 14, 1, padre asesinado).



Figura 13
Dibujo de casa (Laura, edad 15, 6, padre asesinado).

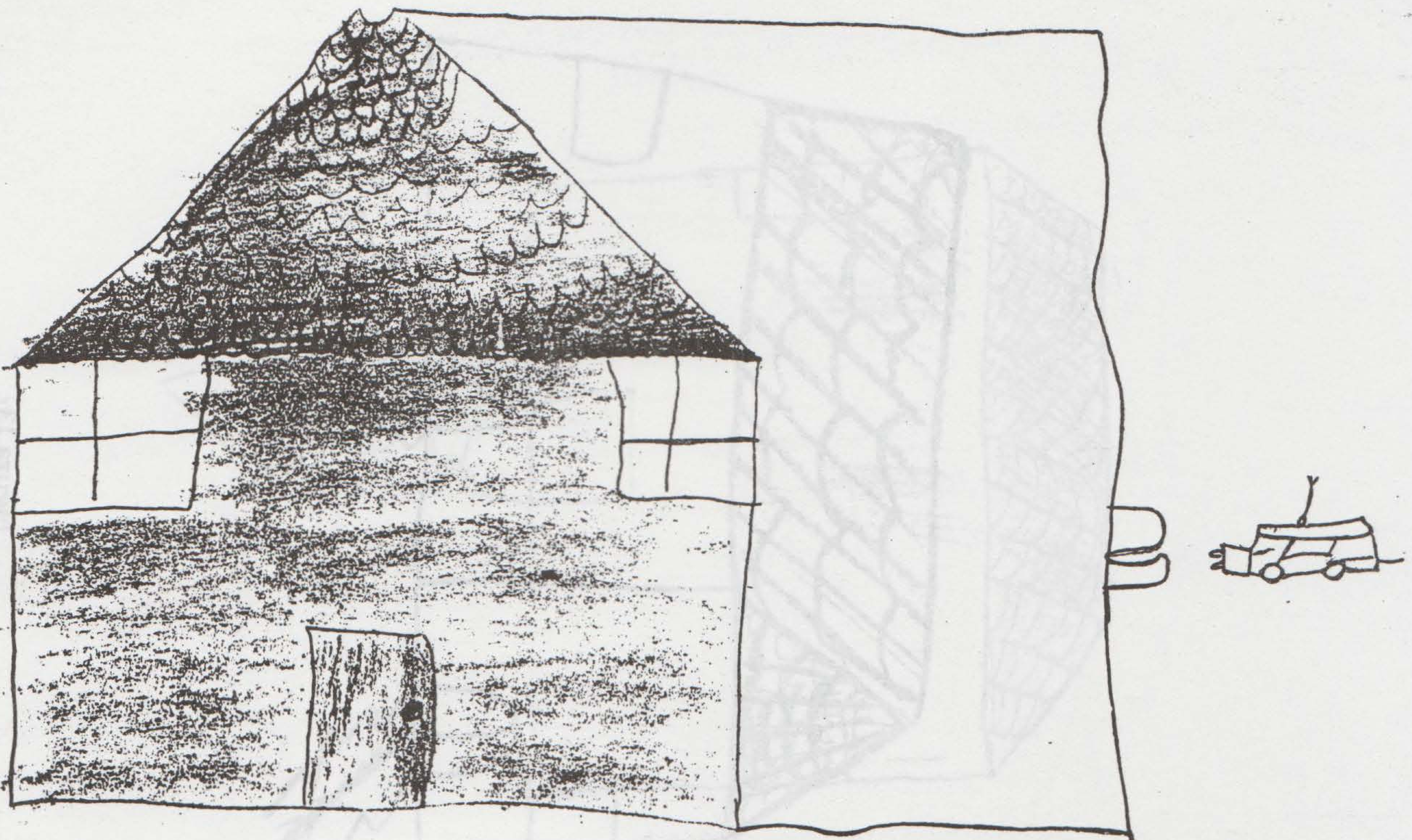


Figura 14
Dibujo de casa (Leo, edad 12, 7, padre desaparecido).

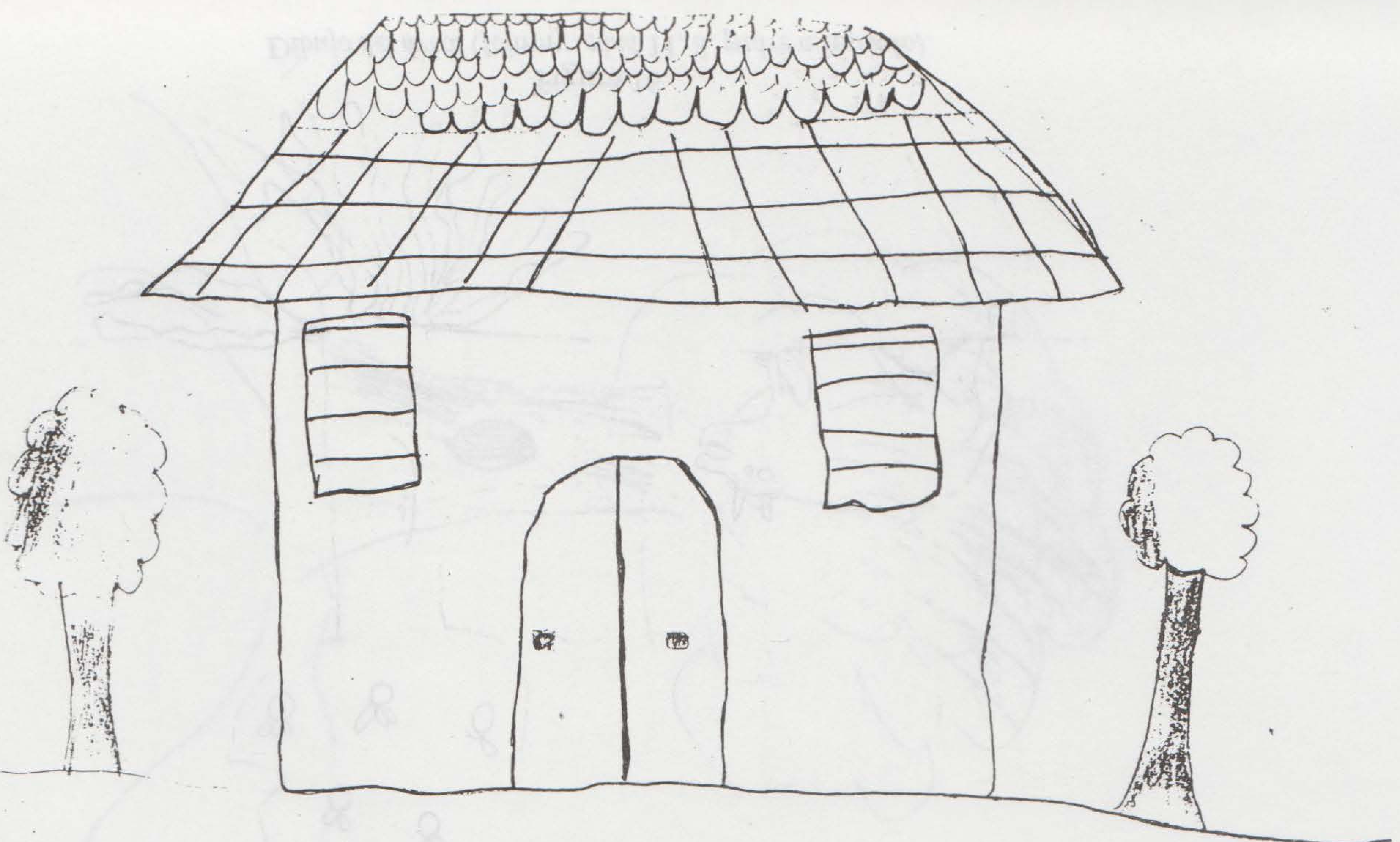


Figura 15
Dibujo de casa (Roberto, edad 11, 2, padre desaparecido).



Figura 16
Dibujo del árbol (Johnny, edad 11, 8, padre asesinado).



Figura 17
Dibujo de árbol (Fernando, edad 19, padre asesinado).



Figura 18
Dibujo del árbol (Julio, edad 18, 4, padre asesinado).



Figura 19
Dibujo del árbol (Sebastián, edad 15, 3, padre desaparecido).

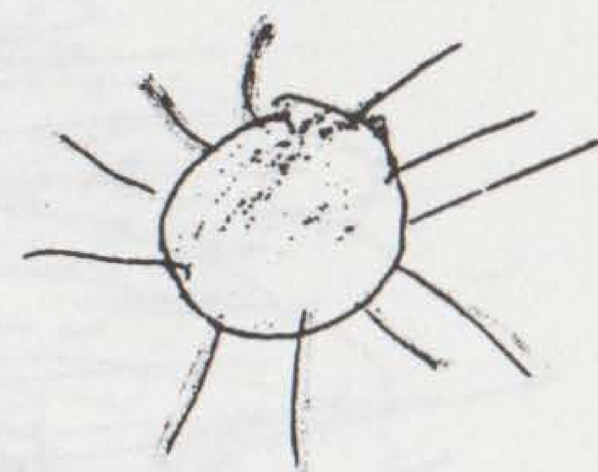
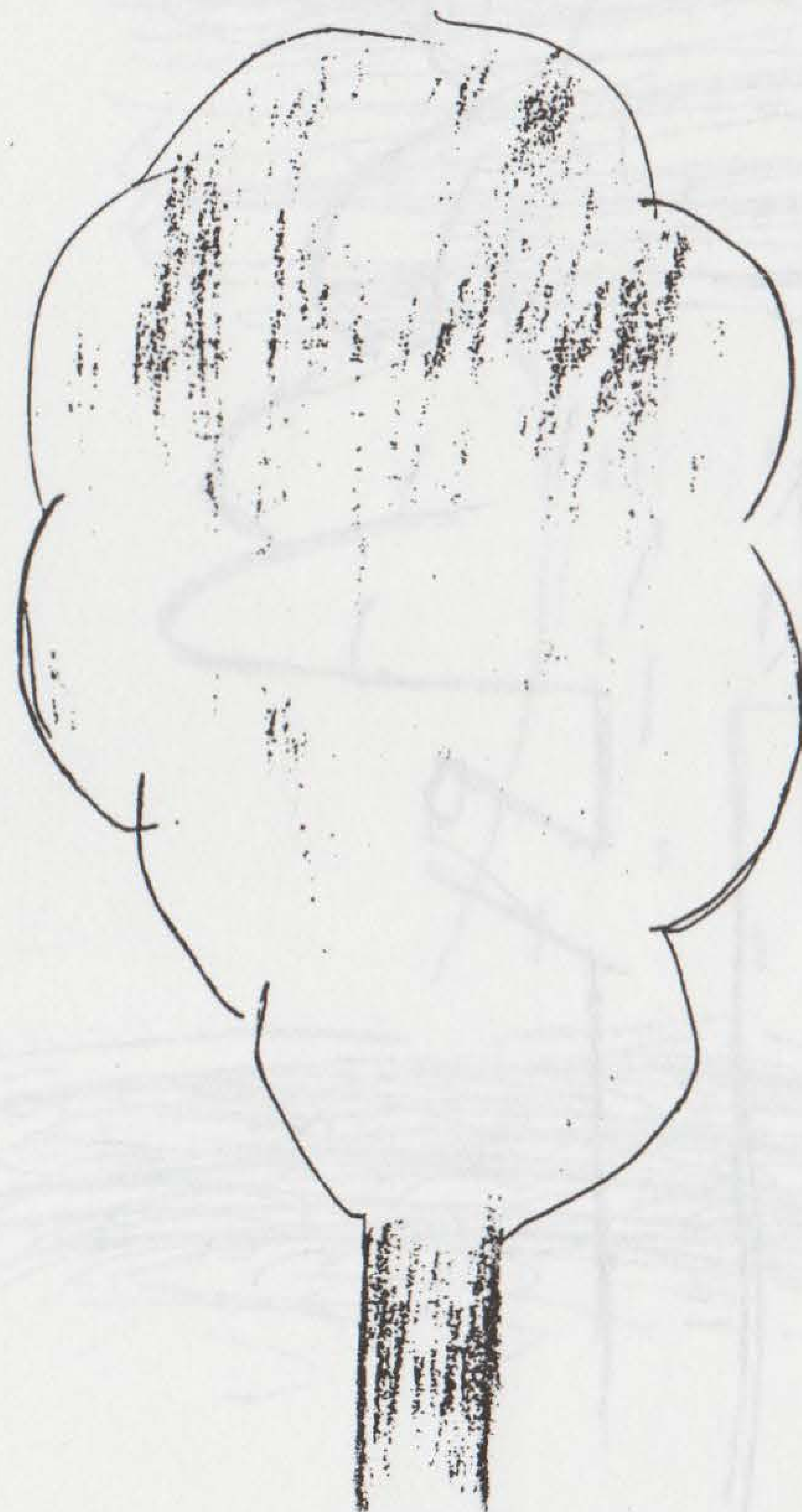



Figura 20
Dibujo del árbol (Juan, edad 13, 11, padre desaparecido).



Figura 21
Dibujo del árbol (Nora, edad 18, 3, padre asesinado).



Figura 22
Dibujo del árbol (Felipe, edad 14, 8, padre desaparecido).

Impreso en los talleres de
Editorial Guaymuras,
Tegucigalpa, Honduras,
en el mes de agosto de 1996.
Su tiraje es de 1,500 ejemplares.